



Hermanos Grimm

Los cuentos más atroces

Edición comentada



LOS CUENTOS MÁS ATROCES

Jacob y Wilhelm Grimm (Los Hermanos Grimm)



Los cuentos más atroces

Kinder- und Hausmärchen (1812-1857)

Jacob y Wilhelm Grimm (Los Hermanos Grimm)

Edición y cuidado editorial de la obra
por Dos Gatas Editorial.

Traducción por Dos Gatas Editorial desde la edición original del autor.

Primera edición, julio 2026.

DOS GATAS EDITORIAL

Derechos reservados
2026

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio —sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el permiso previo y por escrito del editor, con excepción de breves citas en críticas o reseñas.

Prólogo a la edición

En una ciudad de Frisia Occidental, unos niños de cinco y seis años juegan al matadero: uno hace de carnicero, otro de cocinero, otro de cerda; y a la cerda le abren la garganta con un cuchillito mientras la pinche recoge la sangre en un cacharro. La escena no es una invención morbosa de nuestra época: figura, tal cual, en la primera edición de los cuentos de los hermanos Grimm, publicada en 1812. Ese es el país del que viene este libro. Bajo la superficie amable que la memoria colectiva ha guardado de Blancanieves y la Cenicienta late un fondo mucho más antiguo y mucho más duro, hecho de sangre, hambre, mutilación y pactos con lo peor. A ese fondo hemos querido asomarnos. Jacob y Wilhelm Grimm no eran, ante todo, cuentistas. Eran dos filólogos y anticuarios alemanes, hombres de biblioteca y de archivo, empeñados en una tarea que a comienzos del siglo XIX parecía urgente: salvar del olvido la voz del pueblo antes de que la modernidad la borrara. Entre 1812 y 1857 fueron reuniendo, edición tras edición, los *Kinder- und Hausmärchen*, los «Cuentos para la infancia y el hogar», recogidos de narradoras y narradores, de vecinas, de amistades, de manuscritos y de la memoria oral de su región. Publicaron siete ediciones en vida, cada una más pulida y más extensa que la anterior, hasta la definitiva de 1857. Lo que empezó como un trabajo de erudición terminó convirtiéndose en uno de los libros más leídos y más traducidos de la cultura occidental.

Aquella urgencia no era gratuita. Los Grimm trabajaron en plena marea del Romanticismo alemán, en unos años en que las tropas de Napoleón recorrían Europa y los pueblos de habla alemana, todavía sin un Estado que los uniera, buscaban en su lengua y en sus tradiciones una identidad común. Recoger los cuentos del pueblo era, para aquellos dos hermanos, un acto casi patriótico: reunir el alma de una nación dispersa en las voces de quienes narraban junto al fuego. Jacob, el más severo y sistemático, sentaría además las bases de la lingüística moderna y participaría en la gran gramática y el diccionario de la lengua alemana; Wilhelm, más sensible al arte de

la palabra, sería quien puliera edición tras edición la forma de los relatos. De ese cruce entre el rigor del sabio y el oído del escritor salió un libro que ningún otro país volvería a igualar, y que hoy figura entre los cimientos de la cultura escrita en alemán. Que un empeño tan grave diera como fruto historias de brujas, ogros y muertos parlantes no es una paradoja: es la prueba de que en la tradición popular late una seriedad que la costumbre de contársela a los niños nos ha hecho olvidar.

Pero conviene recordar un detalle que suele pasarse por alto: los Grimm no concibieron su primera colección como un libro para niños. Era material de estudio, un depósito de tradición popular, y como tal no esquivaba lo escatológico, lo erótico ni lo atroz. Con los años, a medida que el público se hizo doméstico e infantil, Wilhelm fue limando aristas: suavizó, moralizó, cristianizó, convirtió a más de una madre asesina en madrastra y retiró de la colección aquello que ya no cabía en un libro de regalo. La imagen dulce que hoy tenemos de los cuentos de hadas es, en buena medida, el resultado de esa poda. Y de esa poda, aún más que del texto que quedó, nace la presente antología.

Porque esta no es una selección de los cuentos más queridos, sino de los más raros, los más crueles, los más difíciles de digerir. Hemos ido a buscar precisamente lo que las versiones de quiosco y de pantalla prefirieron olvidar. Aquí hay niños que mueren, y no siempre resucitan. Hay hambre real, la que empuja a una madre al borde de lo impensable. Hay cuerpos mutilados con una frialdad que hiela: manos cortadas, corazones y ojos que cambian de dueño, cabezas clavadas en postes a la entrada de un castillo. Hay carne humana servida en la mesa sin que nadie lo sepa. Hay tratos con el diablo y hay una Muerte que hace de padrino y que, llegada la hora, no perdona ni siquiera a su ahijado. El lector encontrará compasión y astucia, sí, y también finales luminosos; pero encontrará antes el filo, la extrañeza, ese desconcierto que en nuestros días se resume en una sola pregunta muda ante la página. Esa incomodidad es el criterio que ordena el libro. Junto a lo espantoso conviven aquí lo grotesco y lo francamente absurdo, que es la otra cara del mismo folclore. Hay cuentos acumulativos en los que un piojito y una

pulguita desencadenan, línea a línea, una catástrofe doméstica hasta que el agua lo anega todo; historias en las que mueren, por turnos, una gallinita, seis ratones, un carbón y cuanto animal se cruza en el camino, en una cadena de desgracias tan disparatada que roza la comedia negra. Hay etiologías burlescas que explican por qué las cabras tienen ojos de diablo o de dónde salieron los primeros monos. Hay zapateros gruñones que ponen orden hasta en el cielo y erizos que cabalgan gallos herrados. Esa mezcla de horror y humor, de ternura y espanto, sin costuras ni transiciones, es una de las señas más profundas del cuento tradicional, y quizá lo que más desconcierta a quien se acerca esperando el tono uniforme de la literatura infantil moderna. Sería un error, con todo, confundir esa crudeza con mera brutalidad. El cuento popular es cruel porque el mundo del que nació lo era: un mundo de hambrunas, de mortandad infantil, de bosques que empezaban a la salida del pueblo y en los que uno podía perderse para siempre. Estas historias no protegían a quien las escuchaba de los horrores de la vida; le enseñaban a mirarlos de frente y a nombrarlos. Bajo la piel de erizo, bajo la culebra encantada, bajo el hueso que canta la verdad de un crimen enterrado, hablan miedos muy concretos y muy antiguos: el abandono, el hambre, la codicia, la traición entre hermanos, la sombra de la muerte rondando la cuna. El cuento envuelve todo eso en la fórmula tranquilizadora del «había una vez» y en la cadencia rítmica de la voz que narra, y así lo vuelve soportable sin volverlo falso. Leer estos relatos es asomarse a un modo de entender la existencia en el que la maravilla y el espanto no se excluyen, sino que caminan de la mano.

Reunir lo perturbador, no obstante, no significa reunirlo todo. En el corpus de los Grimm hay dos relatos que esta edición deja fuera de manera deliberada: «El judío entre espinas» (*Der Jude im Dorn*) y «El buen negocio» (*Der gute Handel*). Ambos son piezas abiertamente antisemitas, cuya gracia depende por entero del desprecio y la humillación de un personaje judío. No los excluimos por pudor ante lo violento —este libro entero demuestra lo contrario—, sino porque su carga de odio no ofrece al lector nada que compense el hecho de volver a difundirla. El interés folclórico de un

texto es real, pero no obliga a nadie a perpetuar una injuria: una cosa es documentar la crueldad de las historias y otra muy distinta reproducir la calumnia dirigida contra un pueblo. Dos Gatas Editorial ha preferido no hacerlo, y lo dice aquí con toda claridad, sin rodeos ni disculpas.

Esa exclusión tiene un reverso exacto, y las dos decisiones se explican la una a la otra. Frente a lo que dejamos fuera por ofensivo, rescatamos dos cuentos que los propios Grimm suprimieron de sus ediciones posteriores por considerarlos demasiado atroces: «Cómo unos niños jugaron a matarse» (*Wie Kinder Schlachtens miteinander gespielt haben*) y «Los niños en tiempo de hambre» (*Die Kinder in Hungersnot*), presentes solo en las primeras ediciones de 1812 y 1815 y desaparecidos de la obra tal como el mundo terminó conociéndola. Para esta antología se han traducido directamente del alemán original. Ahí está la brújula de la casa: no censuramos lo que perturba —esos dos relatos vuelven del olvido, con toda su dureza intacta—, sólo apartamos lo que ofende de balde. Perturbar es una forma legítima, y antiquísima, de decir la verdad sobre el mundo; humillar a otro no lo es. Entre lo que hace daño y lo que hace pensar hemos trazado esa línea, y creemos que trazarla honra mejor a los Grimm que fingir que sus cuentos fueron siempre mansos. Queda por decir qué ofrece esta edición de Dos Gatas. Ofrece, en primer lugar, ese rescate: dos cuentos suprimidos que rara vez llegan al lector en español, vertidos aquí desde su lengua de origen. Ofrece, sobre todo, fidelidad sin dulcificar: cuando el original mata a un niño, aquí muere; cuando mutila, aquí se mutila; las velas de la vida que la Muerte custodia se apagan en la página igual que en el cuento, sin el consuelo que otras versiones añadieron por su cuenta. Y ofrece un cuidado de lengua y de estilo pensado para durar: una traducción al español neutro, sin localismos que aten el texto a una sola orilla, atenta a la cadencia oral del cuento tradicional y coherente de principio a fin en los nombres y los términos, de modo que Hans siga siendo Hans y la Muerte siga siendo la Muerte a lo largo de las cuarenta y ocho historias que componen el volumen. Ese cuidado se nota, sobre todo, en las partes que suelen maltratarse. Las cancioncillas y los pareados que salpican los

cuentos —el conjuro que abre la montaña del tesoro, la copla que el pájaro repite tres veces para avisar a la novia, la canción del hueso que denuncia a su asesino— se han vertido en verso español, con rima y ritmo, para que conserven su carácter de fórmula, de ensalmo que se aprende de memoria. Los nombres se han fijado con criterio y no al azar: se traducen cuando el sentido lo pide y se conservan cuando pesa más su sonido de origen. Y la prosa mantiene la sencillez engañosa del habla contada en voz alta, esa aparente llaneza que es, en realidad, lo más difícil de sostener a lo largo de un libro entero. Es el mismo cuidado, en suma, con que un restaurador limpia un cuadro antiguo: no para repintarlo a nuestro gusto, sino para que vuelva a verse tal como fue. Lo que sigue, en fin, son los Grimm sin maquillaje: el bosque antes de que lo barrieran, el cuento antes de que lo acostaran a dormir. Quien entre aquí buscando el arrullo de la infancia hará bien en dejarlo en la puerta. Los demás encontrarán algo más hondo y más verdadero: la prueba de que estas historias sobrevivieron siglos no a pesar de su crudeza, sino gracias a ella. Pase el lector, y no diga que no le avisamos.

Víctor Abreu

LOS CUENTOS MÁS ATROCES

El enebro

Hace ya mucho tiempo, unos dos mil años, había un hombre rico que tenía una esposa hermosa y piadosa, y se amaban tiernamente. No tenían hijos, sin embargo, aunque los deseaban con toda el alma, y la mujer rezaba por ellos día y noche, pero seguían sin tenerlos. Delante de la casa había un patio en el que crecía un enebro^[1], y un día de invierno la mujer estaba de pie bajo él, mondándose una manzana, y mientras se mondaba la manzana se cortó el dedo, y la sangre cayó sobre la nieve.

—Ah —dijo la mujer, y suspiró muy hondamente, y miró la sangre ante sí, y se sintió muy desdichada—, ah, ¡si al menos tuviera un hijo tan rojo como la sangre y tan blanco como la nieve! Y mientras así hablaba, se le alegró el ánimo, y sintió como si aquello fuera a suceder. Entonces entró en la casa, y pasó un mes y la nieve desapareció, y pasaron dos meses, y entonces todo se puso verde, y tres meses, y entonces todas las flores brotaron de la tierra, y cuatro meses, y entonces todos los árboles del bosque se hicieron más frondosos, y las ramas verdes se entrelazaron muy juntas, y los pájaros cantaron hasta que el bosque resonó y los pétalos cayeron de los árboles; entonces pasó el quinto mes y ella se detuvo bajo el enebro, que olía tan dulcemente que el corazón le dio un vuelco, y cayó de rodillas fuera de sí de alegría; y cuando el sexto mes hubo pasado, los frutos estaban grandes y hermosos, y entonces ella quedó muy quieta; y al séptimo mes arrancó las bayas del enebro y las comió con avidez, y entonces se puso enferma y triste; luego pasó el octavo mes, y llamó a su esposo, y llorando le dijo:

—Si muero, entiérrame bajo el enebro. Entonces quedó del todo consolada y feliz hasta que pasó el mes siguiente, y entonces tuvo un hijo tan blanco como la nieve y tan rojo como la sangre, y cuando lo contempló fue tal su dicha que murió.

Entonces su esposo la enterró bajo el enebro, y empezó a llorar amargamente; al cabo de un tiempo se sosegó, y aunque seguía llorando podía soportarlo, y pasado algún tiempo más tomó otra esposa.

De la segunda esposa tuvo una hija, pero el hijo de la primera esposa era un niño pequeño, y era tan rojo como la sangre y tan blanco como la nieve. Cuando la mujer miraba a su hija, la amaba muchísimo, pero luego miraba al niño y le parecía que se le partía el corazón, porque le venía a la mente el pensamiento de que él siempre le estorbaría, y no dejaba de cavilar cómo podría conseguir toda la fortuna para su hija, y el Maligno le llenó la mente con esto hasta que se ensañó con el niño, y lo abofeteaba aquí y lo golpeaba allá, de modo que el pobre niño vivía en continuo terror, pues cuando salía de la escuela no hallaba paz en ninguna parte.

Un día la mujer había subido a su cuarto, y su hijita subió también, y dijo:

—Madre, dame una manzana.

—Sí, hija mía —dijo la mujer, y le dio una hermosa manzana del arcón; pero el arcón tenía una tapa grande y pesada con una gran cerradura de hierro afilada—.

—Madre —dijo la hijita—, ¿no ha de tener hermano una también? Esto irritó a la mujer, pero dijo:

—Sí, cuando salga de la escuela. Y cuando vio por la ventana que él venía, fue justo como si el diablo se le metiera dentro, y arrebató la manzana y se la quitó de nuevo a su hija, y dijo:

—No tendrás una antes que tu hermano. Entonces arrojó la manzana al arcón y lo cerró. Luego el niño entró por la puerta, y el diablo la hizo decirle con dulzura:

—Hijo mío, ¿quieres una manzana? —y lo miró con malicia.

—Madre —dijo el niño—, ¡qué espantosa te ves! Sí, dame una manzana. Entonces le pareció que se veía obligada a decirle:

—Ven conmigo —y levantó la tapa del arcón y dijo—: Saca tú mismo una manzana —y mientras el niño se inclinaba dentro, el diablo la incitó, y ¡zas!, dejó caer la tapa, y la cabeza salió despedida y fue a caer entre las manzanas rojas. Entonces la sobrecogió el terror, y pensó: «¡Si al menos pudiera hacerles creer que no fui yo!». Así que subió a su cuarto, a su cómoda, y sacó un pañuelo blanco del cajón de arriba, y volvió a poner la cabeza sobre el cuello, y anudó el pañuelo de modo que nada pudiera verse, y lo sentó en una silla frente a la puerta, y le puso la manzana en la mano.

Después de esto, Marlinchen entró en la cocina, donde estaba su madre, que se hallaba junto al fuego con una olla de agua caliente ante sí que no dejaba de revolver.

—Madre —dijo Marlinchen—, hermano está sentado en la puerta, y se ve muy pálido y tiene una manzana en la mano. Le pedí que me diera la manzana, pero no me respondió, y me asusté mucho.

—Vuelve con él —dijo su madre—, y si no te responde, dale una bofetada. Así que Marlinchen fue hacia él y dijo:

—Hermano, dame la manzana. Pero él seguía callado, y ella le dio una bofetada, y con eso la cabeza se le cayó. Marlinchen, aterrada, se echó a llorar y a gritar, y corrió hacia su madre, y dijo:

—¡Ay, madre, le he tumbado la cabeza a mi hermano! —y lloraba y lloraba y no había manera de consolarla.

—Marlinchen —dijo la madre—, ¿qué has hecho? Pero cállate y que nadie lo sepa; ya no tiene remedio, lo haremos morcillas. Entonces la madre tomó al niño y lo descuartizó, lo echó en la olla y lo hizo morcillas; pero Marlinchen estaba allí de pie llorando y llorando, y todas sus lágrimas cayeron en la olla, y no hizo falta ninguna sal.

Entonces el padre volvió a casa, y se sentó a comer y dijo:

—Pero ¿dónde está mi hijo? Y la madre sirvió una gran fuente de morcillas, y Marlinchen lloraba y no podía parar. Entonces el padre volvió a decir:

—Pero ¿dónde está mi hijo?

—Ah —dijo la madre—, se ha ido campo a través a casa del tío abuelo de su madre; se quedará allí una temporada.

—¿Y qué va a hacer allí? Ni siquiera se despidió de mí.

—Ah, él quería ir, y me preguntó si podía quedarse seis semanas; allí lo cuidan bien.

—Ah —dijo el hombre—, me siento tan desdichado, temo que no todo esté bien. Debió despedirse de mí. Con esto empezó a comer y dijo:

—Marlinchen, ¿por qué lloras? Tu hermano seguramente volverá. Luego dijo:

—Ah, mujer, qué delicioso está este manjar, dame más. Y cuanto más comía, más quería, y decía:

—Dame más, ustedes no probarán nada de esto. Me parece como si todo fuera mío. Y comía y comía, y arrojaba todos los huesos bajo la mesa, hasta que lo terminó todo. Pero Marlinchen se fue a su cómoda, y sacó su mejor pañuelo de seda del cajón de abajo, y recogió todos los huesos de debajo de la mesa, y los ató en su pañuelo de seda, y los llevó afuera, ante la puerta, llorando lágrimas de sangre. Entonces el enebro empezó a moverse, y las ramas se apartaron y se volvieron a juntar, tal como si alguien se regocijara y batiera las palmas. Al mismo tiempo pareció alzarse una neblina del árbol, y en el centro de esa neblina ardía como un fuego, y un pájaro hermoso salió volando del fuego cantando magníficamente, y voló muy alto por el aire, y cuando se hubo marchado, el enebro quedó tal como estaba antes, y el pañuelo con los huesos ya no estaba allí. Marlinchen, en cambio, estaba tan alegre y feliz como si su hermano siguiera vivo. Y entró contenta en la casa, y se sentó a comer y comió.

Pero el pájaro se alejó volando y se posó sobre la casa de un orfebre, y empezó a cantar:

Mi madre me mató, mi padre me comió, mi hermanita Marlinchen mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató, y bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

El orfebre estaba sentado en su taller haciendo una cadena de oro, cuando oyó al pájaro que cantaba posado en su tejado, y muy hermoso le pareció su canto. Se puso de pie, pero al cruzar el umbral perdió una de sus pantuflas. Aun así, echó a andar calle arriba, por el mismo centro, con un zapato puesto y un pie en calcetín; llevaba el delantal puesto, y en una mano la cadena de oro y en la otra las tenazas, y el sol brillaba con fuerza sobre la calle. Entonces siguió adelante y se detuvo, y le dijo al pájaro:

—Pájaro —dijo entonces—, ¡qué hermosamente sabes cantar! Cántame esa pieza otra vez.

—No —dijo el pájaro—, ¡no la canto dos veces por nada! Dame la cadena de oro, y entonces te la cantaré otra vez.

—Toma —dijo el orfebre—, ahí tienes la cadena de oro, ahora cántame esa canción de nuevo. Entonces el pájaro se acercó y tomó

la cadena de oro con su garra derecha, y fue y se posó ante el orfebre, y cantó:

Mi madre me mató, mi padre me comió, mi hermanita Marlinchen mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató, y bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

Entonces el pájaro se alejó volando hacia un zapatero, y se posó en su tejado y cantó:

Mi madre me mató, mi padre me comió, mi hermanita Marlinchen mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató, y bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

El zapatero oyó aquello y salió corriendo a la puerta en mangas de camisa, y miró hacia el tejado, y tuvo que ponerse la mano ante los ojos para que el sol no lo cegara.

—Pájaro —dijo—, ¡qué hermosamente sabes cantar!

—Y llamó adentro por la puerta—: Mujer, ven un momento afuera, hay un pájaro, mira ese pájaro, cómo canta de bien.

—Después llamó a su hija y a sus hijos, y a los aprendices, muchachos y muchachas, y todos subieron por la calle y miraron al pájaro y vieron qué hermoso era, y qué finas plumas rojas y verdes tenía, y cómo su cuello parecía oro de verdad, y cómo los ojos de su cabeza brillaban como estrellas.

—Pájaro —dijo el zapatero—, cántame ahora esa canción otra vez.

—No —dijo el pájaro—, no canto dos veces por nada; algo tienes que darme.

—Mujer —dijo el hombre—, ve al desván, en el estante de arriba hay un par de zapatos rojos, tráelos.

—Entonces la mujer fue y trajo los zapatos.

—Toma, pájaro —dijo el hombre—, ahora cántame ese verso otra vez.

—Entonces el pájaro bajó y tomó los zapatos con la garra izquierda, y voló de vuelta al tejado, y cantó:

Mi madre me mató, mi padre me comió, mi hermanita Marlinchen mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató, y

bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

Y cuando hubo cantado todo, se fue volando. En la garra derecha llevaba la cadena y en la izquierda los zapatos, y voló lejos, hasta un molino, y el molino hacía «clip clap, clip clap, clip clap», y en el molino estaban sentados veinte molineros labrando una piedra, y picando, «hic hac, hic hac, hic hac», y el molino hacía clip clap, clip clap. Entonces el pájaro fue y se posó en un tilo que había delante del molino, y cantó:

Mi madre me mató,

Entonces uno de ellos dejó de trabajar.

mi padre me comió,

Entonces dos más dejaron de trabajar y escucharon aquello.

mi hermanita Marlinchen

Entonces otros cuatro se detuvieron.

mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató,

Ahora sólo ocho seguían labrando.

y bajo el enebro

Ahora sólo cinco.

los enterró.

Y ahora sólo uno.

¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

Entonces también el último se detuvo, y oyó las últimas palabras.

—Pájaro —dijo—, ¡qué hermosamente cantas! Déjame también a mí oír eso. Cántalo una vez más para mí.

—No —dijo el pájaro—, no canto dos veces por nada. Dame la muela del molino, y entonces lo cantaré otra vez.

—Sí —dijo él—, si fuera sólo mía, la tendrías.

—Sí —dijeron los demás—, si canta otra vez, la tendrá.

—Entonces el pájaro bajó, y los veinte molineros se pusieron todos a trabajar con una viga y levantaron la piedra. Y el pájaro metió el cuello por el agujero, y se puso la piedra como si fuera un collar, y voló de vuelta al árbol, y cantó:

Mi madre me mató, mi padre me comió, mi hermanita Marlinchen mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató, y

bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

Y cuando terminó de cantar, extendió las alas, y en la garra derecha llevaba la cadena, y en la izquierda los zapatos, y en torno al cuello la muela del molino, y voló lejos, hasta la casa de su padre.

En la habitación estaban sentados el padre, la madre y Marlinchen a la mesa, y el padre dijo:

—¡Qué ligero me siento el corazón, qué feliz estoy!

—No —dijo la madre—, yo me siento tan intranquila, como si viniera una tormenta pesada.

—Marlinchen, en cambio, estaba sentada llora que te llora, y entonces llegó el pájaro volando, y al posarse en el tejado el padre dijo:

—Ay, me siento tan verdaderamente feliz, y el sol brilla tan hermoso afuera, me siento como si estuviera a punto de reencontrarme con un viejo amigo.

—No —dijo la mujer—, yo me siento tan angustiada, me castañetean los dientes, y me parece tener fuego en las venas.

—Y se desgarró el corpiño, pero Marlinchen estaba sentada en un rincón llorando, y sostenía el plato ante los ojos y lloró hasta dejarlo bien mojado. Entonces el pájaro se posó en el enebro, y cantó:

Mi madre me mató,

Entonces la madre se tapó los oídos, y cerró los ojos, y no quería ver ni oír, pero había en sus oídos un rugido como el de la tormenta más violenta, y sus ojos ardían y relampagueaban como el rayo.

mi padre me comió,

—Ay, madre —dice el hombre—, ¡qué hermoso pájaro es ese! Canta tan espléndidamente, y el sol calienta tan tibio, y hay un olor igual que a canela.

mi hermanita Marlinchen

Entonces Marlinchen apoyó la cabeza en las rodillas y lloró sin cesar, pero el hombre dijo:

—Voy a salir, tengo que ver al pájaro bien de cerca.

—Ay, no salgas —dijo la mujer—, siento como si la casa entera temblara y ardiera.

—Pero el hombre salió y miró al pájaro:

mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató, y bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

Al oír esto, el pájaro dejó caer la cadena de oro, y cayó justo alrededor del cuello del hombre, y tan justo alrededor de él que le quedó de maravilla. Entonces entró y dijo:

—Miren nada más qué hermoso pájaro es ese, y qué hermosa cadena de oro me ha dado, y qué bonito es.

—Pero la mujer estaba aterrada, y se desplomó en el suelo de la habitación, y la cofia se le cayó de la cabeza. Entonces cantó el pájaro una vez más:

Mi madre me mató,

—¡Ojalá estuviera mil pies bajo tierra para no oír eso!

mi padre me comió,

Entonces la mujer volvió a desplomarse como muerta.

mi hermanita Marlinchen

—Ay —dijo Marlinchen—, yo también voy a salir a ver si el pájaro me da algo.

—Y salió.

mis huesos recogió, en un pañuelo de seda los ató,

Entonces él le arrojó los zapatos.

y bajo el enebro los enterró. ¡Kiuit, kiuit, qué hermoso pájaro soy yo!

Entonces se sintió ligera y dichosa, y se puso los zapatos rojos nuevos, y bailando y saltando entró en la casa.

—Ay —dijo—, estaba tan triste cuando salí y ahora me siento tan ligera; ese pájaro es magnífico, ¡me ha dado un par de zapatos rojos!

—Bueno —dijo la mujer, y se puso en pie de un salto y sus cabellos se le erizaron como llamas de fuego—, ¡siento como si el mundo llegara a su fin! Yo también voy a salir a ver si el corazón se me alivia.

—Y al salir por la puerta, ¡pum!, el pájaro le arrojó la muela del molino sobre la cabeza, y quedó del todo aplastada. El padre y Marlinchen oyeron lo que había pasado y salieron, y del lugar se alzaban humo, llamas y fuego, y cuando aquello pasó, allí estaba el

hermanito, y tomó a su padre y a Marlinchen de la mano, y los tres se alegraron muchísimo, y entraron en la casa a comer, y comieron.

El novio bandido

Había una vez un molinero que tenía una hija muy hermosa, y como ya había crecido, deseaba verla bien acomodada y casada como es debido. Pensaba: «Si viene algún buen pretendiente y la pide, se la daré». No mucho después llegó un pretendiente que parecía muy rico, y como el molinero no halló nada que reprocharle, le prometió a su hija. La muchacha, sin embargo, no lo quería tanto como una joven debe querer al hombre con quien se ha comprometido, y no le tenía confianza. Cada vez que lo veía, o pensaba en él, sentía un horror secreto. Una vez él le dijo:

—Eres mi prometida, y sin embargo nunca has venido a visitarme ni una sola vez. La muchacha respondió:

—No sé dónde está tu casa. Entonces dijo el novio:

—Mi casa está allá afuera, en el bosque oscuro. Ella trató de excusarse y dijo que no sabría encontrar el camino. El novio dijo:

—El próximo domingo tienes que venir a verme allá; ya he invitado a los convidados, y esparciré ceniza para que puedas hallar tu camino a través del bosque. Cuando llegó el domingo, y la muchacha tuvo que ponerse en marcha, se sintió muy inquieta, sin saber ella misma exactamente por qué, y para señalar su camino se llenó los dos bolsillos de arvejas y lentejas. Había ceniza esparcida a la entrada del bosque, y a ella se atuvo, pero a cada paso arrojaba al suelo un par de arvejas. Caminó casi todo el día hasta llegar al centro del bosque, donde era más oscuro, y allí se alzaba una casa solitaria que no le gustó, pues se veía muy sombría y lúgubre. Entró en ella, pero no había nadie dentro, y reinaba el silencio más absoluto. De pronto una voz gritó:

—*Vuélvete, vuélvete, niña querida, que en casa de un asesino tienes la entrada.*

La muchacha alzó la vista y vio que la voz venía de un pájaro que colgaba en una jaula en la pared. De nuevo gritó:

—*Vuélvete, vuélvete, niña querida, que en casa de un asesino tienes la entrada.*

Entonces la joven muchacha siguió adelante, de una habitación a otra, y recorrió toda la casa, pero estaba enteramente vacía y no se hallaba en ella ni un solo ser humano. Al fin llegó al sótano, y allí estaba sentada una mujer viejísima, cuya cabeza temblaba sin cesar.

—¿No podría decirme —dijo la muchacha— si mi prometido vive aquí?

—Ay, pobre niña —respondió la anciana—, ¿adónde has venido a parar? Estás en una guarida de asesinos. Crees que eres una novia pronta a casarse, pero celebrarás tus bodas con la muerte. Mira, me han obligado a poner ahí un gran caldero, con agua dentro, y cuando te tengan en su poder te cortarán en pedazos sin piedad, te cocerán y te comerán, pues son comedores de carne humana. Si no me apiado de ti y no te salvo, estás perdida.

Dicho esto, la anciana la condujo detrás de un gran tonel, donde no podía ser vista.

—Quédate quieta como un ratón —le dijo—, no hagas ni un ruido, ni te muevas, o todo habrá acabado para ti. Por la noche, cuando los bandidos estén dormidos, escaparemos; hace mucho que espero una ocasión. Apenas había hecho esto cuando la impía cuadrilla llegó a casa. Arrastraban consigo a otra muchacha joven. Estaban ebrios, y no prestaban atención a sus gritos ni a sus lamentos. Le dieron a beber vino, tres copas llenas, una copa de vino blanco, una de tinto y una de amarillo, y con esto el corazón se le partió en dos. Luego le arrancaron sus delicadas vestiduras, la tendieron sobre una mesa, cortaron su hermoso cuerpo en pedazos y le esparcieron sal por encima. La pobre novia, detrás del tonel, temblaba y se estremecía, pues bien veía qué suerte le habían destinado los bandidos. Uno de ellos advirtió un anillo de oro en el meñique de la muchacha asesinada, y como no salía enseguida, tomó un hacha y le cortó el dedo, pero este saltó por los aires, por encima del tonel, y fue a caer justo en el pecho de la novia. El bandido tomó una vela y quiso buscarlo, pero no pudo encontrarlo. Entonces otro de ellos dijo:

—¿Has mirado detrás del gran tonel? Pero la anciana gritó:

—Vengan a comer algo y dejen de buscar hasta la mañana, que el dedo no se les va a escapar.

Entonces los bandidos dijeron: «La vieja tiene razón», y abandonaron la búsqueda, y se sentaron a comer, y la anciana vertió un brebaje somnífero en su vino, de modo que pronto se tumbaron en el sótano, y durmieron y roncaron. Cuando la novia oyó esto, salió de detrás del tonel, y tuvo que pasar por encima de los durmientes, pues yacían en filas por el suelo, y grande fue su terror ante el temor de despertar a alguno de ellos. Pero Dios la ayudó, y logró pasar a salvo. La anciana subió con ella, abrió las puertas, y salieron a toda prisa de la guarida de los asesinos con toda la rapidez que pudieron. El viento se había llevado la ceniza esparcida, pero las arvejas y las lentejas habían brotado y crecido, y les mostraban el camino a la luz de la luna. Caminaron toda la noche, hasta que por la mañana llegaron al molino, y entonces la muchacha le contó a su padre todo tal como había ocurrido.

Cuando llegó el día en que debía celebrarse la boda, se presentó el novio, y el molinero había invitado a todos sus parientes y amigos. Mientras estaban sentados a la mesa, se le pidió a cada uno que contara algo. La novia permanecía quieta, y no decía nada. Entonces el novio le dijo a la novia:

—Ven, querida mía, ¿no sabes nada? Cuéntanos algo como los demás. Ella respondió:

—Pues contaré un sueño. Iba caminando sola por un bosque, y al fin llegué a una casa en la que no había un alma viviente, pero en la pared había un pájaro en una jaula que gritaba:

—*Vuélvete, vuélvete, niña querida, que en casa de un asesino tienes la entrada.*

Y esto lo gritó una vez más. «Querido mío, sólo lo soñé.» Entonces recorrí todas las habitaciones, y estaban todas vacías, ¡y había algo tan horrible en ellas! Al fin bajé al sótano, y allí estaba sentada una mujer muy, muy vieja, cuya cabeza temblaba; le pregunté: «¿Vive mi novio en esta casa?». Ella respondió: «Ay, pobre niña, has ido a dar a una guarida de asesinos; tu novio sí vive aquí, pero te hará pedazos, y te matará, y luego te cocerá y te comerá». Querido mío, sólo lo soñé. Pero la anciana me escondió detrás de un gran tonel, y apenas me había escondido cuando llegaron los bandidos, arrastrando consigo a una muchacha a la que

dieron a beber tres clases de vino, blanco, tinto y amarillo, con lo que el corazón se le partió en dos. Querido mío, sólo lo soñé. Luego le arrancaron sus bonitas ropas, y despedazaron su hermoso cuerpo sobre una mesa, y lo rociaron con sal. Querido mío, sólo lo soñé. Y uno de los bandidos vio que aún quedaba un anillo en su meñique, y como costaba sacarlo, tomó un hacha y lo cortó, pero el dedo saltó por los aires, y saltó detrás del gran tonel, y cayó en mi pecho. ¡Y aquí está el dedo con el anillo! Y con estas palabras lo sacó, y lo mostró a los presentes.

El bandido, que durante este relato se había puesto pálido como la ceniza, se levantó de un salto y quiso escapar, pero los invitados lo sujetaron con fuerza y lo entregaron a la justicia. Entonces él y toda su banda fueron ejecutados por sus infames fechorías.

El pájaro del brujo

Había una vez un brujo que tomaba la forma de un hombre pobre, iba de casa en casa mendigando y atrapaba muchachas hermosas. Nadie sabía a dónde las llevaba, pues jamás se las volvía a ver. Un día se presentó ante la puerta de un hombre que tenía tres hijas hermosas; parecía un mendigo pobre y débil, y cargaba a la espalda una cesta, como si con ella quisiera recoger limosnas. Pidió un poco de comida, y cuando la hija mayor salió y estaba justo alcanzándole un pedazo de pan, no hizo más que tocarla y ella se vio forzada a saltar dentro de la cesta. Enseguida se alejó a grandes zancadas y la llevó a un bosque oscuro, a su casa, que se alzaba en medio de él. Todo en la casa era espléndido; le daba cuanto ella pudiera desear, y le dijo:

—Mi tesoro, sin duda serás feliz conmigo, pues tienes todo lo que tu corazón pueda anhelar.

Así fue durante unos días, y luego él dijo:

—He de partir de viaje y dejarte sola por un breve tiempo; ahí tienes las llaves de la casa; puedes ir a todas partes y mirarlo todo, salvo una habitación, la que abre esta llavecita, y ahí te prohíbo entrar so pena de muerte.

Le dio asimismo un huevo y le dijo:

—Guárdame el huevo con cuidado y llévalo siempre contigo, pues de su pérdida se seguiría una gran desgracia.

Ella tomó las llaves y el huevo, y prometió obedecerle en todo. Cuando él se hubo marchado, recorrió la casa entera, de abajo arriba, y lo examinó todo. Las habitaciones resplandecían de plata y oro, y pensó que nunca había visto tanto esplendor. Al fin llegó a la puerta prohibida; quiso pasar de largo, pero la curiosidad no la dejaba en paz. Examinó la llave: parecía igual a cualquier otra; la metió en la cerradura, la giró apenas, y la puerta se abrió de golpe. Pero ¿qué vio al entrar? En medio de la habitación había una gran tina ensangrentada, y dentro yacían seres humanos, muertos y descuartizados, y muy cerca había un tajo de madera y sobre él relucía un hacha. Se asustó de tal modo que el huevo que sostenía

en la mano cayó en la tina. Lo sacó y le lavó la sangre, pero en vano: al instante reaparecía. Lavó y restregó, mas no logró quitarla.

No tardó mucho el hombre en volver de su viaje, y lo primero que pidió fueron la llave y el huevo. Ella se los entregó, pero temblaba al hacerlo, y él vio enseguida, por las manchas rojas, que había estado en la cámara ensangrentada.

—Ya que has entrado en la habitación contra mi voluntad —dijo—, volverás a ella contra la tuya. Tu vida ha terminado.

La arrojó al suelo, la arrastró de los cabellos hasta allí, le cortó la cabeza sobre el tajo y la descuartizó, de modo que su sangre corrió por el suelo. Luego la echó a la tina con los demás.

—Ahora iré a buscarme la segunda —dijo el brujo, y de nuevo fue a la casa con la forma de un hombre pobre, y mendigó. Entonces la segunda hija le trajo un pedazo de pan; él la atrapó como a la primera, con solo tocarla, y se la llevó. No corrió mejor suerte que su hermana. Se dejó arrastrar por la curiosidad, abrió la puerta de la cámara ensangrentada, miró dentro, y tuvo que pagarlo con la vida al regreso del brujo. Luego fue y trajo a la tercera hermana, pero ella era lista y astuta. Cuando él le hubo dado las llaves y el huevo, y la hubo dejado, primero guardó el huevo con gran cuidado, y luego examinó la casa, y al fin entró en la habitación prohibida. ¡Ay, qué vio! Allí, en la tina, yacían sus dos hermanas, cruelmente asesinadas y descuartizadas. Pero ella se puso a reunir sus miembros y a ordenarlos: cabeza, tronco, brazos y piernas. Y cuando ya no faltaba nada, los miembros empezaron a moverse y a unirse, y ambas muchachas abrieron los ojos y volvieron a estar vivas. Entonces se alegraron, y se besaron y se abrazaron.

A su llegada, el hombre exigió al punto las llaves y el huevo, y como no pudo advertir en él rastro alguno de sangre, dijo:

—Has superado la prueba, serás mi novia.

Ya no tenía poder alguno sobre ella y se veía forzado a hacer cuanto ella deseara.

—Ah, muy bien —dijo ella—; primero le llevarás una cesta llena de oro a mi padre y a mi madre, y la cargarás tú mismo a la espalda; entretanto yo prepararé la boda.

Entonces corrió hacia sus hermanas, a quienes había escondido en un cuartito, y les dijo:

—Ha llegado el momento en que puedo salvarlas. El miserable mismo las llevará de vuelta a casa, pero en cuanto estén allí, envíenme ayuda.

Puso a las dos en una cesta y las cubrió por completo de oro, de modo que nada de ellas quedaba a la vista; luego llamó al brujo y le dijo:

—Ahora llévate la cesta, pero yo miraré por mi ventanita y estaré atenta a ver si te detienes en el camino a pararte o a descansar.

El brujo se echó la cesta a la espalda y partió con ella, pero le pesaba tanto que el sudor le chorreaba por la cara. Entonces se sentó y quiso descansar un rato, mas al instante una de las muchachas dentro de la cesta gritó:

—Estoy mirando por mi ventanita y veo que descansas. ¿Quieres seguir andando ya mismo?

Creyó que era su novia quien le gritaba aquello, y se puso otra vez en pie. De nuevo iba a sentarse, pero al momento ella gritó:

—Estoy mirando por mi ventanita y veo que descansas. ¿Quieres seguir andando enseguida?

Y cada vez que se detenía, ella gritaba lo mismo, y él se veía forzado a seguir adelante, hasta que al fin, gimiendo y sin aliento, llevó la cesta con el oro y las dos muchachas a la casa de sus padres. En casa, entretanto, la novia preparaba el festín de bodas y enviaba invitaciones a los amigos del brujo. Luego tomó una calavera de dientes sonrientes, le puso algunos adornos y una guirnalda de flores, la subió a la ventana del desván y la dejó asomarse desde allí. Cuando todo estuvo listo, se metió en un barril de miel, y luego abrió el plumón de la cama y se revolcó en él, hasta que quedó semejante a un ave prodigiosa^[2], y nadie podía reconocerla. Entonces salió de la casa, y por el camino se topó con algunos de los invitados a la boda, que le preguntaron:

—Pájaro de Fitcher, ¿de dónde vienes tú?

—De la casa de Fitcher, que está aquí, muy cerca.

—Y dime, ¿qué hace la joven novia?

—De la bodega al desván lo ha barrido todo, y ahora, a mi ver, por la ventana se asoma.

Al fin se topó con el novio, que volvía despacio. Él, como los demás, preguntó:

—Pájaro de Fitcher, ¿de dónde vienes tú?

—De la casa de Fitcher, que está aquí, muy cerca.

—Y dime, ¿qué hace la joven novia?

—De la bodega al desván lo ha barrido todo, y ahora, a mi ver, por la ventana se asoma.

El novio alzó la vista, vio la calavera engalanada, creyó que era su novia y le hizo una seña, saludándola con cariño. Pero cuando él y sus invitados hubieron entrado todos en la casa, llegaron los hermanos y parientes de la novia, que habían sido enviados a rescatarla. Cerraron con llave todas las puertas de la casa, para que nadie pudiera escapar, le prendieron fuego, y el brujo y toda su gentuza tuvieron que arder.

El hueso cantor

En cierto país reinaba un gran desconsuelo por culpa de un jabalí salvaje que assolaba los campos de los labradores, mataba al ganado y destripaba a las personas con sus colmillos. El rey prometió una gran recompensa a quien librara a la tierra de aquella plaga; pero la fiera era tan grande y tan fuerte que nadie se atrevía a acercarse al bosque en que vivía. Al fin el rey hizo saber que quien capturara o matara al jabalí salvaje recibiría por esposa a su única hija.

Vivían por entonces en aquel país dos hermanos, hijos de un hombre pobre, que se declararon dispuestos a acometer tan arriesgada empresa; el mayor, que era taimado y astuto, por orgullo; el menor, que era inocente y sencillo, por bondad de corazón. Dijo el rey:

—Para que estén más seguros de dar con la bestia, deben entrar en el bosque por lados opuestos.

Así pues, el mayor entró por el lado del poniente, y el menor por el del levante.

Cuando el menor llevaba andado un corto trecho, se le acercó un hombrecillo. Tenía en la mano una lanza negra y dijo:

—Te doy esta lanza porque tu corazón es puro y bueno; con ella podrás atacar sin miedo al jabalí salvaje, y no te hará ningún daño.

Le dio las gracias al hombrecillo, se echó la lanza al hombro y siguió adelante sin temor.

Al poco vio a la bestia, que se lanzó contra él; pero él le presentó la lanza, y en su ciega furia la fiera corrió tan raudamente contra ella que se le hendió el corazón en dos. Entonces cargó al monstruo a la espalda y emprendió el regreso con él hacia el rey.

Al salir por el otro lado del bosque, había junto a la linde una casa donde la gente se divertía con vino y bailes. Su hermano mayor había entrado allí, pensando que, al fin y al cabo, el jabalí no se le iba a escapar, y se había puesto a beber hasta sentirse valiente. Pero cuando vio a su hermano menor salir del bosque cargado con su presa, su corazón envidioso y perverso no le dejó tener paz. Le gritó:

—Entra, querido hermano, descansa y refréscate con una copa de vino.

El muchacho, que no sospechaba maldad alguna, entró y le contó lo del buen hombrecillo que le había dado la lanza con la que había dado muerte al jabalí.

El hermano mayor lo retuvo allí hasta el anochecer, y luego se marcharon juntos, y cuando en la oscuridad llegaron a un puente que cruzaba un arroyo, el hermano mayor dejó que el otro pasara primero; y cuando iba por la mitad le asestó por la espalda un golpe tal que cayó muerto. Lo enterró debajo del puente, tomó el jabalí y lo llevó al rey, fingiendo que él lo había matado; con lo cual obtuvo por esposa a la hija del rey. Y como su hermano menor no regresaba, dijo:

—El jabalí ha debido de matarlo.

Y todo el mundo lo creyó.

Pero como nada permanece oculto para Dios, también esta negra fechoría había de salir a la luz.

Años después, un pastor conducía su rebaño a través del puente, y vio en la arena, allá abajo, un huesecillo blanco como la nieve. Pensó que serviría para hacer una buena boquilla, así que bajó a gatas, lo recogió y talló con él una boquilla para su cuerno. Pero cuando sopló por ella por primera vez, para su gran asombro, el hueso empezó a cantar por sí solo^[3]:

—Ay, amigo, ¡en mi hueso soplas ya! Largo tiempo yací junto al agua; mi hermano por el jabalí me mató, y por esposa a la joven princesa se llevó.

—¡Qué cuerno tan maravilloso! —dijo el pastor—. ¡Canta él solo! Debo llevárselo al rey, mi señor.

Y cuando llegó con él ante el rey, el cuerno volvió a entonar su cancioncilla. El rey lo comprendió todo, y mandó cavar la tierra bajo el puente, y entonces salió a la luz el esqueleto entero del hombre asesinado. El hermano malvado no pudo negar el crimen, y lo cosieron dentro de un saco y lo ahogaron. Pero los huesos del hombre asesinado fueron depositados en una hermosa tumba en el cementerio de la iglesia.

La niña sin manos

Cierto molinero había ido cayendo poco a poco en la pobreza, y ya no le quedaba nada más que su molino y un gran manzano que crecía detrás de él. Un día que había ido al bosque a buscar leña, se le acercó un anciano al que jamás había visto y le dijo:

—¿Para qué te atormentas cortando leña? Yo te haré rico si me prometes lo que está detrás de tu molino.

—¿Qué puede ser eso, sino mi manzano? —pensó el molinero, y dijo—: Sí.

Y le dio al desconocido una promesa por escrito. Él, sin embargo, se rió con burla y dijo:

—Cuando hayan pasado tres años, vendré y me llevaré lo que me pertenece.

Y se marchó. Cuando el molinero llegó a casa, su mujer salió a su encuentro y le dijo:

—Dime, molinero, ¿de dónde viene esta riqueza tan repentina que ha entrado en nuestra casa? De pronto se llenaron todas las cajas y todos los cofres; nadie los trajo, y no sé cómo ha sucedido.

Él respondió:

—Viene de un desconocido que me salió al paso en el bosque y me prometió un gran tesoro. Yo, a cambio, le he prometido lo que está detrás del molino; bien podemos darle a cambio el gran manzano.

—¡Ay, marido! —dijo la mujer, aterrada—. ¡Ése tiene que haber sido el diablo! No se refería al manzano, sino a nuestra hija, que estaba detrás del molino barriendo el patio.

La hija del molinero era una muchacha hermosa y piadosa, y vivió los tres años en el temor de Dios y sin pecado. Así que, cuando el plazo se cumplió y llegó el día en que el Maligno debía venir por ella, se lavó bien y trazó a su alrededor un círculo con tiza. El diablo apareció muy de mañana, pero no pudo acercarse a ella. Furioso, le dijo al molinero:

—Quítale toda el agua, para que no pueda seguir lavándose, pues de lo contrario no tengo poder sobre ella.

El molinero tuvo miedo y así lo hizo. A la mañana siguiente volvió el diablo, pero ella había llorado sobre sus manos, y las tenía muy limpias. De nuevo no pudo acercarse a ella, y le dijo al molinero, hecho una furia:

—Córtale las manos, o de lo contrario no podré con ella.

El molinero quedó horrorizado y respondió:

—¿Cómo podría cortarle las manos a mi propia hija?

Entonces el Maligno lo amenazó y dijo:

—Si no lo haces, serás mío, y te llevaré a ti.

El padre se llenó de espanto y prometió obedecerle. Así que fue adonde estaba la muchacha y le dijo:

—Hija mía, si no te corto las dos manos, el diablo me llevará, y en mi terror he prometido hacerlo. Ayúdame en mi necesidad y perdóname el daño que te hago.

Ella respondió:

—Querido padre, haz conmigo lo que quieras, soy tu hija.

Y dicho esto, tendió sus dos manos y dejó que se las cortaran. El diablo vino por tercera vez, pero ella había llorado tanto y por tan largo rato sobre los muñones, que después de todo los tenía muy limpios. Entonces tuvo que darse por vencido, y perdió todo derecho sobre ella.

El molinero le dijo:

—Por medio de ti he recibido tan grande riqueza que te cuidaré con todo regalo mientras vivas.

Pero ella respondió:

—Aquí no puedo quedarme; me iré por el mundo, y las gentes compasivas me darán cuanto necesite.

Y dicho esto, hizo que le ataran a la espalda los brazos mutilados, y al despuntar el sol se puso en camino, y anduvo el día entero hasta que cayó la noche. Entonces llegó a un jardín real, y al resplandor de la luna vio que en él crecían árboles cargados de hermosos frutos; pero no podía entrar, porque había mucha agua alrededor. Y como había caminado todo el día sin probar bocado, y el hambre la atormentaba, pensó: «¡Ay, si estuviera dentro, para poder comer de la fruta, pues de lo contrario moriré de hambre!». Entonces se arrodilló, invocó a Dios el Señor y rezó. Y de pronto vino

hacia ella un ángel que levantó un dique en el agua, de modo que el foso quedó seco y ella pudo cruzarlo. Y así entró en el jardín, y el ángel iba con ella. Vio un árbol cargado de hermosas peras, pero estaban todas contadas. Entonces se acercó a él y, para calmar el hambre, comió una directamente del árbol con la boca, pero ninguna más. El jardinero estaba mirando; pero como el ángel se hallaba junto a ella, tuvo miedo y creyó que la doncella era un espíritu, y guardó silencio, sin atreverse a gritar ni a hablarle al espíritu. Cuando ella hubo comido la pera, quedó saciada, y se fue a esconder entre los arbustos. El rey a quien pertenecía el jardín bajó a él a la mañana siguiente, contó las peras y vio que faltaba una; le preguntó al jardinero qué había sido de ella, ya que no estaba debajo del árbol, sino que había desaparecido. Entonces respondió el jardinero:

—Anoche entró un espíritu que no tenía manos, y se comió una de las peras con la boca.

El rey dijo:

—¿Cómo pasó el espíritu por encima del agua, y adónde fue después de comer la pera?

El jardinero respondió:

—Vino del cielo alguien con una vestidura blanca como la nieve, que levantó un dique y contuvo el agua para que el espíritu pudiera cruzar el foso. Y como debía de ser un ángel, tuve miedo, no pregunté nada ni grité. Cuando el espíritu hubo comido la pera, se volvió por donde había venido.

El rey dijo:

—Si es como dices, esta noche velaré contigo.

Cuando oscureció, el rey entró en el jardín y trajo consigo a un sacerdote, que debía hablarle al espíritu. Los tres se sentaron bajo el árbol y velaron. A medianoche salió la doncella arrastrándose desde la espesura, se acercó al árbol y de nuevo comió de él una pera con la boca, y a su lado estaba el ángel con vestiduras blancas. Entonces el sacerdote salió hacia ellos y dijo:

—¿Vienes del cielo o de la tierra? ¿Eres un espíritu o un ser humano?

Ella respondió:

—No soy un espíritu, sino una mortal desdichada, abandonada por todos menos por Dios.

El rey dijo:

—Si estás abandonada por todo el mundo, yo no te abandonaré.

La llevó consigo a su palacio real, y como era tan hermosa y buena, la amó con todo su corazón, mandó hacerle unas manos de plata y la tomó por esposa.

Al cabo de un año, el rey tuvo que salir a la guerra, así que encomendó a su joven reina al cuidado de su madre y le dijo:

—Si da a luz, cuídenla, atiéndanla bien y avísenme enseguida por carta.

Entonces ella dio a luz a un hermoso niño. Y la anciana madre se apresuró a escribir para anunciarle la feliz noticia. Pero el mensajero descansó junto a un arroyo por el camino y, fatigado por la gran distancia, se quedó dormido. Entonces vino el diablo, que siempre andaba buscando la manera de dañar a la buena reina, y cambió la carta por otra, en la que estaba escrito que la reina había traído al mundo un monstruo. Cuando el rey leyó la carta, quedó consternado y muy afligido, pero respondió por escrito que cuidaran mucho a la reina y la atendieran bien hasta su regreso. El mensajero volvió con la carta, pero descansó en el mismo lugar y de nuevo se quedó dormido. Entonces vino el diablo otra vez y le metió en el bolsillo una carta distinta, en la que estaba escrito que dieran muerte a la reina y a su hijo. La anciana madre quedó terriblemente espantada cuando recibió la carta, y no podía creerla. Le escribió de nuevo al rey, pero no recibió otra respuesta, porque cada vez el diablo sustituía la carta por una falsa, y en la última estaba escrito además que conservara la lengua y los ojos de la reina como prueba de que había obedecido.

Pero la anciana madre lloró al pensar que había de derramarse sangre tan inocente, e hizo traer de noche una cierva, le sacó la lengua y los ojos, y los guardó. Entonces le dijo a la reina:

—No puedo mandar que te maten como ordena el rey, pero aquí no puedes quedarte más. Márchate por el ancho mundo con tu hijo, y no vuelvas nunca aquí.

La pobre mujer se ató el niño a la espalda y se fue con los ojos llenos de lágrimas. Llegó a un gran bosque salvaje, y allí cayó de rodillas y rezó a Dios, y el ángel del Señor se le apareció y la condujo a una casita en la que había un letrero con estas palabras: «*Aquí todos moran libres*». Una doncella blanca como la nieve salió de la casita y dijo:

—Bienvenida, señora reina.

Y la hizo pasar adentro. Entonces le desataron de la espalda al niño y se lo acercaron al pecho para que mamara, y lo acostaron en una camita primorosamente hecha. Entonces dijo la pobre mujer:

—¿De dónde sabes que yo era reina?

La doncella blanca respondió:

—Soy un ángel enviado por Dios para velar por ti y por tu hijo.

La reina permaneció siete años en la casita, y fue bien atendida, y por la gracia de Dios, a causa de su piedad, sus manos, que le habían sido cortadas, volvieron a crecer.

Por fin el rey regresó a casa de la guerra, y su primer deseo fue ver a su mujer y al niño. Entonces su anciana madre se echó a llorar y dijo:

—Hombre malvado, ¿por qué me escribiste que quitara aquellas dos vidas inocentes? —y le mostró las dos cartas que el Maligno había falsificado, y continuó—: Hice lo que me mandaste —y le mostró las pruebas, la lengua y los ojos.

Entonces el rey se puso a llorar por su pobre mujer y su hijito con tanta más amargura que ella, que la anciana madre se compadeció de él y dijo:

—Sosiégate, aún vive; hice matar en secreto a una cierva y de ella tomé estas pruebas; pero até el niño a la espalda de tu mujer y le mandé irse por el ancho mundo, y le hice prometer que no volvería nunca aquí, porque estabas tan enfadado con ella.

Entonces habló el rey:

—Iré hasta donde el cielo es azul, y no comeré ni beberé hasta que vuelva a encontrar a mi querida mujer y a mi hijo, si es que entretanto no los han matado, o no han muerto de hambre.

Entonces el rey anduvo errante durante siete largos años, y la buscó en cada grieta de las rocas y en cada cueva, pero no la halló,

y pensó que había muerto de necesidad. Durante todo ese tiempo ni comió ni bebió, pero Dios lo sostuvo. Al fin llegó a un gran bosque, y encontró en él la casita cuyo rótulo decía: «Aquí todos moran libres». Entonces salió la doncella blanca, lo tomó de la mano, lo condujo adentro y le dijo:

—Bienvenido, señor rey —y le preguntó de dónde venía.

Él respondió:

—Pronto se cumplirán siete años que ando errante, y busco a mi esposa y a su hijo, pero no consigo encontrarlos.

El ángel le ofreció comida y bebida, pero él no tomó nada, y sólo quiso descansar un poco. Entonces se recostó a dormir, y se puso un pañuelo sobre el rostro.

Luego el ángel entró en la cámara donde estaba sentada la reina con su hijo, al que solía llamar Doloroso^[4], y le dijo:

—Sal con tu niño, tu esposo ha llegado.

Así que ella fue al lugar donde él yacía, y el pañuelo se le cayó del rostro. Entonces dijo ella:

—Doloroso, recoge el pañuelo de tu padre y cúbrele de nuevo el rostro.

El niño lo recogió y volvió a ponérselo sobre la cara. El rey, en su sueño, oyó lo que sucedía, y se complació en dejar caer el pañuelo una vez más. Pero el niño se impacientó y dijo:

—Querida madre, ¿cómo puedo cubrirle el rostro a mi padre si no tengo padre en este mundo? He aprendido a rezar la oración «Padre nuestro, que estás en el cielo»; tú me has dicho que mi padre estaba en el cielo y que era el buen Dios, ¿y cómo he de reconocer a un hombre salvaje como este? No es mi padre.

Cuando el rey oyó aquello, se levantó y preguntó quiénes eran. Entonces dijo ella:

—Yo soy tu esposa, y ese es tu hijo, Doloroso.

Y él vio sus manos vivas, y dijo:

—Mi esposa tenía manos de plata.

Ella respondió:

—El buen Dios ha hecho que me vuelvan a crecer las manos naturales.

Y el ángel entró en el aposento interior, trajo las manos de plata y se las mostró. Con esto supo con certeza que era su querida esposa y su querido hijo, y los besó, y se alegró, y dijo:

—Una pesada piedra ha caído de mi corazón.

Entonces el ángel de Dios les dio una comida en su compañía, y después regresaron a casa, con la anciana madre del rey. Hubo grandes regocijos por todas partes, y el rey y la reina volvieron a casarse, y vivieron felices hasta su dichoso fin.

El amado Roland

Había una vez una mujer que era una verdadera bruja y tenía dos hijas, una fea y malvada, a la que amaba porque era su propia hija, y otra hermosa y buena, a la que odiaba porque era su hijastra. La hijastra tenía una vez un lindo delantal que a la otra le gustó tanto que se puso envidiosa y le dijo a su madre que debía tenerlo y lo tendría.

—Calla, hija mía —dijo la vieja—, lo tendrás. Hace tiempo que tu hermanastra merece la muerte; esta noche, cuando esté dormida, iré y le cortaré la cabeza. Sólo ten cuidado de acostarte del lado de adentro de la cama y empújala bien hacia el borde. De la pobre muchacha habría sido el fin si no hubiera estado justo entonces de pie en un rincón y no lo hubiera oído todo. En todo el día no se atrevió a salir de la casa, y llegada la hora de dormir, la hija de la bruja se metió en la cama primero para quedarse del lado de afuera, pero cuando estuvo dormida, la otra la empujó suavemente hacia el borde y tomó para sí el sitio de atrás, pegado a la pared. En medio de la noche, la vieja entró a hurtadillas, con un hacha en la mano derecha, y palpó con la izquierda para ver si había alguien acostado del lado de afuera, y entonces empuñó el hacha con las dos manos y le cortó la cabeza a su propia hija.

Cuando se hubo marchado, la muchacha se levantó y fue a ver a su enamorado, que se llamaba Roland, y llamó a su puerta. Cuando él salió, ella le dijo:

—Escúchame, queridísimo Roland, debemos huir a toda prisa; mi madrastra quiso matarme, pero mató a su propia hija. Cuando llegue el día y vea lo que ha hecho, estaremos perdidos.

—Pero —dijo Roland— te aconsejo que primero le quites la varita mágica, o no podremos escapar si nos persigue. La muchacha fue a buscar la varita mágica, y tomó la cabeza de la muerta y dejó caer tres gotas de sangre en el suelo: una delante de la cama, otra en la cocina y otra en la escalera. Luego se apresuró a partir con su amado. Cuando la vieja bruja se levantó a la mañana siguiente,

llamó a su hija y quiso darle el delantal, pero ella no vino. Entonces la bruja gritó:

—¿Dónde estás?

—Aquí, en la escalera, estoy barriendo

—respondió la primera gota de sangre. La vieja salió, pero no vio a nadie en la escalera, y gritó de nuevo:

—¿Dónde estás?

—Aquí, en la cocina, estoy calentándome —gritó la segunda gota de sangre. Fue a la cocina, pero no encontró a nadie. Entonces gritó otra vez:

—¿Dónde estás?

—Ay, aquí, en la cama, estoy durmiendo —gritó la tercera gota de sangre. Fue al cuarto, hacia la cama. ¿Qué vio allí? A su propia hija, a la que le había cortado la cabeza, bañada en su sangre. La bruja montó en cólera, se lanzó a la ventana, y como podía otear muy lejos por el mundo, divisó a su hijastra que huía a toda prisa con su amado Roland.

—Eso no les servirá —gritó—; aunque hayan ido muy lejos, no se me escapan. Se calzó sus botas de muchas leguas^[5], con las que a cada paso andaba una hora de camino, y no tardó en alcanzarlos. La muchacha, sin embargo, al ver a la vieja que venía a grandes zancadas hacia ella, con su varita mágica convirtió a su amado Roland en un lago y a sí misma en un pato que nadaba en medio de él. La bruja se apostó en la orilla, arrojó migas de pan y se afanó por todos los medios en atraer al pato; pero el pato no se dejó atraer, y la vieja tuvo que volver a casa al caer la noche tal como había venido. Entonces la muchacha y su amado Roland recobraron sus figuras naturales y caminaron toda la noche hasta el amanecer. Después la muchacha se transformó en una hermosa flor que crecía en medio de un seto de zarzas, y a su amado Roland en un violinista. No tardó la bruja en llegar a grandes zancadas hacia ellos y le dijo al músico:

—Querido músico, ¿puedo arrancar esa hermosa flor para mí?

—Ah, sí —respondió él—, yo tocaré para ti mientras lo haces. Mientras ella se metía a hurtadillas en el seto y estaba a punto de

arrancar la flor, pues bien sabía quién era la flor, él empezó a tocar, y quisiera o no, se vio forzada a bailar, porque era una danza mágica. Cuanto más rápido tocaba él, más violentos eran los saltos que ella se veía obligada a dar, y las espinas le desgarraban las ropas del cuerpo y la pinchaban y la herían hasta hacerla sangrar, y como él no se detenía, tuvo que bailar hasta caer muerta en el suelo.

Cuando se vieron libres, Roland dijo:

—Ahora iré a ver a mi padre y arreglaré lo de la boda.

—Entonces, entretanto, yo me quedaré aquí y te esperaré —dijo la muchacha—, y para que nadie me reconozca, me convertiré en un mojón de piedra roja. Entonces Roland se marchó, y la muchacha quedó como un mojón rojo en el campo y esperó a su amado. Pero cuando Roland llegó a casa, cayó en las redes de otra, que lo sedujo hasta el punto de que olvidó a la muchacha. La pobre muchacha permaneció allí largo tiempo, mas al fin, como él no volvía en absoluto, se puso triste y se transformó en una flor, y pensó: «Seguro que alguien pasará por aquí y me pisoteará».

Sucedió, sin embargo, que un pastor apacentaba sus ovejas en el campo y vio la flor, y como era tan bonita, la arrancó, se la llevó consigo y la guardó en su arcón. Desde entonces empezaron a ocurrir cosas extrañas en la casa del pastor. Cuando se levantaba por la mañana, ya estaba hecho todo el trabajo: el cuarto barrido, la mesa y los bancos limpios, el fuego encendido en el hogar y el agua traída, y al mediodía, cuando volvía a casa, la mesa estaba puesta y una buena comida servida. No lograba comprender cómo sucedía aquello, pues nunca veía a un ser humano en su casa, y nadie habría podido esconderse en ella. Ciertamente es que estaba complacido con tan buenos cuidados, pero al fin sintió tal temor que fue a ver a una mujer sabia y le pidió consejo. La mujer sabia dijo:

—Hay algún encantamiento detrás de esto. Vigila muy temprano una mañana por si algo se mueve en el cuarto, y si ves algo, sea lo que sea, echa un paño blanco sobre ello, y entonces la magia quedará detenida.

El pastor hizo lo que ella le mandó, y a la mañana siguiente, justo al despuntar el día, vio abrirse el arcón y salir la flor. Con presteza se abalanzó hacia ella y le echó un paño blanco encima. Al instante

cesó la transformación, y una hermosa muchacha se irguió ante él, que le confesó que ella había sido la flor y que hasta entonces se había ocupado de las tareas de su casa. Le contó su historia, y como le agradaba, él le preguntó si quería casarse con él, pero ella respondió que no, pues quería permanecer fiel a su amado Roland, aunque él la hubiera abandonado; pero le prometió no irse, sino llevarle la casa al pastor en adelante.

Y ya se acercaba el momento en que había de celebrarse la boda de Roland, y entonces, según una vieja costumbre del país, se anunció que todas las muchachas debían acudir a ella y cantar en honor de los novios. Cuando la fiel muchacha se enteró de esto, se puso tan triste que creyó que el corazón se le partiría, y no quería ir allá, pero las otras muchachas vinieron y se la llevaron. Cuando le llegó el turno de cantar, se echó atrás, hasta que al fin fue la única que quedaba, y entonces no pudo negarse. Pero cuando empezó su canción y esta llegó a oídos de Roland, él se levantó de un salto y gritó:

—Conozco esa voz, esa es la verdadera novia, ¡no quiero a ninguna otra! Todo lo que había olvidado, y que se había borrado de su mente, de pronto volvió a su corazón. Entonces la fiel muchacha celebró su boda con su amado Roland, y la pena llegó a su fin y comenzó la alegría.

La niña de María

Junto a un gran bosque vivía un leñador con su mujer, que tenían una única hija, una niña de tres años. Eran, sin embargo, tan pobres que ya no les quedaba pan de cada día y no sabían cómo conseguirle comida. Una mañana el leñador salió apesadumbrado a su trabajo en el bosque y, mientras cortaba leña, de pronto apareció ante él una mujer alta y hermosa, con una corona de estrellas resplandecientes sobre la cabeza, que le dijo:

—Yo soy la Virgen María, madre del niño Jesús. Eres pobre y estás necesitado; tráeme a tu hija, yo la llevaré conmigo y seré su madre y cuidaré de ella. El leñador obedeció, trajo a su hija y se la entregó a la Virgen María, que la subió consigo al cielo. Allí la niña vivió muy bien: comía pastelillos de azúcar y bebía leche dulce, sus vestidos eran de oro y los angelitos jugaban con ella. Y cuando cumplió catorce años, la Virgen María la llamó un día y le dijo:

—Querida niña, voy a emprender un largo viaje, así que toma bajo tu custodia las llaves de las trece puertas del cielo^[6]. Doce de ellas puedes abrir, y contemplar la gloria que hay dentro, pero la decimotercera, a la que corresponde esta pequeña llave, te está prohibida. Guárdate de abrirla, o traerás la desgracia sobre ti. La muchacha prometió ser obediente y, cuando la Virgen María se hubo marchado, empezó a recorrer las moradas del reino de los cielos. Cada día abría una de ellas, hasta que hubo dado la vuelta a las doce. En cada una estaba sentado uno de los apóstoles en medio de una gran luz, y ella se regocijaba con toda aquella magnificencia y esplendor, y los angelitos que siempre la acompañaban se regocijaban con ella. Entonces sólo quedó la puerta prohibida, y sintió un gran deseo de saber qué podía ocultarse detrás, y les dijo a los ángeles:

—No la abriré del todo, ni entraré en ella, sólo la destrabaré para que podamos mirar un poquito por la rendija.

—Oh, no —dijeron los angelitos—, eso sería un pecado. La Virgen María lo ha prohibido, y bien podría acarrearle la desdicha. Entonces ella calló, pero el deseo de su corazón no se aquietó, sino que la roía

y la atormentaba y no la dejaba descansar. Y una vez, cuando todos los ángeles habían salido, pensó: *Ahora estoy completamente sola y podría asomarme. Si lo hago, nadie lo sabrá jamás.* Buscó la llave y, cuando la tuvo en la mano, la metió en la cerradura y, una vez metida, la hizo girar. Entonces la puerta se abrió de golpe, y vio allí a la Trinidad sentada en fuego y esplendor. Se quedó un rato mirándolo todo con asombro; luego tocó un poco la luz con el dedo, y su dedo se volvió todo de oro. Al instante un gran miedo se apoderó de ella. Cerró la puerta con violencia y echó a correr. Tampoco el terror la abandonaba, hiciera lo que hiciera, y su corazón latía sin cesar y no quería sosegar; el oro también permaneció en su dedo y no se iba, por más que lo frotara y lo lavara.

No pasó mucho tiempo antes de que la Virgen María volviera de su viaje. Llamó a la niña ante sí y le pidió que le devolviera las llaves del cielo. Cuando la muchacha le entregó el manojito, la Virgen la miró a los ojos y le dijo:

—¿No has abierto también la decimotercera puerta?

—No —respondió ella. Entonces le puso la mano sobre el corazón, y sintió cómo latía y latía, y vio muy bien que había desobedecido su orden y había abierto la puerta. Entonces dijo una vez más:

—¿Estás segura de que no lo has hecho?

—Sí —dijo la niña por segunda vez. Entonces reparó en el dedo que se había vuelto de oro al tocar el fuego del cielo, y vio bien que la criatura había pecado, y dijo por tercera vez:

—¿No lo has hecho?

—No —dijo la niña por tercera vez. Entonces dijo la Virgen María:

—No me has obedecido y, además, has mentado; ya no eres digna de estar en el cielo.

Entonces la niña cayó en un sueño profundo y, cuando despertó, yacía abajo en la tierra, en medio de un páramo. Quiso gritar, pero no pudo emitir sonido alguno. Se levantó de un salto y quiso huir, pero hacia dondequiera que se volviese, siempre la detenían espesos setos de espinas que no podía atravesar. En aquel desierto en que estaba prisionera se alzaba un viejo árbol hueco, y este había de ser su morada. En él se metía cuando llegaba la noche, y allí dormía. Allí también encontraba refugio contra la tormenta y la lluvia, pero era

una vida miserable, y amargamente lloraba al recordar cuán feliz había sido en el cielo y cómo los ángeles habían jugado con ella. Raíces y bayas silvestres eran su único alimento, y las buscaba tan lejos como podía llegar. En otoño recogía las nueces y las hojas caídas y las llevaba al hueco. Las nueces eran su comida en invierno y, cuando llegaban la nieve y el hielo, se acurrucaba entre las hojas como un pobre animalillo para no congelarse. Pronto sus vestidos quedaron todos rotos, y una tira tras otra se le fue cayendo. Pero en cuanto el sol volvía a brillar cálido, salía y se sentaba delante del árbol, y su largo cabello la cubría por todos lados como un manto. Así se quedó sentada un año tras otro, sintiendo el dolor y la miseria del mundo. Un día, cuando los árboles volvían a vestirse de fresco verdor, el rey del país cazaba en el bosque, y siguió a un corzo y, como este había huido a la espesura que cerraba aquella parte del bosque, se apeó del caballo, apartó los arbustos y se abrió camino con su espada. Cuando por fin logró pasar, vio a una muchacha maravillosamente hermosa sentada bajo el árbol; y allí estaba, cubierta enteramente por su cabello de oro hasta los mismísimos pies. Se detuvo y la miró lleno de sorpresa, y luego le habló y le dijo:

—¿Quién eres? ¿Por qué estás sentada aquí en el páramo? Pero ella no dio respuesta, pues no podía abrir la boca. El rey continuó:

—¿Quieres venir conmigo a mi castillo? Entonces ella apenas inclinó un poco la cabeza. El rey la tomó en brazos, la llevó hasta su caballo y cabalgó con ella a casa y, cuando llegó al castillo real, hizo que la vistieran con hermosos ropajes y le dio todas las cosas en abundancia. Aunque no podía hablar, era tan bella y encantadora que él empezó a amarla con todo su corazón, y no pasó mucho tiempo antes de que se casara con ella.

Al cabo de un año, más o menos, la reina trajo al mundo un hijo. Entonces la Virgen María se le apareció por la noche, cuando yacía sola en su lecho, y le dijo:

—Si dices la verdad y confiesas que abriste la puerta prohibida, te abriré la boca y te devolveré el habla; pero si perseveras en tu pecado y niegas con obstinación, me llevaré conmigo a tu hijo recién

nacido. Entonces a la reina le fue permitido responder, pero se mantuvo dura y dijo:

—No, no abrí la puerta prohibida. Y la Virgen María tomó de sus brazos al niño recién nacido y desapareció con él. A la mañana siguiente, al no encontrarse al niño, se murmuró entre la gente que la reina era una devoradora de hombres y había matado a su propio hijo. Ella oía todo esto y no podía decir nada en contra, pero el rey no quería creerlo, pues la amaba muchísimo.

Cuando hubo transcurrido un año, la reina dio a luz de nuevo un hijo y, durante la noche, la Virgen María volvió a acudir a ella y le dijo:

—Si confiesas que abriste la puerta prohibida, te devolveré a tu hijo y te desataré la lengua; pero si continúas en el pecado y lo niegas, me llevaré conmigo también a este nuevo niño. Entonces la reina dijo de nuevo:

—No, no abrí la puerta prohibida. Y la Virgen tomó al niño de sus brazos y se lo llevó consigo al cielo. A la mañana siguiente, cuando también este niño hubo desaparecido, la gente declaró bien alto que la reina lo había devorado, y los consejeros del rey exigieron que se la llevara a juicio. El rey, sin embargo, la amaba tan tiernamente que no quiso creerlo, y ordenó a los consejeros, bajo pena de muerte, que no dijeran una palabra más al respecto.

Al año siguiente la reina dio a luz una hermosa hijita y, por tercera vez, la Virgen María se le apareció en la noche y le dijo:

—Sígueme. Tomó a la reina de la mano y la condujo al cielo, y allí le mostró a sus dos hijos mayores, que le sonreían y jugaban con la bola del mundo. Como la reina se alegró de ello, la Virgen María dijo:

—¿No se ha ablandado aún tu corazón? Si reconoces que abriste la puerta prohibida, te devolveré a tus dos hijitos. Pero por tercera vez la reina respondió:

—No, no abrí la puerta prohibida. Entonces la Virgen la dejó descender de nuevo a la tierra, y le quitó asimismo su tercer hijo.

A la mañana siguiente, cuando la pérdida se divulgó por todas partes, toda la gente clamó a gritos:

—¡La reina es una devoradora de hombres! ¡Hay que juzgarla! Y el rey ya no pudo contener a sus consejeros. Se celebró entonces un juicio y, como ella no podía responder ni defenderse, fue condenada a morir en la hoguera. Se juntó la leña y, cuando ya estaba bien atada al poste y el fuego empezaba a arder a su alrededor, el duro hielo del orgullo se derritió, su corazón se conmovió de arrepentimiento y pensó: *Ojalá pudiera confesar antes de mi muerte que abrí la puerta*. Entonces le volvió la voz y gritó con fuerza:

—¡Sí, María, lo hice! Y al punto cayó lluvia del cielo y apagó las llamas del fuego, y una luz brotó sobre ella, y la Virgen María descendió con los dos hijitos a su lado y la recién nacida en sus brazos. Le habló con dulzura y le dijo:

—Quien se arrepiente de su pecado y lo reconoce, es perdonado. Entonces le dio los tres hijos, le desató la lengua y le concedió la felicidad para toda su vida.

Cómo unos niños jugaron a matarse

I

En una ciudad llamada Franeker, en Frisia Occidental, sucedió que unos niños pequeños, de cinco y seis años, mozuelas y muchachos, jugaban juntos. Y dispusieron que un chiquillo fuera el carnicero, otro chiquillo fuera el cocinero, y un tercer chiquillo fuera la cerda. Dispusieron que una mozuela fuera la cocinera, y otra más, la pinche; y la pinche debía recoger en un cacharrito la sangre de la cerda, para poder hacer embutidos. Entonces el carnicero, tal como habían convenido, se echó sobre el chiquillo que había de ser la cerda, lo derribó y con un cuchillito le abrió la garganta, y la pinche recogió la sangre en su cacharrito. Un concejal que pasaba por allí de casualidad vio esta desgracia: se llevó al carnicero en el acto y lo condujo a la casa del alcalde, quien enseguida mandó reunir a todo el concejo. Se sentaron todos a deliberar sobre este asunto y no sabían qué hacer con el niño, pues bien veían que aquello había ocurrido a la manera de los niños. Uno de ellos, un anciano de cabellos blancos, dio el consejo de que el juez supremo tomara en una mano una hermosa manzana roja, y en la otra un florín renano^[Z], llamara al niño y le tendiera ambas manos por igual: si tomaba la manzana, se le declararía libre; pero si tomaba el florín, se le daría muerte. Así se hizo, y el niño, riendo, agarró la manzana, con lo cual quedó libre de todo castigo.

II

Cierta vez, un padre de familia mató un cerdo, y sus hijos lo vieron; y cuando por la tarde quisieron ponerse a jugar juntos, uno de los niños le dijo al otro:

—Tú serás el cerdito y yo el carnicero.

—Y en esto tomó un cuchillo desnudo y se lo hundió en el cuello a su hermanito. La madre, que estaba arriba en la habitación bañando a su hijito menor en una tina, oyó los gritos de su otro hijo, bajó corriendo al instante y, al ver lo que había ocurrido, le sacó el

cuchillo del cuello al niño y, en su cólera, se lo clavó en el corazón al otro niño, el que había hecho de carnicero. Después corrió enseguida a la habitación para ver qué hacía su hijito en la tina del baño, pero entretanto se le había ahogado en el agua; por lo cual la mujer quedó tan llena de angustia que cayó en la desesperación, no quiso dejarse consolar por su servidumbre, sino que se ahorcó ella misma. El marido volvió del campo y, cuando vio todo aquello, se afligió tanto que al poco tiempo murió.

Los niños en tiempo de hambre

Había una vez una mujer que, junto con sus dos hijas, había caído en tan gran miseria que ya no les quedaba ni un pedazo de pan que llevarse a la boca. Cuando el hambre se hizo tan grande entre ellas que la madre, fuera de sí, cayó en la desesperación, le dijo a la mayor:

—Tengo que matarte, para tener algo que comer. La hija respondió:

—Ay, querida madre, ten piedad de mí; saldré a ver si consigo algo de comer sin mendigar. Entonces salió, volvió, y traía un trocito de pan; lo comieron juntas, pero era muy poco para calmar el hambre. Por eso la madre le dijo a la otra hija:

—Ahora te toca a ti. Pero ella respondió:

—Ay, querida madre, ten piedad de mí; iré y, sin que nadie me vea, traeré algo de comer de otra parte. Entonces se fue, volvió, y traía dos trocitos de pan; los comieron juntas, pero era muy poco para calmar el hambre. Por eso, al cabo de unas horas, la madre volvió a decirles:

—Tienen que morir, pues de lo contrario pereceremos de necesidad. A lo que ellas respondieron:

—Querida madre, vamos a acostarnos y a dormir, y no volveremos a levantarnos hasta que llegue el día del Juicio Final. Entonces se echaron y durmieron un sueño profundo del que nadie pudo despertarlas; y la madre desapareció, y ningún hombre sabe adónde fue a parar.

El niño terco

Había una vez una niña que era terca y no hacía lo que su madre quería. Por eso Dios no se complacía en ella, y dejó que enfermara, y ningún médico logró aliviarla, y al poco tiempo yacía en su lecho de muerte. Cuando la bajaron a la tumba y la tierra la cubrió, de pronto su brazo volvió a salir y se estiró hacia arriba, y por más que lo metían de nuevo y esparcían tierra fresca sobre él, todo era en vano, pues el brazo siempre volvía a salir. Entonces la propia madre tuvo que ir a la tumba y golpear el brazo con una vara^[8], y en cuanto lo hizo, el brazo se retrajo, y sólo entonces halló la niña, por fin, descanso bajo la tierra.

Doña Trude

Había una vez una niña obstinada y curiosa que, cuando sus padres le mandaban hacer algo, no obedecía; así pues, ¿cómo iba a irle bien? Un día les dijo a sus padres:

—He oído hablar tanto de Doña Trude que un día de estos iré a verla. Dicen que todo en ella luce muy extraño y que en su casa hay cosas tan raras que me he quedado con muchísima curiosidad.

Sus padres se lo prohibieron terminantemente y le dijeron:

—Doña Trude es una mala mujer que hace cosas perversas, y si vas a verla, dejarás de ser hija nuestra.

Pero la muchacha no se dejó apartar por la prohibición de sus padres, y de todos modos fue a ver a Doña Trude. Y cuando llegó ante ella, Doña Trude le dijo:

—¿Por qué estás tan pálida?

—Ay —respondió, y todo su cuerpo temblaba—, me he asustado mucho con lo que he visto.

—¿Qué has visto?

—Vi a un hombre negro en tu escalera.

—Ése era un carbonero.

—Después vi a un hombre verde.

—Ése era un cazador.

—Y luego vi a un hombre rojo como la sangre.

—Ése era un carnicero.

—Ay, Doña Trude, me quedé aterrada; miré por la ventana y no te vi a ti, sino, tal como de veras lo creo, al mismísimo diablo con la cabeza de fuego.

—¡Ajá! —dijo ella—. Entonces has visto a la bruja con su verdadero atavío. Te he estado esperando y deseando desde hace ya mucho tiempo; tú vas a darme luz^[9].

Entonces convirtió a la niña en un leño y lo arrojó al fuego. Y cuando ardió con toda su fuerza, se sentó muy cerca de él, se calentó junto a las llamas y dijo:

—Al menos por una vez, esto alumbra con brillo.

El hijo ingrato

Un hombre y su mujer estaban una vez sentados junto a la puerta de su casa, con un pollo asado servido delante de ellos, listos para comérselo juntos. Entonces el hombre vio que se acercaba su anciano padre, y a toda prisa tomó el pollo y lo escondió, pues no quería darle ni un bocado. El viejo llegó, bebió un trago y se marchó. El hijo quiso volver a poner el pollo asado sobre la mesa, pero cuando lo levantó se había convertido en un enorme sapo^[10], que le saltó a la cara y allí se quedó, y ya nunca más se fue; y si alguien intentaba quitárselo, el sapo lo miraba con veneno, como si fuera a saltarle a la cara, de modo que nadie se atrevía a tocarlo. Y el hijo ingrato se vio obligado a alimentar al sapo cada día, pues de lo contrario el sapo se alimentaba de su rostro; y así anduvo por el mundo sin conocer descanso.

Don Korbes

Había una vez un gallo y una gallina que quisieron hacer juntos un viaje. Entonces el gallo construyó una hermosa carroza que tenía cuatro ruedas rojas, y enganchó a ella cuatro ratones. La gallina se sentó dentro con el gallo, y así partieron los dos. No mucho después se encontraron con un gato que les dijo:

—¿Adónde van? El gallo respondió:

—Vamos a la casa de Don Korbes.

—Llévenme con ustedes —dijo el gato. El gallo contestó:

—Con mucho gusto, súbete atrás, no sea que te caigas por delante. Ten mucho cuidado de no ensuciar mis ruedecitas rojas. *Y ustedes, ruedecitas, rueden sin parar, / y ustedes, ratoncitos, pónganse a chillar, / que a casa de Don Korbes vamos a llegar.*

Después llegó una muela de molino, luego un huevo, luego un pato, luego un alfiler y, por último, una aguja, que se sentaron todos en la carroza y viajaron con ellos. Sin embargo, cuando llegaron a la casa de Don Korbes, Don Korbes no estaba. Los ratones metieron la carroza en el granero, la gallina voló con el gallo hasta una percha. El gato se sentó junto al hogar, el pato sobre el brocal del pozo. El huevo se envolvió en una toalla, el alfiler se clavó en el cojín de la silla, la aguja saltó a la cama en medio de la almohada, y la muela de molino se colocó encima de la puerta. Entonces llegó Don Korbes a casa, fue hasta el hogar y estaba a punto de encender el fuego cuando el gato le arrojó un montón de cenizas a la cara. Corrió a la cocina a toda prisa para lavársela, y el pato le salpicó agua en el rostro. Quiso secarse con la toalla, pero el huevo rodó contra él, se rompió y le pegó los ojos. Quiso descansar y se sentó en la silla, y entonces el alfiler lo pinchó. Montó en cólera y se echó sobre su cama, mas apenas apoyó la cabeza en la almohada, la aguja lo pinchó, de modo que dio un grito, y ya iba a salir corriendo por el ancho mundo en su furia, pero cuando llegó a la puerta de la casa, la muela de molino cayó de un salto y lo mató de golpe. ¡Don Korbes debió de ser un hombre muy malvado^[11]!

El ratón, el pájaro y la salchicha

Había una vez un ratón, un pájaro y una salchicha que se hicieron compañeros, llevaban juntos la casa, vivían bien y felices los unos con los otros, y aumentaban sus bienes de manera admirable. La tarea del pájaro era volar cada día al bosque y traer leña. El ratón debía acarrear el agua, encender el fuego y poner la mesa; y a la salchicha le tocaba cocinar.

Quien vive demasiado bien siempre anhela alguna novedad. Un día, pues, el pájaro se encontró por el camino con otro pájaro, al que le contó su excelente situación y de ella se jactó. El otro pájaro, sin embargo, lo llamó pobre simplón por su duro trabajo, y le dijo que los dos que se quedaban en casa se daban buena vida. Porque el ratón, una vez que había encendido su fuego y acarreado su agua, se retiraba a su cuartito a descansar hasta que la llamaban para poner la mesa. La salchicha se quedaba junto a la olla, vigilaba que la comida se cociera bien y, cuando ya casi era hora de comer, se revolcaba una o dos veces por el caldo o las verduras, y con eso quedaban mantecadas, saladas y listas. Cuando el pájaro llegaba a casa y dejaba su carga, se sentaban a comer, y después de haber comido dormían a placer hasta la mañana siguiente; y aquella era una vida espléndida.

Al día siguiente el pájaro, instigado por el otro pájaro, no quiso ir más al bosque, diciendo que ya había sido criado bastante tiempo, que ellos lo habían tomado por tonto, y que por una vez tenían que cambiar los papeles y probar a arreglarlo de otro modo. Y aunque el ratón y la salchicha se lo rogaron con toda su alma, el pájaro se salió con la suya y dijo que había que intentarlo. Echaron suertes, y la suerte recayó en la salchicha, que debía acarrear la leña; el ratón se hizo cocinero, y el pájaro tendría que traer el agua.

¿Y qué sucedió? La salchichita salió hacia el bosque, el pajarito encendió el fuego, y el ratón se quedó junto a la olla y esperó solo hasta que la salchichita volviera a casa con la leña para el día siguiente. Pero la salchichita tardaba tanto en el camino que los dos temieron que algo malo pasara, y el pájaro salió volando un trecho

por el aire a su encuentro. No muy lejos, sin embargo, se topó con un perro que en el camino había caído sobre la pobre salchicha como sobre botín legítimo, y la había atrapado y engullido. El pájaro acusó al perro de un acto de robo descarado, pero de nada sirvió hablar, pues el perro dijo que le había encontrado a la salchicha cartas falsificadas^[12], y que por eso su vida quedaba a su merced.

El pájaro, apenado, recogió la leña, voló a casa y contó lo que había visto y oído. Quedaron muy afligidos, pero acordaron poner lo mejor de su parte y seguir juntos. Así pues, el pájaro puso la mesa y el ratón preparó la comida, y quiso aderezarla y meterse en la olla como solía hacer la salchicha, revolcándose y deslizándose entre las verduras para mezclarlas; pero antes de llegar al centro lo detuvieron en seco, y en el intento perdió la piel, el pelo y la vida.

Cuando el pájaro fue a servir la comida, no había cocinero. En su angustia, el pájaro arrojó la leña de aquí para allá, llamó y buscó, pero no aparecía cocinero por ninguna parte! Por su descuido, la leña prendió fuego, de modo que sobrevino un incendio; el pájaro se apresuró a traer agua, y entonces el cubo se le escurrió de las garras al pozo, y él cayó con el cubo, y no pudo salir, sino que tuvo que ahogarse allí.

El piojito y la pulguita

Un piojito y una pulguita vivían juntos en una casa y estaban preparando cerveza en una cáscara de huevo. Entonces el piojito se cayó dentro y se quemó. Al ver esto, la pulguita se puso a chillar a voz en cuello. Entonces la puertecita del cuarto preguntó:

—Pulguita, ¿por qué chillas?

—¡Porque el piojito se ha quemado!

Entonces la puertecita empezó a rechinar. Al oírlo, una escobita que estaba en el rincón dijo:

—¿Por qué rechinas, puertecita?

—¿Y acaso no tengo razón para rechinar?

El piojito se quemó, la pulguita llora ya.

Entonces la escobita se puso a barrer como una loca. En eso pasó un carrito y dijo:

—¿Por qué barres, escobita?

—¿Y acaso no tengo razón para barrer?

El piojito se quemó, la pulguita llora ya, la puertecita rechinó.

Entonces el carrito dijo: «Pues yo voy a correr», y echó a correr como enloquecido. Entonces el montón de ceniza junto al que pasaba le dijo:

—¿Por qué corres así, carrito?

—¿Y acaso no tengo razón para correr?

El piojito se quemó, la pulguita llora ya, la puertecita rechinó, la escobita barrerá.

El montón de ceniza dijo: «Pues yo voy a arder con furia», y se puso a arder en llamas vivas. Cerca del montón de ceniza había un arbolito, que dijo:

—Montón de ceniza, ¿por qué ardes?

—¿Y acaso no tengo razón para arder?

El piojito se quemó, la pulguita llora ya, la puertecita rechinó, la escobita barrerá, el carrito corre allá.

El arbolito dijo: «Pues yo voy a sacudirme», y se sacudió de tal modo que se le cayeron todas las hojas. Una muchacha que llegaba con su cántaro de agua lo vio y dijo:

—Arbolito, ¿por qué te sacudes?

—¿Y acaso no tengo razón para sacudirme?

El piojito se quemó, la pulguita llora ya, la puertecita rechinó, la escobita barrerá, el carrito corre allá, el montón de ceniza arderá.

Al oír esto, la muchacha dijo: «Pues yo voy a romper mi cantarito», y rompió su cantarito. Entonces la fuentequilla de la que manaba el agua dijo:

—Muchacha, ¿por qué rompes tu cántaro?

—¿Y acaso no tengo razón para romper mi cántaro?

El piojito se quemó, la pulguita llora ya, la puertecita rechinó, la escobita barrerá, el carrito corre allá, el montón de ceniza arderá, el arbolito se sacudirá.

—¡Ah, vaya! —dijo la fuente—. Pues yo voy a ponerme a manar —y empezó a manar con violencia. Y en el agua se ahogó todo: la muchacha, el arbolito, el montón de ceniza, el carrito, la escobita, la puertecita, la pulguita, el piojito, todos juntos.

La muerte de la gallinita

Había una vez una gallinita que fue con el gallito al monte de los avellanos, y convinieron entre los dos que, cualquiera que hallara un grano de avellana, lo compartiría con el otro. Entonces la gallinita encontró una avellana grande, muy grande, pero no dijo nada de ella, pues pensaba comerse el grano ella sola. El grano, sin embargo, era tan grande que no pudo tragarlo, y se le quedó atorado en la garganta, de modo que se asustó, temerosa de ahogarse. Entonces gritó:

—Gallito, te lo suplico, corre tan rápido como puedas y tráeme un poco de agua, o me ahogaré.

El gallito corrió tan rápido como pudo hasta la fuente, y dijo:

—Arroyo, tienes que darme un poco de agua; la gallinita está tendida en el monte de los avellanos, se ha tragado una avellana grande y se está ahogando.

El manantial respondió:

—Primero corre hasta la novia, y que ella te dé un poco de seda roja^[13].

El gallito corrió hasta la novia y dijo:

—Novia, tienes que darme un poco de seda roja; quiero darle la seda roja al manantial, el manantial ha de darme un poco de agua, yo he de llevarle el agua a la gallinita, que está tendida en el monte de los avellanos, se ha tragado un gran grano de avellana y se está ahogando con él.

La novia respondió:

—Primero corre y tráeme mi coronita, que está colgada de un sauce.

Así que el gallito corrió hasta el sauce, sacó la corona de la rama y se la llevó a la novia, y la novia le dio a cambio un poco de agua. Entonces el gallito le llevó el agua a la gallinita, pero cuando llegó allí la gallinita se había ahogado entretanto, y yacía muerta e inmóvil. Entonces el gallito se afligió tanto que rompió a llorar a gritos, y todos los animales acudieron a lamentar la muerte de la gallinita, y seis ratones construyeron un carrito para llevarla a su

sepultura, y cuando el carrito estuvo listo se uncieron ellos mismos a él, y el gallito iba de cochero. En el camino, sin embargo, se toparon con el zorro, que dijo:

—¿Adónde vas, gallito?

—Voy a enterrar a mi gallinita.

—¿Puedo ir contigo?

—Sí, pero siéntate en la parte de atrás del carrito, que delante mis caballitos no podrían tirar de ti.

Entonces el zorro se sentó atrás, y después de él el lobo, el oso, el ciervo, el león y todas las bestias del bosque hicieron lo mismo. Así siguió adelante la comitiva, hasta que llegaron al arroyo.

—¿Cómo vamos a cruzar? —dijo el gallito.

Había una paja junto al arroyo, y dijo:

—Yo me tenderé de un lado a otro, y ustedes pasarán por encima de mí.

Pero cuando los seis ratones llegaron al puente, la paja resbaló y cayó al agua, y los seis ratones cayeron también y se ahogaron. Entonces se vieron de nuevo en apuros, y llegó un carbón y dijo:

—Yo soy bastante grande, me tenderé de un lado a otro y ustedes pasarán por encima de mí.

Así que el carbón también se tendió sobre el agua, pero por desgracia apenas la rozó, con lo que el carbón chisporroteó, se apagó y murió. Cuando una piedra vio aquello, se compadeció del gallito, quiso ayudarlo y se tendió sobre el agua. Entonces el gallito tiró él mismo del carrito, pero cuando lo hubo pasado y alcanzó la otra orilla con la gallinita muerta, y se disponía a pasar también a los demás, que iban sentados detrás, eran demasiados, el carrito rodó hacia atrás, y todos cayeron juntos al agua y se ahogaron. Entonces el gallito se quedó solo con la gallinita muerta, y le cavó una tumba y la depositó en ella, e hizo un montículo por encima, sobre el cual se sentó y se consumió de pena hasta que él también murió, y entonces todos estuvieron muertos.

El señor padrino

Un hombre pobre tenía tantos hijos que ya había pedido a todo el mundo que fuera padrino, y cuando le nació otro hijo más, no quedaba nadie a quien pudiera invitar. No sabía qué hacer y, en su desconcierto, se acostó y se quedó dormido. Entonces soñó que debía salir por la puerta de la ciudad y pedir al primero que se cruzara con él que fuera padrino. Al despertar, decidió obedecer su sueño, salió por la puerta y le pidió al primero que se le acercó que fuera padrino. El desconocido le entregó un vasito de agua y le dijo:

—Ésta es un agua maravillosa; con ella podrás sanar a los enfermos, sólo que has de fijarte dónde está parada la Muerte. Si está parada junto a la cabecera del enfermo, dale un poco del agua y sanará; pero si la Muerte está parada junto a sus pies, todo esfuerzo será en vano, pues el enfermo tiene que morir.

Desde aquel día, el hombre siempre podía decir si un enfermo podía salvarse o no, se hizo famoso por su arte y ganó muchísimo dinero. Una vez lo llamaron para el hijo del rey y, al entrar, vio a la Muerte parada junto a la cabecera del niño, y lo curó con el agua; e hizo lo mismo una segunda vez, pero la tercera la Muerte estaba parada junto a sus pies, y entonces supo que el niño no tenía más remedio que morir.

Un día el hombre pensó que iría a visitar al padrino y a contarle cómo le había ido con el agua. Pero cuando entró en la casa, ¡vaya morada más extraña! En el primer tramo de la escalera, la escoba y la pala reñían y se golpeaban con violencia. Les preguntó:

—¿Dónde vive el padrino?

La escoba respondió:

—Un tramo de escalera más arriba.

Cuando llegó al segundo tramo, vio un montón de dedos muertos tirados. Preguntó:

—¿Dónde vive el padrino?

Uno de los dedos respondió:

—Un tramo de escalera más arriba.

En el tercer tramo yacía un montón de cabezas muertas, que otra vez lo mandaron al tramo siguiente. En el cuarto tramo vio unos peces sobre el fuego, que chisporroteaban en las sartenes y se freían solos. También ellos dijeron:

—Un tramo de escalera más arriba.

Y cuando hubo subido el quinto, llegó a la puerta de un cuarto y atisbó por el ojo de la cerradura, y allí vio al padrino, que tenía un par de largos cuernos^[14]. Cuando abrió la puerta y entró, el padrino se metió a toda prisa en la cama y se tapó. Entonces dijo el hombre:

—Señor padrino, iqué morada más extraña tiene usted! Cuando llegué a su primer tramo de escalera, la pala y la escoba reñían y se golpeaban con violencia.

—¡Qué necio eres! —dijo el padrino—. Ésos eran el criado y la criada, que hablaban entre sí.

—Pero en el segundo tramo vi dedos muertos tirados.

—¡Ay, qué tonto eres! Ésas eran unas raíces de escorzonera.

—En el tercer tramo yacía un montón de cabezas de muertos.

—Hombre necio, ésas eran coles.

—En el cuarto tramo vi unos peces en una sartén, que chisporroteaban y se freían solos.

Cuando hubo dicho esto, los peces llegaron y se sirvieron ellos mismos.

—Y cuando llegué al quinto tramo, atisbé por el ojo de la cerradura de una puerta, y allí, padrino, lo vi a usted, y tenía unos cuernos largos, larguísimos.

—¡Ah, eso es mentira!

El hombre se atemorizó, echó a correr y salió, y de no haberlo hecho, quién sabe qué le habría hecho el padrino.

El padrino Muerte

Un hombre pobre tenía doce hijos y se veía obligado a trabajar día y noche para darles siquiera un pedazo de pan. Por eso, cuando vino al mundo el decimotercero, no supo qué hacer en su aflicción, y salió corriendo al camino real, decidido a pedirle al primero con quien se topara que fuera padrino. El primero en salirle al encuentro fue el buen Dios, que ya sabía lo que le llenaba el corazón, y le dijo:

—Pobre hombre, me das lástima. Yo sostendré a tu hijo en el bautismo, me haré cargo de él y lo haré feliz en la tierra. El hombre preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy Dios.

—Entonces no quiero tenerte por padrino —dijo el hombre—; tú les das a los ricos y dejas al pobre pasar hambre. Así habló el hombre, pues no sabía con cuánta sabiduría reparte Dios las riquezas y la pobreza. Se apartó, pues, del Señor y siguió adelante. Entonces se le acercó el diablo y le dijo:

—¿Qué buscas? Si me tomas por padrino de tu hijo, le daré oro en abundancia y todos los goces del mundo por añadidura. El hombre preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy el diablo.

—Entonces no quiero tenerte por padrino —dijo el hombre—; tú engañas a los hombres y los llevas por mal camino. Siguió adelante, y entonces vino hacia él la Muerte, avanzando a grandes zancadas con sus piernas descarnadas, y dijo:

—Tómame a mí por padrino. El hombre preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy la Muerte, la que a todos iguala. Entonces dijo el hombre:

—Tú eres la que conviene, pues te llevas lo mismo al rico que al pobre, sin distinción; tú serás el padrino. La Muerte respondió:

—Haré a tu hijo rico y famoso, pues a quien me tiene por amiga nada le puede faltar. El hombre dijo:

—El domingo próximo es el bautizo; preséntate a la hora debida. La Muerte se presentó tal como había prometido e hizo de padrino del todo a la manera acostumbrada.

Cuando el muchacho hubo crecido, su padrino se le apareció un día y le pidió que lo acompañara. Lo condujo a un bosque, le mostró una hierba que allí crecía y le dijo:

—Ahora recibirás el regalo de tu padrino. Te hago médico célebre. Cuando te llamen junto a un enfermo, yo me apareceré siempre ante ti. Si me ves de pie a la cabecera del enfermo, podrás decir con confianza que lo curarás, y si le das de esta hierba, se restablecerá; pero si me ves a los pies del enfermo, ese es mío, y deberás decir que todo remedio es inútil, que ningún médico del mundo podría salvarlo. Mas guárdate de usar la hierba contra mi voluntad, o te podría ir muy mal.

No pasó mucho tiempo antes de que el joven fuera el médico más famoso del mundo entero. «Le bastaba mirar al enfermo para conocer al punto su estado, y si sanaría o si habría de morir», decían de él, y de lejos y de cerca acudían a él, lo mandaban llamar cuando tenían a alguien enfermo y le daban tanto dinero que pronto se hizo hombre rico. Ahora bien, sucedió que el rey cayó enfermo, y llamaron al médico para que dijese si era posible la curación. Pero cuando llegó junto al lecho, la Muerte estaba de pie a los pies del enfermo, y no crecía hierba que pudiera salvarlo. «Si al menos pudiera engañar a la Muerte por una vez

—pensó el médico—, de seguro se lo tomará a mal, pero, como soy su ahijado, hará la vista gorda; me arriesgaré». Tomó, pues, al enfermo y lo acostó al revés, de modo que ahora la Muerte quedaba a su cabecera. Luego le dio al rey un poco de la hierba, y este se restableció y recobró la salud. Pero la Muerte se acercó al médico, con semblante muy sombrío y airado, lo amenazó con el dedo y le dijo:

—Me has burlado; esta vez te lo perdono, por ser mi ahijado; pero si vuelves a atreverte, te costará el pescuezo, pues te llevaré a ti mismo conmigo.

Poco después, la hija del rey cayó en una grave enfermedad. Era su única hija, y él lloraba día y noche, hasta el punto de que empezó

a perder la vista, e hizo proclamar que quien la salvara de la muerte sería su esposo y heredaría la corona. Cuando el médico llegó junto al lecho de la muchacha enferma, vio a la Muerte a sus pies. Debió haber recordado la advertencia que le había hecho su padrino, pero estaba tan prendado de la gran hermosura de la hija del rey, y de la dicha de llegar a ser su esposo, que arrojó al viento toda prudencia. No vio que la Muerte le lanzaba miradas coléricas, que alzaba la mano en el aire y lo amenazaba con su puño descarnado. Levantó a la muchacha enferma y le puso la cabeza donde habían estado los pies. Luego le dio un poco de la hierba, y al instante se le encendieron las mejillas y la vida se agitó de nuevo en ella.

Cuando la Muerte vio que por segunda vez se le arrebatava lo que era suyo, se acercó al médico a grandes zancadas y le dijo:

—Todo se acabó para ti, y ahora la suerte cae sobre ti. Y lo agarró con su mano fría como el hielo, con tal fuerza que él no pudo resistir, y lo condujo a una cueva bajo la tierra. Allí vio cómo miles y miles de velas ardían en filas incontables, unas grandes, otras a medio consumir, otras pequeñas. A cada instante algunas se apagaban y otras se encendían, de suerte que las llamas parecían saltar de acá para allá en perpetuo cambio.

—Mira —dijo la Muerte—, estas son las luces de las vidas de los hombres^[15]. Las grandes pertenecen a los niños, las medianas a los casados en la flor de la edad, las pequeñas a los ancianos; aunque también los niños y los jóvenes tienen a menudo tan sólo una velita.

—Muéstrame la luz de mi vida —dijo el médico, creyendo que aún sería muy alta. La Muerte señaló un cabito que estaba a punto de apagarse y dijo:

—Mira, es esa.

—¡Ah, querido padrino! —dijo el médico, horrorizado—, enciéndeme una nueva, hazlo por amor a mí, para que pueda gozar de mi vida, ser rey y esposo de la hermosa hija del rey.

—No puedo —respondió la Muerte—; una debe apagarse antes de que se encienda otra.

—Entonces pon la vieja sobre una nueva, que seguirá ardiendo en cuanto la vieja se acabe —suplicó el médico. La Muerte hizo

como si fuera a cumplir su deseo y tomó una vela nueva y alta; pero, como quería vengarse, se equivocó adrede al fijarla, y el pedacito cayó y se apagó. Al instante el médico se desplomó en el suelo, y ahora estaba él mismo en manos de la Muerte.

Los mensajeros de la Muerte

En tiempos remotos, un gigante iba caminando por un ancho camino real cuando, de pronto, un desconocido surgió ante él y le dijo:

—¡Alto, ni un paso más!

—¡Cómo! —bramó el gigante—, ¿una criatura a la que podría aplastar entre los dedos pretende cerrarme el paso? ¿Quién eres tú, que te atreves a hablar con semejante osadía?

—Soy la Muerte —respondió el otro—. Nadie se me resiste, y tú también habrás de obedecer mis órdenes. Pero el gigante se negó y se puso a luchar con la Muerte. Fue una batalla larga y violenta; al fin el gigante llevó la ventaja y derribó a la Muerte de un puñetazo, de modo que ésta cayó junto a una piedra. El gigante siguió su camino, y la Muerte quedó allí vencida, tan débil que no lograba levantarse.

—¿Qué va a pasar ahora —dijo—, si me quedo tendida en este rincón? Nadie morirá en el mundo, y se llenará tanto de gente que ya no habrá sitio para estar unos junto a otros. Entre tanto, por el camino venía un joven fuerte y sano que cantaba una canción y miraba de un lado a otro. Cuando vio a aquella figura medio desfallecida, se acercó a ella con compasión, la incorporó, le sirvió de su cantimplora un trago reconstituyente y esperó a que volviera en sí.

—¿Sabes —dijo el forastero mientras se ponía de pie— quién soy yo, y a quién has vuelto a poner sobre sus piernas?

—No —respondió el mozo—, no te conozco.

—Soy la Muerte —dijo—. No perdono a nadie, y contigo tampoco podré hacer excepción; pero, para que veas que soy agradecida, te prometo que no caeré sobre ti de improviso, sino que te enviaré a mis mensajeros antes de venir a llevarte.

—Bueno —dijo el joven—, algo se gana con saber cuándo vendrás y estar, al menos hasta entonces, a salvo de ti. Y siguió su camino, alegre de corazón, gozando de la vida y viviendo sin preocupaciones. Pero la juventud y la salud no duraron mucho;

pronto llegaron enfermedades y pesares que lo atormentaban de día y le quitaban el descanso de noche.

—Morir, no moriré —se decía—, pues la Muerte enviará antes a sus mensajeros; ojalá acabaran ya estos malditos días de dolencia. En cuanto se sintió sano de nuevo, volvió a vivir con alegría. Entonces, un día, alguien le dio un golpecito en el hombro. Miró en derredor, y allí estaba la Muerte a su espalda, que le dijo:

—Sígueme, ha llegado la hora de tu partida de este mundo.

—¡Cómo! —replicó el hombre—, ¿vas a faltar a tu palabra? ¿No me prometiste que me enviarías tus mensajeros antes de venir tú misma? ¡No he visto ninguno!

—¡Silencio! —respondió la Muerte—. ¿No te he mandado un mensajero tras otro? ¿No vino la fiebre a golpearte, a sacudirte y a derribarte? ¿No te trastornó la cabeza el mareo? ¿No te sacudió la gota todos los miembros? ¿No te zumbaron los oídos? ¿No te mordió el dolor de muelas en las mejillas? ¿No se te hizo la oscuridad ante los ojos? Y, además de todo eso, ¿no te recordó mi propio hermano el Sueño^[16], cada noche, a mí? ¿No yacías de noche como si ya estuvieras muerto? El hombre no supo qué responder; se rindió a su destino y se marchó con la Muerte.

El maestro Pfriem

El maestro Pfriem era un hombre bajo y flaco, pero vivaracho, que no descansaba un instante. Su rostro, en el que la nariz respingona era el único rasgo que sobresalía, estaba picado de viruela y pálido como la muerte; tenía el pelo gris y greñado y los ojos pequeños, pero éstos giraban sin cesar hacia todos lados. Lo veía todo, lo criticaba todo, todo lo sabía mejor que nadie y siempre tenía la razón. Cuando salía a la calle, movía los brazos como si estuviera remando; y una vez le dio tal golpe al cubo de una muchacha que acarreaba agua que lo lanzó tan alto por los aires que él mismo quedó empapado de arriba abajo.

—¡Estúpida! —le gritó mientras se sacudía—, ¿no veías que venía yo detrás de ti? De oficio era zapatero, y cuando trabajaba tiraba del hilo con tal fuerza que le encajaba el puño a todo el que no se apartara lo bastante. Ningún aprendiz aguantaba más de un mes con él, pues siempre le hallaba algún defecto hasta al mejor de los trabajos. Ya eran las puntadas, que no salían parejas; ya que un zapato era demasiado largo, o un tacón más alto que el otro, o el cuero mal cortado.

—Espera —le decía a su aprendiz—, ya te enseñaré yo cómo se ablandan los pellejos —y traía una correa y le daba un par de correazos en la espalda. A todos los llamaba holgazanes. Él mismo no sacaba mucho trabajo de sus manos, pues nunca se estaba quieto ni un cuarto de hora. Si su mujer se levantaba muy temprano por la mañana y encendía el fuego, él saltaba de la cama y corría descalzo a la cocina gritando:

—¿Es que quieres quemarme la casa? ¡Ese fuego serviría para asar un buey! ¿Acaso la leña no cuesta nada? Si las criadas estaban junto a los barreños riéndose y contándose cuanto sabían, las regañaba diciendo:

—Ahí están las gansas cacareando y olvidándose del trabajo por chismorrear. ¿Y jabón nuevo, para qué? ¡Vergonzoso derroche y, encima, holgazanería indecente! Quieren ahorrarse las manos y no restregar bien las cosas. Y salía corriendo y volcaba de un golpe un

cubo lleno de jabón y agua, de modo que toda la cocina quedaba inundada. Alguien estaba construyendo una casa nueva, así que él se apresuró a la ventana para mirar.

—¡Ahí está, otra vez usan esa arenisca roja que nunca se seca! —gritó—. ¡Nadie tendrá salud en esa casa! Y miren no más qué mal colocan los ladrillos esos tipos. ¡Y la argamasa no sirve para nada! Debería llevar gravilla, no arena. Ya viviré yo para ver cómo esa casa se derrumba sobre los que estén dentro. Se sentó, dio un par de puntadas y luego se levantó otra vez de un salto, se desató el delantal de cuero y gritó:

—Voy a salir a apelar a la conciencia de esos hombres. Fue a dar con los carpinteros.

—¿Qué es esto? —gritó—, ¡no trabajan a plomo! ¿Esperan que las vigas salgan derechas? Un yerro echa a perder todo lo demás. Le arrancó un hacha de la mano a un carpintero y quiso enseñarle cómo debía cortar; pero como pasaba un carro cargado de barro, tiró el hacha y se apresuró hacia el campesino que caminaba a su lado:

—Usted no está en su sano juicio —le dijo—, ¿quién unce caballos jóvenes a un carro tan cargado? Las pobres bestias van a reventar en el sitio. El campesino no le dio respuesta, y Pfriem, hecho una furia, corrió de vuelta a su taller. Cuando volvía a ponerse a trabajar, el aprendiz le alcanzó un zapato.

—Y bien, ¿qué es esto otra vez? —chilló—, ¿no te he dicho que no debes cortar los zapatos tan anchos? ¿Quién compraría un zapato como éste, que apenas es más que una suela? Exijo que se cumplan mis órdenes al pie de la letra.

—Maestro —respondió el aprendiz—, bien puede que tenga usted toda la razón en que el zapato es malo, pero es el que usted mismo cortó y en el que usted mismo se puso a trabajar. Cuando hace un rato se levantó de un salto, lo tiró de la mesa, y yo lo acabo de recoger. Pero eso ni un ángel del cielo lograría hacérselo creer.

Una noche, el maestro Pfriem soñó que había muerto y que iba camino del cielo. Cuando llegó, golpeó con fuerza la puerta. «Me asombra —se dijo— que no tengan aldaba en la puerta; se lastima

uno los nudillos». El apóstol Pedro abrió la puerta, curioso por ver quién exigía entrar con tanto ruido.

—Ah, es usted, maestro Pfriem —dijo—; bien, lo dejaré entrar, pero le advierto que ha de renunciar a esa costumbre suya, y no ponerle pega a nada de cuanto vea en el cielo, o le irá mal.

—Se podría haber ahorrado su advertencia

—respondió Pfriem—. Yo ya sé lo que corresponde, y aquí, gracias a Dios, todo es perfecto, y no hay nada que reprochar como sí lo hay en la tierra. Así que entró y anduvo de aquí para allá por las anchas extensiones del cielo. Miró en derredor, a izquierda y derecha, pero de cuando en cuando sacudía la cabeza o mascullaba algo para sus adentros. Entonces vio a dos ángeles que se llevaban una viga. Era la viga que alguien había tenido en su propio ojo mientras buscaba la astilla en el ojo ajeno^[17]. No la llevaban, sin embargo, a lo largo, sino de través. «¿Se vio alguna vez semejante torpeza?», pensó el maestro Pfriem; pero no dijo nada y pareció darse por satisfecho. «Al fin y al cabo, viene a ser lo mismo de cualquier manera que lleven la viga, derecha o torcida, con tal de que avancen con ella; y, la verdad, no los veo chocar contra nada». Poco después vio a dos ángeles que sacaban agua de un pozo con un cubo, pero al mismo tiempo advirtió que el cubo estaba lleno de agujeros y que el agua se le escapaba por todos lados. Regaban la tierra con lluvia.

—¡Maldita sea! —exclamó; pero por suerte se contuvo a tiempo y pensó: «Tal vez no sea más que un pasatiempo. Si es una diversión, parece que aun aquí, en el cielo, pueden hacer cosas inútiles como ésta, donde la gente, según he notado ya, no hace más que holgazanear». Siguió adelante y vio un carro que se había quedado atascado en un hoyo profundo.

—No es de extrañar —le dijo al hombre que estaba junto a él—; ¿quién carga de manera tan disparatada? ¿Qué llevas ahí?

—Buenos deseos —respondió el hombre—; no pude ir por el camino recto con ellos, pero aun así los he empujado sanos y salvos hasta aquí arriba, y no me van a dejar atascado. En efecto, vino un ángel y unció al carro dos caballos. «Muy bien —pensó Pfriem—, pero dos caballos no sacarán ese carro; se necesitan al menos

cuatro». Vino otro ángel y trajo dos caballos más; sin embargo, no los unció por delante, sino por detrás. Aquello fue demasiado para el maestro Pfriem.

—¡Criatura torpe! —estalló—, ¿qué haces ahí? ¿Se ha visto jamás, desde que el mundo es mundo, tirar así de un carro? Pero tú, con tu presuntuosa arrogancia, te crees que lo sabes todo mejor que nadie. Iba a decir más, pero uno de los habitantes del cielo lo agarró por el cuello y lo empujó afuera con una fuerza irresistible. Bajo el arco de la entrada, el maestro Pfriem volvió la cabeza para echar una última mirada al carro, y vio que cuatro caballos alados lo elevaban por los aires.

En ese momento el maestro Pfriem despertó. «Está visto que en el cielo las cosas se disponen de otra manera que en la tierra —se dijo—, y eso disculpa muchas cosas; pero ¿quién puede ver con paciencia que enganchen los caballos por delante y por detrás a la vez? Ciertamente que tenían alas, mas ¿quién iba a saberlo? Y además, ¡qué gran necedad ponerle un par de alas a un caballo que ya tiene cuatro patas para correr! Pero he de levantarme, o no harán en mi casa sino un disparate tras otro. Con todo, es una suerte para mí no estar realmente muerto.»

Los tres cirujanos

Tres cirujanos del ejército, que creían dominar su arte a la perfección, andaban recorriendo el mundo, y llegaron a una posada donde querían pasar la noche. El posadero les preguntó de dónde venían y adónde iban.

—Vamos recorriendo el mundo y practicando nuestro arte.

—A ver, muéstrenme por una vez lo que saben hacer —dijo el posadero. Entonces el primero dijo que se cortaría la mano y volvería a ponérsela a la mañana siguiente; el segundo dijo que se arrancaría el corazón y se lo repondría al día siguiente; el tercero dijo que se sacaría los ojos y se los curaría de nuevo a la mañana siguiente.

—Si son capaces de eso —dijo el posadero—, entonces lo han aprendido todo. Ellos, sin embargo, tenían un ungüento con el que se untaban y que soldaba de nuevo las partes, y llevaban siempre consigo el frasquito que lo contenía. Entonces se cortaron del cuerpo la mano, el corazón y los ojos, tal como habían dicho, y lo pusieron todo junto en un plato, y se lo dieron al posadero. El posadero se lo entregó a una criada para que lo guardara en el aparador y lo cuidara bien. Pero la muchacha tenía en secreto un enamorado que era soldado. Así pues, cuando el posadero, los tres cirujanos y todos los demás de la casa se durmieron, llegó el soldado y quiso comer algo. La muchacha abrió el aparador y le trajo alguna comida, y con el amor se olvidó de volver a cerrar la puerta del aparador. Se sentó a la mesa junto a su enamorado y se pusieron a charlar. Mientras estaba allí tan contenta, sin pensar en ninguna desgracia, entró el gato a hurtadillas, encontró el aparador abierto, tomó la mano, el corazón y los ojos de los tres cirujanos y salió corriendo con ellos. Cuando el soldado terminó de comer y la muchacha estaba recogiendo las cosas y disponiéndose a cerrar el aparador, vio que el plato que el posadero le había dado a guardar estaba vacío. Entonces le dijo, asustada, a su enamorado:

—Ay, pobre de mí, ¿qué voy a hacer? La mano ha desaparecido, y también el corazón y los ojos, ¿qué será de mí por la mañana?

—Tranquilízate —dijo él—, yo te sacaré del apuro. Ahí afuera hay un ladrón colgado en la horca; le cortaré la mano^[18]. ¿Cuál mano era?

—La derecha. Entonces la muchacha le dio un cuchillo afilado, y él fue y le cortó la mano derecha al pobre pecador, y se la trajo. Después de esto, atrapó al gato y le sacó los ojos, y ya sólo faltaba el corazón.

—¿No has estado carneando, y no hay cerdos muertos en la bodega? —dijo él.

—Sí —dijo la muchacha.

—Muy bien —dijo el soldado, y bajó y trajo un corazón de cerdo. La muchacha lo puso todo junto en el plato y lo guardó en el aparador, y cuando después de esto su enamorado se despidió de ella, se fue tranquila a la cama.

Por la mañana, cuando los tres cirujanos se levantaron, le dijeron a la muchacha que les trajera el plato donde estaban la mano, el corazón y los ojos. Entonces ella lo sacó del aparador, y el primero se ajustó la mano del ladrón y la untó con su ungüento, y al instante se le pegó al brazo. El segundo tomó los ojos del gato y se los puso en la cabeza. El tercero se fijó firmemente el corazón de cerdo en el lugar donde había estado el suyo, y el posadero, que estaba allí presente, admiró su destreza y dijo que nunca había visto una cosa así, y que cantaría sus alabanzas y los recomendaría a todo el mundo. Entonces ellos pagaron la cuenta y siguieron su camino.

Mientras iban de camino, el del corazón de cerdo no se quedaba con ellos para nada, sino que allí donde había un rincón corría hacia él y hozaba en él con el hocico, como hacen los cerdos. Los otros querían retenerlo por el faldón del abrigo, pero de nada servía; se soltaba de un tirón y corría a donde el barro era más espeso. El segundo también se portaba de manera muy extraña; se frotaba los ojos y les decía a los otros:

—Compañeros, ¿qué me pasa? No veo nada. ¿Podría alguno de ustedes guiarme, para que no me caiga? Entonces, con dificultad, siguieron viaje hasta el anochecer, cuando llegaron a otra posada. Entraron juntos en la taberna, y allí, en una mesa del rincón, había

un hombre rico contando dinero. El de la mano del ladrón dio vueltas a su alrededor, hizo dos veces un movimiento brusco con el brazo, y al fin, cuando el forastero se dio vuelta, se abalanzó sobre el montón de dinero y tomó un puñado. Uno de ellos lo vio y dijo:

—Compañero, ¿qué haces? No debes robar, ¡vergüenza debería darte!

—Eh —dijo él—, pero ¿cómo puedo contenerme? La mano me da tirones y me obliga a manotear las cosas, quiera o no.

Después de esto se acostaron a dormir, y mientras estaban allí echados estaba tan oscuro que nadie podía verse ni la propia mano. De pronto, el de los ojos de gato se despertó, despertó a los otros y dijo:

—Hermanos, miren allá arriba, ¿ven los ratones blancos que corretean por ahí? Los dos se incorporaron, pero no veían nada. Entonces él dijo:

—Algo anda mal con nosotros, no hemos recuperado lo que es nuestro. Debemos volver donde el posadero, nos ha engañado. Así pues, a la mañana siguiente regresaron y le dijeron al posadero que no habían recuperado lo suyo: que el primero tenía la mano de un ladrón, el segundo ojos de gato y el tercero un corazón de cerdo. El posadero dijo que la culpa debía de ser de la muchacha, e iba a llamarla, pero ella, al ver venir a los tres, había salido corriendo por la puerta trasera y no había vuelto. Entonces los tres dijeron que debía darles un montón de dinero, o le prenderían fuego a la casa. Él les dio lo que tenía y todo lo que pudo reunir, y los tres se marcharon con ello. Les alcanzó para el resto de sus vidas, pero habrían preferido tener sus propios órganos como debían.

Hermano Alegre

Hubo una vez una gran guerra y, cuando llegó a su fin, muchos soldados fueron licenciados. Entonces también Hermano Alegre recibió su baja y, aparte de eso, nada más que un panecillo de la ración y cuatro cruzados en dinero, con lo que se marchó^[19]. San Pedro, sin embargo, se le había cruzado en el camino bajo la figura de un pobre mendigo y, cuando Hermano Alegre llegó a su altura, le pidió limosna. Hermano Alegre respondió:

—Querido mendigo, ¿qué quieres que te dé? He sido soldado y me han licenciado, y no tengo más que este panecillo de la ración y cuatro cruzados en dinero; cuando se acaben, tendré que mendigar igual que tú. Aun así, algo te daré.

Con eso dividió el pan en cuatro partes, le dio al apóstol una de ellas y un cruzado además. San Pedro se lo agradeció, siguió adelante y volvió a cruzarse en el camino del soldado como mendigo, pero con otra figura; y cuando llegó a su altura le pidió una limosna como antes. Hermano Alegre habló igual que la vez anterior y de nuevo le dio un cuarto del pan y un cruzado. San Pedro se lo agradeció y siguió adelante, pero por tercera vez se apostó en el camino con otra figura de mendigo y le habló a Hermano Alegre. Hermano Alegre le dio también el tercer cuarto de pan y el tercer cruzado. San Pedro se lo agradeció, y Hermano Alegre siguió adelante con sólo un cuarto del pan y un cruzado. Con eso entró en una posada, se comió el pan y pidió un cruzado de cerveza. Cuando se la hubo bebido, siguió su camino, y entonces san Pedro, que había tomado la apariencia de un soldado licenciado, le salió al paso y le habló así:

—Buenos días, camarada, ¿no me darías un pedazo de pan y un cruzado para echar un trago?

—¿De dónde quieres que lo saque? —respondió Hermano Alegre—. Me han licenciado y no me dieron más que un panecillo de munición y cuatro cruzados en dinero. Me topé con tres mendigos en el camino y a cada uno le di un cuarto de mi pan y un cruzado. El último cuarto me lo comí en la posada, y con el último cruzado me

eché un trago. Ahora tengo los bolsillos vacíos, y si tú tampoco tienes nada, podemos ir a mendigar juntos.

—No —respondió san Pedro—, no hace falta llegar a eso. Yo sé algo de medicina, y con eso pronto ganaré cuanto necesite.

—Vaya —dijo Hermano Alegre—, yo de eso no sé nada, así que tendré que irme a mendigar solo.

—Ven conmigo sin más —dijo san Pedro—, y si gano algo, tendrás la mitad.

—De acuerdo —dijo Hermano Alegre.

Y así se fueron juntos.

Entonces llegaron a la casa de un campesino, dentro de la cual oyeron fuertes lamentos y gritos; así que entraron, y allí estaba el marido en el lecho, enfermo de muerte y muy cerca de su fin, y su mujer lloraba y sollozaba a voz en cuello.

—Basta de aullidos y llantos —dijo san Pedro—, yo curaré al hombre otra vez.

Y sacó del bolsillo un ungüento y sanó al enfermo en un instante, de modo que pudo levantarse y quedó en perfecta salud. Con gran alegría el hombre y su mujer dijeron:

—¿Cómo podemos recompensarte? ¿Qué te damos?

Pero san Pedro no quería aceptar nada, y cuanto más le ofrecían los campesinos, más rehusaba él. Hermano Alegre, sin embargo, le dio un codazo a san Pedro y le dijo:

—Acepta algo; bien sabemos que nos hace falta.

Al final la mujer trajo un cordero y le dijo a san Pedro que de veras debía aceptarlo, pero él no quiso. Entonces Hermano Alegre le metió un codazo en el costado y le dijo:

—Acéptalo, tonto de remate, ¡buena falta nos hace!

Entonces san Pedro dijo por fin:

—Bueno, aceptaré el cordero, pero no lo llevaré yo; si te empeñas en tenerlo, tendrás que cargarlo tú.

—Eso no es nada —dijo Hermano Alegre—. Lo llevaré sin problema.

Y se lo echó al hombro. Luego partieron y llegaron a un bosque, pero a Hermano Alegre el cordero había empezado a pesarle, y tenía hambre, así que le dijo a san Pedro:

—Mira, buen sitio es este; podríamos cocinar el cordero aquí y comérmolo.

—Como quieras —respondió san Pedro—, pero yo no puedo tener nada que ver con la cocina; si vas a cocinar, ahí tienes un caldero, y entretanto yo daré una vuelta hasta que esté listo. Pero no debes empezar a comer hasta que yo haya vuelto; llegaré a tiempo.

—Anda, pues vete —dijo Hermano Alegre—, yo entiendo de cocina, ya me las arreglaré.

Entonces san Pedro se alejó, y Hermano Alegre mató al cordero, encendió un fuego, echó la carne al caldero y la coció. El cordero, sin embargo, quedó bien listo, y el apóstol Pedro no había vuelto, así que Hermano Alegre lo sacó del caldero, lo trinchó y encontró el corazón.

—Dicen que es la mejor parte —dijo, y lo probó, pero al final se lo comió todo.

Por fin regresó san Pedro y dijo:

—Puedes comerte tú solo el cordero entero; yo sólo quiero el corazón, dámelo.

Entonces Hermano Alegre tomó un cuchillo y un tenedor, e hizo como que buscaba con inquietud entre la carne del cordero, pero como si no diera con el corazón, y al fin dijo de golpe:

—Aquí no hay ninguno.

—Pero ¿dónde puede estar? —dijo el apóstol.

—No lo sé —respondió Hermano Alegre—, pero mira qué tontos somos los dos, buscando el corazón del cordero, y que ninguno se acuerde de que ¡un cordero no tiene corazón!

—Vaya —dijo san Pedro—, ¡eso sí que es nuevo! Todo animal tiene corazón, ¿por qué no habría de tenerlo un cordero?

—No, tenlo por seguro, hermano —dijo Hermano Alegre—, que un cordero no tiene corazón; piénsalo en serio y verás que de veras no lo tiene.

—Bueno, está bien —dijo san Pedro—; si no hay corazón, entonces no quiero nada del cordero; puedes comértelo tú solo.

—Lo que no pueda comer ahora, me lo llevaré en la mochila —dijo Hermano Alegre.

Y se comió la mitad del cordero y guardó el resto en la mochila.

Siguieron más adelante, y entonces san Pedro hizo que una gran corriente de agua cruzara su camino, y no tuvieron más remedio que atravesarla.

—Pasa tú primero —dijo san Pedro.

—No —respondió Hermano Alegre—, tú debes pasar primero.

Y pensó: «Si el agua es demasiado honda, me quedaré atrás». Entonces san Pedro cruzó a grandes zancadas, y el agua apenas le llegó a la rodilla. Así que Hermano Alegre empezó a cruzar también, pero el agua se hizo más honda y le llegó a la garganta. Entonces gritó:

—¡Hermano, ayúdame!

San Pedro dijo:

—¿Confesarás entonces que te comiste el corazón del cordero?

—No —dijo él—, no me lo comí.

Entonces el agua se hizo aún más honda y le subió hasta la boca.

—¡Ayúdame, hermano! —gritó el soldado.

San Pedro dijo:

—¿Confesarás entonces que te comiste el corazón del cordero?

—No —replicó—, no me lo comí.

San Pedro, sin embargo, no quiso dejarlo ahogarse, sino que hizo bajar el agua y lo ayudó a pasar.

Después siguieron viaje y llegaron a un reino donde oyeron que la hija del rey yacía enferma de muerte.

—¡Eh, hermano! —le dijo el soldado a san Pedro—, esta es nuestra oportunidad; si logramos curarla, tendremos el porvenir asegurado de por vida!

Pero san Pedro no era ni de lejos tan rápido como él quería.

—Vamos, levanta esas piernas, querido hermano —dijo—, para que lleguemos a tiempo.

Pero san Pedro caminaba cada vez más despacio, por más que Hermano Alegre hacía todo lo posible por arrearlo y empujarlo, y al final oyeron que la princesa había muerto.

—¡Ahora sí que estamos perdidos! —dijo Hermano Alegre—. ¡Esto es por tu modo dormilón de andar!

—Cállate ya —respondió san Pedro—, yo puedo hacer más que curar enfermos; puedo devolverles la vida a los muertos.

—Bueno, si puedes hacer eso —dijo Hermano Alegre—, todo está bien, pero al menos deberías ganarnos con ello la mitad del reino.

Entonces fueron al palacio real, donde todos estaban sumidos en gran duelo, pero san Pedro le dijo al rey que devolvería la vida a su hija. Lo llevaron ante ella y dijo:

—Tráiganme un caldero y algo de agua.

Y cuando lo trajeron, mandó salir a todos y no permitió que nadie se quedara con él salvo Hermano Alegre. Entonces cortó todos los miembros de la muerta, los echó al agua, encendió un fuego bajo el caldero y los coció. Y cuando la carne se hubo desprendido de los huesos, sacó los hermosos huesos blancos, los puso sobre una mesa y los dispuso juntos en su orden natural. Cuando lo hubo hecho, dio un paso al frente y dijo tres veces:

—En el nombre de la Santísima Trinidad, muerta, levántate.

Y a la tercera vez la princesa se levantó, viva, sana y hermosa. Entonces el rey se llenó de la mayor alegría y le dijo a san Pedro:

—Pide tu recompensa; aunque fuera la mitad de mi reino, te la daría.

Pero san Pedro dijo:

—No quiero nada a cambio.

—¡Ah, so mentecato! —pensó Hermano Alegre para sus adentros, y le dio un codazo a su camarada en el costado y dijo—: ¡No seas tan tonto! Si tú no necesitas nada, yo sí.

San Pedro, sin embargo, no quiso aceptar nada, pero como el rey vio que el otro bien que quería algo, ordenó a su tesorero que llenara de oro la mochila de Hermano Alegre. Luego siguieron su camino, y cuando llegaron a un bosque, san Pedro le dijo a Hermano Alegre:

—Ahora repartamos el oro.

—Sí —respondió—, repartámoslo.

Entonces san Pedro repartió el oro y lo dividió en tres montones. Hermano Alegre pensó para sus adentros: «¿Qué manía se le habrá metido ahora en la cabeza? Hace tres partes, y sólo somos dos». Pero san Pedro dijo:

—Lo he repartido con exactitud: una parte para mí, una para ti y una para el que se comió el corazón del cordero.

—¡Ah, ese fui yo! —replicó Hermano Alegre, y a toda prisa recogió el oro—. Puedes fiarte de lo que digo.

—Pero ¿cómo va a ser cierto —dijo san Pedro—, si un cordero no tiene corazón?

—Eh, ¿qué dices, hermano?, ¿en qué estás pensando? Los corderos tienen corazón como los demás animales, ¿por qué habrían de ser los únicos que no lo tienen?

—Bueno, sea —dijo san Pedro—, quédate el oro para ti, pero yo no seguiré más contigo; me iré por mi camino solo.

—Como quieras, querido hermano —respondió Hermano Alegre—. Adiós.

Entonces san Pedro tomó otro camino, y el Hermano Alegre pensó: «Menos mal que se marchó; sin duda es un santo bien extraño». Ya tenía dinero de sobra, pero no sabía administrarlo: lo derrochó, lo regaló, y al cabo de un tiempo se quedó otra vez sin nada. Llegó entonces a cierto país donde oyó decir que la hija de un rey había muerto.

«¡Vaya, vaya! —pensó—, esto puede convenirme; la devolveré a la vida y me haré pagar como es debido».

Así que fue a ver al rey y se ofreció a resucitar a la muchacha muerta. Ahora bien, el rey había oído que un soldado licenciado andaba de país en país devolviendo la vida a los muertos, y pensó que el Hermano Alegre era ese hombre; pero como no se fiaba de él, consultó primero a sus consejeros, quienes dijeron que bien podía dejarlo intentar, pues su hija estaba muerta. Entonces el Hermano Alegre mandó que le trajeran agua en un caldero, ordenó a todos que salieran, cortó los miembros del cuerpo, los echó al agua y encendió lumbre debajo, tal como había visto hacer a san Pedro. El agua empezó a hervir, la carne se desprendió, y entonces sacó los huesos y los puso sobre la mesa; pero no sabía en qué orden colocarlos, y los dispuso todos mal y en desorden. Luego se plantó delante de ellos y dijo tres veces:

—En el nombre de la santísima Trinidad, muchacha muerta, te ordeno que te levantes.

Pero los huesos no se movieron. Lo dijo otras tres veces, mas también en vano.

—¡Muchacha del demonio, levántate! —gritó—. ¡Levántate, o será peor para ti!

Apenas hubo dicho esto, san Pedro apareció de pronto con su forma anterior de soldado licenciado; entró por la ventana y dijo:

—Hombre impío, ¿qué haces? ¿Cómo va a levantarse la muchacha muerta, si le has revuelto los huesos en semejante desorden?

—Querido hermano, hice todo lo que estuvo en mi mano —respondió.

—Por esta vez te sacaré del apuro, pero una cosa te digo: si alguna vez vuelves a emprender algo por el estilo, será peor para ti; ¡y además no debes exigir ni aceptar del rey ni la más mínima cosa por esto!

Dicho esto, san Pedro colocó los huesos en su debido orden, le dijo tres veces a la muchacha:

—En el nombre de la santísima Trinidad, muchacha muerta, levántate.

Y la hija del rey se incorporó, sana y hermosa como antes. Luego san Pedro se marchó de nuevo por la ventana, y el Hermano Alegre se alegró de que todo hubiera salido tan bien, pero le fastidió mucho pensar que, después de todo, no iba a llevarse nada por ello. «Me gustaría saber —pensó— qué se le ha metido en la cabeza a ese tipo, porque lo que da con una mano lo quita con la otra; ¡no tiene ningún sentido!». Entonces el rey le ofreció al Hermano Alegre cuanto quisiera, pero él no se atrevió a tomar nada; sin embargo, a base de indirectas y astucias, se las ingenió para que el rey mandara llenarle de oro el zurrón, y con eso partió. Cuando salió, san Pedro estaba junto a la puerta y le dijo:

—Mírate, ¡qué clase de hombre eres!; ¿acaso no te prohibí tomar nada, y ahí llevas el zurrón lleno de oro?

—¿Qué culpa tengo yo —respondió el Hermano Alegre— si la gente se empeña en metérmelo?

—Pues te advierto una cosa: ¡si alguna vez vuelves a andar en algo así, lo pagarás caro!

—Bah, hermano, no temas; ahora que tengo dinero, ¿para qué voy a molestarme en lavar huesos?

—A fe mía —dijo san Pedro— que el oro durará mucho tiempo. Para que en adelante no vuelvas nunca a pisar caminos prohibidos, le concederé a tu zurrón esta virtud: que todo lo que desees tener dentro de él, allí estará. Adiós, ya nunca más volverás a verme.

—Adiós —dijo el Hermano Alegre, y pensó para sus adentros: «Me alegro mucho de que te hayas marchado, tipo raro; desde luego que no pienso seguirte».

Pero del poder mágico concedido a su zurrón ya no volvió a acordarse.

El Hermano Alegre anduvo de un lado a otro con su dinero, y lo derrochó y malgastó como antes. Cuando por fin no le quedaban más que cuatro cruzados, pasó junto a una posada y pensó: «El dinero tiene que irse», y pidió tres cruzados de vino y uno de pan para sí. Mientras estaba allí sentado bebiendo, el olor a ganso asado le llegó a la nariz. El Hermano Alegre miró alrededor, atisbó, y vio que el posadero tenía dos gansos en el horno. Entonces recordó que su compañero le había dicho que todo lo que deseara tener en el zurrón allí estaría, así que dijo para sí: «¡Vaya, vaya! Tengo que probar eso con los gansos». De modo que salió, y cuando estuvo fuera de la puerta dijo:

—Deseo que esos dos gansos asados salgan del horno y vayan a mi zurrón.

Y en cuanto lo hubo dicho lo desabrochó y miró dentro, y allí estaban.

—¡Ah, así está bien! —dijo—; ¡ahora sí que estoy hecho un hombre de provecho!

Y se fue a un prado y sacó el asado. Cuando estaba en mitad de la comida, dos oficiales de camino se acercaron y miraron con ojos hambrientos el segundo ganso, que aún seguía intacto. El Hermano Alegre pensó para sí: «Con uno me basta», y llamó a los dos hombres y dijo:

—Tomen el ganso y cómanlo a mi salud.

Ellos le dieron las gracias, se fueron con él a la posada, se pidieron media botella de vino y una hogaza, sacaron el ganso que les habían regalado y empezaron a comer. La posadera los vio y le dijo a su marido:

—Esos dos se están comiendo un ganso; fíjate a ver si no es uno de los nuestros, el del horno.

El posadero corrió allá, ¡y he aquí que el horno estaba vacío!

—¡Cómo! —gritó—, ¡pandilla de ladrones! ¿Con que quieren comer ganso a tan buen precio? ¡Páguenlo ahora mismo, o los voy a frotar bien con savia verde de avellano!

Los dos dijeron:

—No somos ladrones; un soldado licenciado nos dio el ganso, ahí fuera, en el prado.

—¡No me echarán tierra a los ojos con esas! El soldado estuvo aquí, pero salió por la puerta como un hombre honrado. Yo mismo lo seguí con la mirada; los ladrones son ustedes, ¡y pagarán!

Pero como no podían pagar, tomó un palo y los echó de la casa a garrotazos.

El Hermano Alegre siguió su camino y llegó a un lugar donde había un castillo magnífico, y no lejos de él una posada miserable. Fue a la posada y pidió alojamiento por una noche, pero el posadero lo rechazó y dijo:

—Aquí ya no hay sitio; la casa está llena de huéspedes de alcurnia.

—Me extraña que vengan a su casa y no vayan a ese castillo espléndido —dijo el Hermano Alegre.

—Ah, ya lo creo —respondió el posadero—, pero no es cosa de poca monta pasar allí una noche; nadie que lo haya intentado hasta ahora ha salido con vida.

—Si otros lo han intentado —dijo el Hermano Alegre—, yo también lo intentaré.

—Déjelo estar —dijo el posadero—, le costará el pescuezo.

—No me matará de golpe —dijo el Hermano Alegre—; deme sólo la llave y buena comida y buen vino.

Así que el posadero le dio la llave, la comida y el vino, y con ello el Hermano Alegre entró en el castillo, disfrutó de su cena y, al fin, como tenía sueño, se tumbó en el suelo, pues no había cama. Pronto se quedó dormido, pero durante la noche lo despertó un gran estruendo, y al abrir los ojos vio nueve feos demonios en la sala,

que habían formado un círculo y bailaban en torno a él. El Hermano Alegre dijo:

—Bueno, bailen todo lo que quieran, pero que ninguno se me acerque demasiado.

Mas los demonios se apretujaban cada vez más cerca de él, y casi le pisaban la cara con sus horribles pezuñas.

—Basta, espectros del demonio —dijo, pero ellos se portaron aún peor.

Entonces el Hermano Alegre se enfureció y gritó:

—¡Hola! ¡Ya verán cómo pronto pongo esto en calma!

Y agarró la pata de una silla y arremetió con ella en medio de todos. Pero nueve demonios contra un solo soldado eran demasiados, y cuando golpeaba a los de delante, los otros lo agarraban por detrás de los cabellos y se los arrancaban sin piedad.

—¡Ralea del demonio! —gritó—, la cosa se está poniendo muy fea, pero esperen. ¡Adentro de mi zurrón, los nueve!

Al instante estuvieron dentro, y entonces lo abrochó y lo arrojó a un rincón. Después de esto, todo quedó de pronto en silencio, y el Hermano Alegre volvió a tumbarse y durmió hasta que fue pleno día. Entonces llegaron el posadero y el noble a quien pertenecía el castillo, para ver cómo le había ido; pero cuando advirtieron que estaba alegre y sano, se quedaron atónitos y preguntaron:

—¿Los espíritus no le han hecho ningún daño, entonces?

—Si no me lo han hecho —respondió el Hermano Alegre— es porque los tengo a los nueve dentro de mi zurrón. Ya pueden ustedes volver a habitar su castillo con toda tranquilidad, que ninguno de ellos volverá a rondarlo jamás.

El noble le dio las gracias, le hizo ricos regalos y le rogó que permaneciera a su servicio, y que él lo mantendría mientras viviera.

—No —respondió el Hermano Alegre—, estoy acostumbrado a andar de un lado a otro; seguiré viajando.

Entonces se marchó, entró en una herrería, puso sobre el yunque el zurrón que contenía a los nueve demonios y pidió al herrero y a sus aprendices que lo golpearan. Así que descargaron sus grandes martillos con todas sus fuerzas, y los demonios lanzaban aullidos que daban lástima. Cuando abrió el zurrón después de esto, ocho de

ellos estaban muertos, pero uno, que había quedado tumbado en un pliegue, seguía vivo, se escurrió afuera y regresó al infierno. Después de aquello, el Hermano Alegre anduvo mucho tiempo por el mundo, y quienes lo conocen pueden contar más de una historia sobre él; pero al fin envejeció y pensó en su fin, así que fue a ver a un ermitaño que tenía fama de ser un hombre piadoso y le dijo:

—Estoy cansado de andar de un lado a otro, y ahora quiero comportarme de modo que entre en el reino de los Cielos.

El ermitaño respondió:

—Hay dos caminos: uno es ancho y agradable, y conduce al infierno; el otro es estrecho y áspero, y conduce al cielo.

«Bien tonto sería —pensó el Hermano Alegre— si tomara el camino estrecho y áspero». De modo que se puso en marcha y tomó el camino ancho y agradable, y al cabo llegó ante una gran puerta negra, que era la puerta del Infierno. El Hermano Alegre llamó, y el portero se asomó a ver quién había. Pero cuando vio al Hermano Alegre, se aterrorizó, pues era el mismísimo noveno demonio que había estado encerrado en el zurrón y había escapado de él con un ojo morado. Así que volvió a echar el cerrojo tan aprisa como pudo, corrió hacia el lugarteniente del diablo y dijo:

—Ahí fuera hay un tipo con un zurrón que quiere entrar, pero, por su vida, no lo dejen pasar, o meterá el infierno entero en su zurrón. Una vez me dio una paliza espantosa cuando estuve dentro de él.

Así que le gritaron al Hermano Alegre que se marchara otra vez, ipues allí no entraría! «Si aquí no me quieren —pensó—, veré si encuentro un sitio para mí en el cielo, porque en algún lado tengo que estar». De modo que dio media vuelta y siguió adelante hasta que llegó a la puerta del Cielo, donde llamó. San Pedro estaba sentado allí cerca, de portero. El Hermano Alegre lo reconoció enseguida y pensó: «Aquí me encuentro con un viejo amigo; me irá mejor». Pero san Pedro dijo:

—Me parece a mí que pretendes entrar en el Cielo.

—Déjame entrar, hermano; en algún lado he de meterme; si me hubieran aceptado en el Infierno, no habría venido aquí.

—No —dijo san Pedro—, no entrarás.

—Pues si no me dejas entrar, recupera tu zurrón, que no quiero tener nada de ti.

—Dámelo acá, entonces —dijo san Pedro.

Entonces el Hermano Alegre le pasó el zurrón al Cielo por entre los barrotes, y san Pedro lo tomó y lo colgó junto a su asiento. Y dijo entonces el Hermano Alegre:

—Y ahora deseo estar yo dentro de mi zurrón.

Y en un segundo estuvo dentro, y en el Cielo, y san Pedro se vio obligado a dejarlo quedarse allí.

El viejo rejuvenecido

En el tiempo en que Nuestro Señor aún andaba por esta tierra, él y san Pedro se detuvieron una noche en casa de un herrero y recibieron alojamiento gratis. Sucedió entonces que un pobre mendigo, muy abatido por la vejez y los achaques, llegó a aquella casa y pidió limosna al herrero. San Pedro se compadeció de él y dijo:

—Señor y maestro, si te place, cura sus tormentos para que pueda ganarse su propio pan.

Nuestro Señor respondió con bondad:

—Herrero, préstame tu fragua y échame unos carbones, y así volveré a hacer joven a este viejo achacoso.

El herrero accedió de buena gana, y san Pedro sopló el fuelle; y cuando el fuego del carbón chisporroteó grande y alto, Nuestro Señor tomó al viejecito, lo metió en la fragua en medio del fuego al rojo vivo, de modo que resplandecía como un rosal, y alabó a Dios en voz alta.

Después Nuestro Señor fue a la tina de temple, puso dentro al hombrecito resplandeciente de manera que el agua se cerró sobre él, y luego de haberlo enfriado con cuidado le dio su bendición, cuando he aquí que el hombrecito saltó fuera con ligereza, con aspecto fresco, erguido, sano, como si sólo tuviera veinte años.

El herrero, que lo había observado todo de cerca y con atención, los invitó a todos a cenar. Tenía, sin embargo, una vieja suegra medio ciega y encorvada que se acercó al joven y con gran seriedad le preguntó si el fuego lo había quemado mucho. Él contestó que jamás se había sentido tan a gusto, y que había estado sentado en el calor al rojo como si estuviera en un fresco rocío.

Las palabras del joven resonaron en los oídos de la vieja toda la noche, y a la mañana siguiente, temprano, cuando Nuestro Señor había seguido ya su camino y había dado las gracias de corazón al herrero, este pensó que también él podría rejuvenecer a su vieja suegra, pues lo había observado todo con tanto cuidado y aquello caía dentro de su oficio. Así que la llamó para preguntarle si a ella

también le gustaría andar dando brincos como una muchacha de dieciocho. Ella dijo:

—Con toda mi alma, ya que al joven le fue tan bien.

De modo que el herrero hizo un gran fuego y metió dentro a la vieja, y ella se retorció de un lado a otro y lanzaba terribles gritos de auxilio.

—Quédate quieta; ¿por qué chillas y saltas de ese modo? —gritó él, y mientras hablaba volvió a soplar el fuelle hasta que todos los harapos de la mujer ardieron. La vieja gritaba sin cesar, y el herrero se dijo para sus adentros: «No domino del todo bien el arte», la sacó y la echó a la tina de enfriar. Entonces ella chilló tan fuerte que la mujer del herrero, arriba, y su nuera lo oyeron, y las dos bajaron corriendo y vieron a la vieja tirada hecha un ovillo en la tina de temple, aullando y chillando, con la cara arrugada, marchita y toda deformada. A raíz de esto, las dos, que estaban ambas encinta, se aterrorizaron de tal manera que aquella misma noche nacieron dos niños que no estaban hechos como los hombres, sino como monos, y corrieron a los bosques, y de ellos nació la raza de los monos^[20].

El músico prodigioso

Había una vez un músico prodigioso que iba muy solo por un bosque, pensando en toda clase de cosas, y cuando ya no le quedó nada en que pensar, se dijo: «El tiempo empieza a hacérseme pesado aquí en el bosque; me traeré un buen compañero». Entonces descolgó de su espalda el violín y se puso a tocar, de modo que la música resonaba entre los árboles. No pasó mucho hasta que un lobo vino trotando hacia él por la espesura. «¡Ah, ahí viene un lobo! ¡No es él lo que yo quiero!», dijo el músico; pero el lobo se acercó y le dijo:

—Ah, querido músico, qué hermoso tocas. También yo quisiera aprenderlo.

—Se aprende pronto —respondió el músico—; sólo tienes que hacer todo lo que yo te mande.

—Ay, músico —dijo el lobo—, te obedeceré como un discípulo obedece a su maestro.

El músico le mandó que lo siguiera, y cuando hubieron andado juntos parte del camino, llegaron a un viejo roble que estaba hueco por dentro y hendido por el medio. «Mira —dijo el músico—, si quieres aprender a tocar el violín, mete las patas delanteras en esta grieta». El lobo obedeció, pero el músico recogió con presteza una piedra y de un solo golpe le apretó las dos patas con tal fuerza que quedó allí atrapado como un prisionero. «Quédate ahí hasta que yo vuelva», dijo el músico, y siguió su camino.

Al cabo de un rato volvió a decirse: «El tiempo empieza a hacérseme pesado aquí en el bosque; me traeré otro compañero», y tomó el violín y otra vez tocó en el bosque. No pasó mucho hasta que un zorro vino deslizándose hacia él por entre los árboles. «¡Ah, ahí viene un zorro! —dijo el músico—. No es él lo que yo quiero». El zorro se le acercó y le dijo:

—Ay, querido músico, ¡qué hermoso tocas! También yo quisiera aprenderlo.

—Eso se aprende pronto —dijo el músico—. Sólo tienes que hacer todo lo que yo te mande.

—Ay, músico —dijo entonces el zorro—, te obedeceré como un discípulo obedece a su maestro.

—Sígueme —dijo el músico.

Y cuando hubieron andado parte del camino, llegaron a un sendero con altos matorrales a ambos lados. Allí el músico se detuvo y, de un lado, dobló hasta el suelo un joven avellano y puso el pie sobre su copa; luego dobló también un arbolito del otro lado y dijo: «Ahora, zorrito, si quieres aprender algo, dame tu pata delantera izquierda». El zorro obedeció, y el músico le ató la pata a la rama de la izquierda. «Zorrito —dijo—, ahora dame la pata derecha», y se la ató a la rama de la derecha. Cuando hubo comprobado que estaban bien firmes, soltó, y los arbustos se enderezaron de golpe y tiraron del zorrito hacia arriba, de modo que quedó colgando y forcejeando en el aire. «Espera ahí hasta que yo vuelva», dijo el músico, y siguió su camino.

De nuevo se dijo: «El tiempo empieza a hacérseme pesado aquí en el bosque; me traeré otro compañero», así que tomó el violín, y el sonido resonó por el bosque. Entonces una liebre vino dando brincos hacia él. «Vaya, ahí viene una liebre —dijo el músico—; no la quiero a ella».

—Ah, querido músico —dijo la liebre—, qué hermoso tocas el violín; también yo quisiera aprenderlo.

—Eso se aprende pronto —dijo el músico—; sólo tienes que hacer todo lo que yo te mande.

—Ay, músico —respondió la liebre—, te obedeceré como un discípulo obedece a su maestro.

Anduvieron juntos parte del camino, hasta que llegaron a un claro del bosque donde había un álamo temblón. El músico ató una larga cuerda al cuello de la liebre y el otro extremo lo sujetó al árbol. «¡Ahora, ligero, liebre, corre veinte veces alrededor del árbol!», gritó el músico, y la liebre obedeció, y cuando hubo corrido veinte veces, había enrollado la cuerda veinte veces en torno al tronco, y la liebre quedó atrapada; y por más que tiraba y forcejeaba a su antojo, sólo conseguía que la cuerda se le hincara en el tierno cuello. «Espera ahí hasta que yo vuelva», dijo el músico, y siguió adelante.

Entretanto, el lobo había empujado, tironeado y mordido la piedra, y había trabajado tanto tiempo que logró liberar las patas y sacarlas de nuevo de la hendidura. Lleno de cólera y de rabia, corrió tras el músico con ganas de hacerlo pedazos. Cuando el zorro lo vio correr, empezó a quejarse y gritó con todas sus fuerzas: «¡Hermano lobo, ven en mi ayuda, que el músico me ha traicionado!». El lobo dobló el arbolito, cortó de un mordisco la cuerda y liberó al zorro, que fue con él a vengarse del músico. Encontraron a la liebre atada, a la que también soltaron, y luego los tres juntos buscaron al enemigo.

El músico, entretanto, había vuelto a tocar el violín mientras andaba su camino, y esta vez había tenido más suerte. El sonido llegó a oídos de un pobre leñador, que al instante, quisiera o no, dejó su trabajo y vino con el hacha bajo el brazo a escuchar la música. «Por fin llega el compañero que buscaba —dijo el músico—, pues yo buscaba un ser humano, y no una bestia salvaje^[21]». Y comenzó a tocar tan hermosa y deliciosamente que el pobre hombre se quedó allí como hechizado, y el corazón le saltaba de alegría. Y mientras así estaba, llegaron el lobo, el zorro y la liebre, y él vio bien que traían algún mal designio. Así que alzó su reluciente hacha y se plantó delante del músico, como diciendo: «El que quiera tocarlo, que se cuide, porque tendrá que vérselas conmigo». Entonces las bestias se aterraron y huyeron de vuelta al bosque. El músico, sin embargo, tocó una vez más para el hombre, en señal de gratitud, y después siguió adelante.

El ladrón y su maestro

Hans quería poner a su hijo a aprender un oficio, así que entró en la iglesia y rezó a Dios Nuestro Señor para saber cuál le convendría más. Entonces el sacristán se puso detrás del altar y dijo: «Robar, robar». Con eso Hans vuelve donde su hijo y le dice que ha de aprender a robar, y que así lo había dicho Dios Nuestro Señor. Así que va con su hijo a buscar a un hombre entendido en el robo. Caminan mucho tiempo y llegan a un gran bosque, donde hay una casita con una vieja dentro. Hans dice:

—¿Conoces a algún hombre entendido en el robo?

—Eso lo puedes aprender aquí muy bien —dice la mujer—, mi hijo es maestro en ello.

Entonces habla con el hijo y le pregunta si de veras sabe robar bien. El maestro ladrón dice:

—Se lo enseñaré bien. Vuelve cuando haya pasado un año, y si entonces reconoces a tu hijo, no cobraré nada por enseñarle; pero si no lo reconoces, tendrás que darme doscientos táleros.

El padre vuelve otra vez a casa, y el hijo aprende hechicería y robo a fondo. Cumplido el año, el padre está lleno de angustia por saber cómo se las arreglará para reconocer a su hijo. Y andando así, apesadumbrado, se encuentra con un enanito, que le dice:

—Hombre, ¿qué te aqueja, que siempre andas tan apesadumbrado?

—Ay —dice Hans—, hace un año coloqué a mi hijo con un maestro ladrón que me dijo que volviera cumplido el año, y que si entonces no reconocía a mi hijo al verlo, tendría que pagar doscientos táleros; pero que si lo reconocía, no pagaría nada; y ahora temo no reconocerlo y no sé de dónde sacaré el dinero.

Entonces el enano le dice que lleve consigo un cestillo de pan y que se pare debajo de la chimenea.

—Allí, en la viga, hay una cesta de la que se asoma un pajarito, y ese es tu hijo.

Hans va hasta allá y arroja un cestillo lleno de pan negro delante de la cesta en que está el pájaro, y el pajarito sale y mira hacia

arriba.

—¡Eh, hijo mío! ¿Estás aquí? —dice el padre, y el hijo se alegra de ver a su padre; pero el maestro ladrón dice:

—El diablo te lo habrá soplado, ¿o cómo ibas a reconocer a tu hijo?

—Padre, vámonos —dijo el muchacho.

Entonces padre e hijo emprenden el camino de vuelta. Por el camino viene rodando un carruaje. Ante esto, el hijo le dice a su padre:

—Me convertiré en un gran lebel, y así podrás ganar mucho dinero conmigo.

Entonces el señor llama desde el carruaje:

—Buen hombre, ¿me vendes tu perro?

—Sí —dice el padre.

—¿Cuánto pides por él?

—Treinta táleros.

—Vaya, hombre, es mucho, pero como es un perro tan hermoso, me lo llevo.

El señor lo mete en su carruaje, pero cuando han rodado un poco más, el perro salta fuera del carruaje por la ventanilla, vuelve donde su padre y ya no es un lebel.

Se van juntos a casa. Al día siguiente hay una feria en el pueblo vecino, así que el muchacho le dice a su padre:

—Ahora me convertiré en un hermoso caballo, y tú podrás venderme; pero cuando me hayas vendido, tienes que quitarme la brida, o no podré volver a ser hombre.

Entonces el padre va con el caballo a la feria, y el maestro ladrón viene y compra el caballo por cien táleros, pero el padre se olvida y no le quita la brida. Así que el hombre se va a casa con el caballo y lo mete en el establo. Cuando la criada cruza el umbral, el caballo dice:

—Quítame la brida, quítame la brida.

Entonces la criada se detiene y dice:

—¡Cómo! ¿Sabes hablar?

Así que va y le quita la brida, y el caballo se vuelve gorrión y sale volando por la puerta, y el brujo también se vuelve gorrión y vuela

tras él. Entonces se juntan y echan suertes, pero el maestro pierde y se mete en el agua y se hace pez. Entonces el muchacho también se hace pez, y echan suertes de nuevo, y el maestro pierde. Así que el maestro se convierte en gallo^[22], y el muchacho se vuelve zorro y le arranca la cabeza de un mordisco, y murió y ha quedado muerto hasta el día de hoy.

Hans, mi erizo

Había una vez un campesino que tenía dinero y tierras en abundancia, pero, por muy rico que fuera, algo faltaba aún a su dicha: no tenía hijos. A menudo, cuando iba al pueblo con los demás labriegos, éstos se burlaban de él y le preguntaban por qué no tenía hijos. Al fin se enojó, y al llegar a casa dijo:

—Quiero tener un hijo, aunque sea un erizo.

—Entonces su mujer tuvo un hijo que era erizo de la parte de arriba del cuerpo, y niño de la de abajo, y cuando lo vio se horrorizó y dijo:

—Mira, ahí tienes la desgracia que nos has traído.

—Y dijo el hombre:

—¿Qué se le puede hacer ya? Hay que bautizar al muchacho, pero no vamos a poder conseguirle un padrino.

—Y la mujer dijo:

—Y no podemos llamarlo de otro modo que Hans, mi erizo.

Cuando lo bautizaron, el párroco dijo:

—No podrá acostarse en ninguna cama corriente por culpa de sus púas.

—Así que le pusieron un poco de paja detrás de la estufa y allí acostaron a Hans, mi erizo. Su madre no pudo amamantarlo, pues la habría pinchado con sus púas. De modo que allí estuvo tendido detrás de la estufa durante ocho años, y su padre se cansó de él y pensó: «¡Ojalá se muriera!». Pero no se murió, sino que siguió allí tendido. Y sucedió que hubo una feria en el pueblo, y el campesino se disponía a ir a ella, y preguntó a su mujer qué quería que le trajese.

—Un poco de carne y un par de panecillos blancos que hacen falta en la casa —dijo ella. Luego preguntó a la criada, y ella quiso un par de zapatillas y unas medias con adornos bordados. Por último dijo también:

—¿Y tú qué quieres, Hans, mi erizo?

—Querido padre —dijo él—, tráeme una gaita.

—Así pues, cuando el padre volvió a casa, dio a su mujer lo que le había comprado: la carne y los panecillos blancos; luego dio a la criada las zapatillas y las medias con adornos; y por último fue detrás de la estufa y dio a Hans, mi erizo, la gaita. Y cuando Hans, mi erizo, tuvo la gaita, dijo:

—Querido padre, ve a la herrería y haz herrar al gallo, y así me marcharé cabalgando y nunca volveré.

—Al oírlo, el padre se alegró de pensar que iba a librarse de él, e hizo herrar al gallo, y cuando estuvo hecho, Hans, mi erizo, montó en él y se marchó cabalgando, pero se llevó consigo cerdos y asnos que pensaba criar en el bosque. Al llegar allí hizo que el gallo volara con él a lo alto de un árbol, y en él se quedó muchos y muchos años, cuidando de sus asnos y cerdos hasta que la piara se hizo bien grande, y su padre nada supo de él. Mientras estaba sentado en el árbol, sin embargo, tocaba su gaita y hacía una música que era muy hermosa. Una vez pasó por allí un rey que se había perdido y oyó la música. Se asombró de ella y envió a su criado a mirar por todas partes y ver de dónde salía. El criado atisbó en derredor, pero no vio sino un animalito subido en lo alto del árbol, que parecía un gallo con un erizo encima, y que era quien hacía aquella música. Entonces el rey le dijo al criado que preguntara por qué estaba allí sentado, y si conocía el camino que llevaba a su reino. Así que Hans, mi erizo, bajó del árbol y dijo que mostraría el camino si el rey escribía un compromiso y le prometía lo primero que saliera a su encuentro en el patio real en cuanto llegase a casa. Entonces el rey pensó: «Eso puedo hacerlo sin problema; Hans, mi erizo, no entiende de nada, y yo puedo escribir lo que quiera». Así que el rey tomó pluma y tinta y escribió algo, y cuando lo hubo hecho, Hans, mi erizo, le mostró el camino, y llegó a casa sano y salvo. Pero su hija, al verlo de lejos, se llenó de tal alegría que corrió a su encuentro y lo besó. Entonces él se acordó de Hans, mi erizo, y le contó lo que había pasado, y que se había visto forzado a prometer lo primero que saliera a su encuentro al llegar a casa a un animal muy extraño que iba montado en un gallo como si fuera un caballo y hacía una música hermosa, pero que, en lugar de escribir que debía tener lo que quería, había escrito que no debía tenerlo. La princesa se alegró entonces y dijo

que había hecho bien, pues ella jamás se habría marchado con el erizo.

Hans, mi erizo, sin embargo, cuidaba de sus asnos y cerdos, y siempre estaba alegre, y se sentaba en el árbol y tocaba su gaita.

Ahora bien, sucedió que otro rey pasó por allí de viaje con su séquito y sus correos, y también él se había perdido y no sabía cómo volver a casa, porque el bosque era tan grande. Igualmente oyó desde lejos la hermosa música, y preguntó a su correo qué podía ser aquello, y le mandó ir a ver. El correo fue al pie del árbol y vio al gallo posado en lo alto y a Hans, mi erizo, sobre el gallo. El correo le preguntó qué hacía allá arriba.

—Cuido de mis asnos y de mis cerdos; pero ¿qué desean ustedes?

—El mensajero dijo que se habían perdido y no lograban volver a su reino, y preguntó si no les mostraría el camino. Entonces Hans, mi erizo, bajó del árbol con el gallo y dijo al anciano rey que le mostraría el camino si le entregaba, para que fuese suyo, lo primero que saliera a su encuentro ante su palacio real. El rey dijo:

—Sí.

—Y escribió a Hans, mi erizo, la promesa de que así lo tendría. Hecho esto, Hans cabalgó delante de él sobre el gallo, le señaló el camino, y el rey llegó de nuevo a su reino sano y salvo. Cuando llegó al patio, hubo grandes regocijos. Ahora bien, tenía una hija única que era muy hermosa; ella corrió a su encuentro, le echó los brazos al cuello y se alegró de tener otra vez a su viejo padre. Le preguntó dónde en el mundo había andado tanto tiempo. Y él le contó cómo se había perdido, y cómo por poco no regresa, pero que, viajando por un gran bosque, una criatura, mitad erizo, mitad hombre, que iba montada a horcajadas en un gallo en lo alto de un árbol, y hacía música, le había mostrado el camino y ayudado a salir, pero que a cambio le había prometido lo primero que saliera a su encuentro en el patio real, y que ella misma había sido eso, lo cual ahora lo afligía. Pero ante esto ella prometió que, por amor a su padre, de buena gana se iría con aquel Hans si venía.

Hans, mi erizo, sin embargo, cuidaba de sus cerdos, y los cerdos se multiplicaron hasta llegar a ser tan numerosos que todo el bosque

se llenó de ellos. Entonces Hans, mi erizo, resolvió no vivir más en el bosque, y mandó recado a su padre de que vaciara todas las pocilgas del pueblo, pues venía con una piara tan grande que podría matar quien quisiera hacerlo. Cuando su padre oyó esto, se turbó, pues creía que Hans, mi erizo, había muerto hacía mucho. Hans, mi erizo, sin embargo, se sentó en el gallo y llevó los cerdos delante de sí hasta el pueblo, y ordenó que comenzara la matanza. ¡Ah, y hubo tal matar y tal descuartizar que podía oírse a dos leguas de distancia! Después de esto, Hans, mi erizo, dijo:

—Padre, haz herrar el gallo una vez más en la herrería, y así me marcharé cabalgando y nunca volveré mientras viva.

—Entonces el padre hizo herrar el gallo una vez más, y se alegró de que Hans, mi erizo, jamás regresara.

Hans, mi erizo, cabalgó hasta el primer reino. Allí el rey había ordenado que a todo el que llegara montado en un gallo y con una gaita se le disparara, se le acuchillara o se le apuñalase entre todos, para que no pudiera entrar en el palacio. Cuando, por tanto, Hans, mi erizo, llegó cabalgando, todos se abalanzaron sobre él con sus picas, pero él espoleó al gallo, y éste voló por encima del portón, hasta delante de la ventana del rey, y allí se posó, y Hans gritó que el rey debía darle lo que le había prometido, o le quitaría la vida a él y a su hija. Entonces el rey empezó a hablar con dulzura a su hija y a rogarle que se marchara con Hans para salvar su propia vida y la de su padre. Así que ella se vistió de blanco, y su padre le dio un carruaje con seis caballos y una espléndida servidumbre, junto con oro y bienes. Se sentó en el carruaje, colocó a Hans, mi erizo, a su lado, con el gallo y la gaita, y luego se despidieron y partieron, y el rey creyó que nunca más la volvería a ver. Pero se engañó en su esperanza, porque cuando estuvieron a poca distancia de la ciudad, Hans, mi erizo, le quitó las lindas ropas y la traspasó con su piel de erizo hasta que sangró por todas partes.

—Ésa es la recompensa de tu falsedad —dijo—; sigue tu camino, ¡no te quiero!

—Y con eso la echó de vuelta a casa, y quedó deshonrada por el resto de su vida.

Hans, mi erizo, sin embargo, siguió cabalgando en el gallo, con su gaita, hacia los dominios del segundo rey, a quien había mostrado el camino. Éste, en cambio, había dispuesto que, si llegaba alguien parecido a Hans, mi erizo, le presentaran armas, le dieran salvoconducto, gritaran «¡larga vida!» y lo condujeran al palacio real.

Pero cuando la hija del rey lo vio, se horrorizó, pues tenía un aspecto demasiado extraño. Recordó, sin embargo, que no podía cambiar de parecer, pues había dado su palabra a su padre. Así que Hans, mi erizo, fue recibido por ella, y se casó con ella, y tuvo que ir con ella a la mesa real, y ella se sentó a su lado, y comieron y bebieron. Cuando llegó la noche y quisieron ir a dormir, ella tuvo miedo de sus púas, pero él le dijo que no temiera, pues ningún mal le sobrevendría, y dijo al viejo rey que designara a cuatro hombres para vigilar junto a la puerta de la alcoba y encendiera una gran fogata, y que, cuando él entrara en el cuarto y estuviera a punto de meterse en la cama, saldría reptando de su piel de erizo y la dejaría tendida allí junto al lecho, y que los hombres debían acudir de prisa, arrojarla al fuego y quedarse junto a él hasta que se consumiera. Cuando el reloj dio las once, entró en la alcoba, se despojó de la piel de erizo y la dejó tendida junto a la cama. Entonces vinieron los hombres, la recogieron sin demora y la arrojaron al fuego; y cuando el fuego la hubo consumido, quedó liberado, y allí yacía en la cama con forma humana, pero negro como el carbón, como si lo hubieran quemado. El rey mandó llamar a su médico, que lo lavó con ungüentos preciosos y lo untó, y se volvió blanco, y era un joven apuesto. Cuando la hija del rey lo vio, se alegró, y a la mañana siguiente se levantaron gozosos, comieron y bebieron, y entonces la boda se celebró como es debido, y Hans, mi erizo, recibió el reino del anciano rey.

Cuando hubieron pasado varios años, fue con su esposa a ver a su padre y le dijo que era su hijo. El padre, sin embargo, aseguró que no tenía ningún hijo; que jamás había tenido más que uno, y aquel había nacido como un erizo, todo erizado de púas, y se había marchado por el ancho mundo. Entonces Hans se dio a conocer, y el anciano padre se llenó de alegría y se fue con él a su reino.

*Mi cuento acabó, y corriendo se marchó hasta la casa del
pequeño Augusto^[23].*

El asno

Había una vez un rey y una reina que eran ricos y tenían cuanto podían desear, pero no tenían hijos. La reina se lamentaba de ello día y noche, y decía: «Soy como un campo en el que nada crece». Al fin Dios le concedió su deseo, pero cuando el niño vino al mundo no parecía una criatura humana, sino un asnillo. Cuando la madre vio aquello, sus lamentos y clamores empezaron de veras; dijo que mucho antes habría preferido no tener hijo alguno que tener un asno, y que lo arrojaran al agua para que los peces lo devoraran. Pero el rey dijo:

—No; puesto que Dios lo ha enviado, será mi hijo y mi heredero, y a mi muerte se sentará en el trono real y ceñirá la corona del reino. Así pues, criaron al asno, que fue creciendo, y sus orejas se le alargaron hermosas, altas y erguidas. Era, sin embargo, de talante alegre: brincaba, jugaba y sentía un placer particular por la música, de suerte que fue a ver a un músico célebre y le dijo:

—Enséñame tu arte, para que yo toque el laúd tan bien como tú.

—Ay, querido señorito —respondió el músico—, eso te resultaría muy difícil; tus dedos no son a buen seguro los apropiados, y son demasiado gruesos. Me temo que las cuerdas no aguantarían. De nada sirvieron las excusas. El asno estaba resuelto a tocar el laúd; fue perseverante y aplicado, y al fin aprendió a hacerlo tan bien como el propio maestro. Un día el joven señorito salió a pasear absorto en sus pensamientos y llegó junto a un pozo; miró dentro y, en el agua clara como un espejo, vio su figura de asno. Tanto lo apenó aquello que se marchó por el ancho mundo, y sólo llevó consigo a un fiel compañero. Anduvieron de aquí para allá, y al cabo llegaron a un reino donde gobernaba un viejo rey que tenía una hija única, pero maravillosamente hermosa. El asno dijo:

—Aquí nos quedaremos —llamó a la puerta y gritó—: Un huésped aguarda afuera; abran, que quiere entrar. Como, sin embargo, no le abrieron la puerta, se sentó, tomó su laúd y lo tocó del modo más delicioso con sus dos patas delanteras. Entonces el portero abrió los ojos de par en par de puro asombro, corrió a ver al rey y le dijo:

—Ahí fuera, junto a la puerta, hay sentado un joven asno que toca el laúd tan bien como un maestro experto.

—Pues que venga el músico —dijo el rey. Pero, cuando entró un asno, todos se echaron a reír del tañedor de laúd. Y entonces le pidieron al asno que se sentara a comer con los criados. Él, sin embargo, se negó y dijo:

—No soy un vulgar asno de cuadra; soy un asno de noble alcurnia. Entonces le dijeron:

—Si eso es lo que eres, siéntate con los hombres de armas.

—No —dijo él—, me sentaré junto al rey. El rey sonrió y dijo de buen humor:

—Sí, será como tú quieras, asnito; ven aquí, a mi lado. Luego le preguntó:

—Asnito, ¿qué te parece mi hija? El asno volvió la cabeza hacia ella, la miró, asintió y dijo:

—Me gusta sobre toda medida; nunca había visto a nadie tan hermosa como ella.

—Pues entonces te sentarás también a su lado —dijo el rey.

—Eso es precisamente lo que deseo —dijo el asno, y se colocó junto a ella; comió y bebió, y supo comportarse con delicadeza y limpieza. Cuando la noble bestia llevaba ya largo tiempo en la corte del rey, pensó: «¿De qué me sirve todo esto, si aun así tendré que volver a casa?». Dejó caer tristemente la cabeza, fue a ver al rey y le pidió licencia para partir. Pero el rey le había tomado cariño y dijo:

—Asnito, ¿qué te aqueja? Tienes la cara agria como un jarro de vinagre; te daré lo que quieras. ¿Quieres oro?

—No —dijo el asno, y sacudió la cabeza.

—¿Quieres joyas y ricos vestidos?

—No.

—¿Deseas la mitad de mi reino?

—No, por cierto. Entonces dijo el rey:

—Si al menos supiera qué habría de dejarte contento... ¿Quieres a mi linda hija por esposa?

—Ay, sí —dijo el asno—, de veras que la querría. Y de pronto se puso muy alegre y rebosante de dicha, porque eso era justamente lo

que deseaba. Así se celebró una boda grande y espléndida. Al anochecer, cuando condujeron a los novios a su alcoba, el rey quiso saber si el asno se portaría bien, y ordenó a un criado que se escondiera allí. Cuando ambos estuvieron dentro, el novio echó el cerrojo a la puerta, miró alrededor y, creyéndose completamente a solas, se despojó de golpe de su piel de asno y quedó allí de pie con la figura de un apuesto joven de sangre real.

—Ahora —dijo— ya ves quién soy, y ves también que no soy indigno de ti. Entonces la novia se alegró, lo besó y lo amó tiernamente. Cuando llegó la mañana, él saltó de la cama, se puso de nuevo su piel de animal, y nadie habría podido adivinar qué figura se ocultaba debajo. Pronto vino el viejo rey.

—¡Ah! —exclamó—, ¿está contento el asnito? Pero seguro que tú estás triste —le dijo a su hija—, ¿por no tener un hombre como es debido por marido?

—Oh, no, querido padre; lo amo como si fuera el más apuesto del mundo, y lo conservaré mientras viva. El rey se quedó sorprendido, pero el criado que se había escondido vino a revelárselo todo. El rey dijo:

—Eso no puede ser verdad.

—Pues vela usted mismo la próxima noche, y lo verá con sus propios ojos; y oiga, señor rey: si le quitara la piel y la echara al fuego, se vería obligado a mostrarse en su verdadera forma.

—Buen consejo es el tuyo —dijo el rey; y por la noche, cuando dormían, entró a hurtadillas, y al llegar a la cama vio a la luz de la luna a un joven de noble aspecto que allí yacía, y la piel tendida en el suelo. Así que se la llevó, mandó encender una gran hoguera afuera, arrojó en ella la piel y permaneció junto al fuego hasta que todo quedó reducido a cenizas. Como, sin embargo, tenía ganas de saber cómo se comportaría el despojado, se mantuvo despierto toda la noche y vigiló. Cuando el joven hubo dormido su sueño, se levantó con las primeras luces del alba y quiso ponerse la piel de asno, pero no la encontró por ninguna parte. Ante esto se alarmó y, lleno de pesar y angustia, dijo:

—Ahora tendré que ingeniármelas para escapar. Pero, cuando salió, allí estaba el rey, que le dijo:

—Hijo mío, ¿adónde vas con tanta prisa? ¿Qué tienes en mente? Quédate aquí; eres un hombre tan apuesto que no te dejaré marchar de mi lado. Ahora mismo te daré la mitad de mi reino, y a mi muerte lo tendrás entero.

—Entonces espero que lo que tan bien empieza acabe bien, y me quedaré con usted —dijo el joven. Y el anciano le dio la mitad del reino, y al cabo de un año, cuando murió, el joven tuvo el reino entero; y tras la muerte de su padre tuvo además otro reino, y vivió en toda magnificencia.

La ensalada

Había una vez un joven cazador que se internó en el bosque para acechar a las piezas. Tenía el corazón alegre y despejado, y mientras iba caminando, silbando sobre una hoja, se le acercó una vieja fea y andrajosa que le habló y dijo:

—Buenos días, querido cazador; a fe que estás contento y de buen humor, pero yo padezco hambre y sed; dame una limosna. El cazador se compadeció de la pobre anciana, hurgó en su bolsillo y le dio cuanto pudo permitirse. Se disponía ya a seguir su camino, pero la vieja lo detuvo y dijo:

—Escucha, querido cazador, lo que voy a decirte; te haré un obsequio a cambio de tu bondad. Sigue tu camino, que dentro de poco llegarás a un árbol donde estarán posados nueve pájaros que tienen un manto entre las garras y lo están desplumando; toma tu escopeta y dispara justo en medio de ellos, y dejarán caer el manto a tus pies, pero uno de los pájaros quedará herido y caerá muerto. Llévate el manto, es el manto de los deseos; cuando te lo echas sobre los hombros, sólo tienes que desear estar en cierto lugar y allí estarás en un abrir y cerrar de ojos. Saca el corazón del pájaro muerto y trágatelo entero, y cada mañana, al levantarte temprano, hallarás una moneda de oro bajo tu almohada. El cazador dio las gracias a la sabia mujer y pensó para sí: «Bonitas cosas me ha prometido, si es que todo se cumple». Y en efecto, cuando había caminado unos cien pasos, oyó en las ramas sobre su cabeza tal chillar y gorjear que alzó la vista y vio allí una bandada de pájaros que arrancaban a picotazos y arañazos un pedazo de tela, tirando y peleando como si cada uno la quisiera entera para sí.

—Vaya —dijo el cazador—, esto es asombroso, ¡ha ocurrido tal como la vieja lo predijo! Y descolgó la escopeta del hombro, apuntó y disparó justo en medio de ellos, de modo que las plumas volaron por todas partes. Los pájaros levantaron el vuelo al instante entre grandes chillidos, pero uno cayó muerto, y al mismo tiempo cayó el manto. Entonces el cazador hizo lo que la vieja le había indicado,

abrió el pájaro, buscó el corazón, se lo tragó y se llevó el manto a casa.

A la mañana siguiente, al despertar, se acordó de la promesa y quiso comprobar si también aquélla se había cumplido. Cuando levantó la almohada, la moneda de oro brilló ante sus ojos, y al día siguiente encontró otra, y así siguió cada vez que se levantaba. Reunió un buen montón de oro, pero al fin pensó: «¿De qué me sirve todo mi oro si me quedo en casa? Saldré a recorrer el mundo».

Se despidió entonces de sus padres, se ciñó la zurrón y la escopeta de cazador y salió a recorrer mundo. Sucedió que un día atravesó un bosque espeso, y al llegar al final de éste, en la llanura que se extendía ante él se alzaba un hermoso castillo. Una vieja estaba asomada a una de las ventanas junto a una doncella maravillosamente bella. La vieja, sin embargo, era una bruja, y le dijo a la doncella:

—Ahí viene uno que sale del bosque, que lleva un tesoro maravilloso dentro del cuerpo; hemos de arrebatárselo, hija querida, pues nos conviene más a nosotras que a él. Lleva consigo el corazón de un pájaro, gracias al cual cada mañana aparece una moneda de oro bajo su almohada. Le explicó lo que debía hacer para conseguirlo y el papel que había de representar, y por último la amenazó y dijo, con ojos coléricos:

—Y si no atiendes a lo que te digo, peor para ti. Ahora bien, cuando el cazador se acercó más, distinguió a la doncella y se dijo:

—Llevo tanto tiempo andando de acá para allá, que por una vez descansaré y entraré en ese hermoso castillo. Dinero no me falta, desde luego. Aunque el verdadero motivo era que había puesto los ojos en la bella muchacha.

Entró en la casa y lo recibieron bien y lo agasajaron con cortesía. Al poco tiempo se había enamorado tanto de la joven bruja que ya no pensaba en otra cosa, y sólo veía las cosas como ella las veía y hacía lo que ella deseaba. La vieja dijo entonces:

—Ahora hemos de sacarle el corazón del pájaro; él nunca lo echará de menos. Preparó una bebida, y cuando estuvo lista la vertió en una copa y se la dio a la doncella, que había de ofrecérsela al cazador. Así lo hizo ella, diciendo:

—Ahora, amor mío, brinda por mí. Tomó él la copa, y en cuanto hubo tragado el brebaje, echó fuera el corazón del pájaro. La muchacha tuvo que llevárselo a escondidas y tragárselo ella misma, pues así lo quería la vieja. Desde entonces él ya no encontró más oro bajo su almohada, sino que aparecía bajo la de la doncella, de donde la vieja lo recogía cada mañana; pero él estaba tan enamorado y tan embobado que en nada pensaba salvo en pasar el tiempo con la muchacha.

Entonces la vieja bruja dijo:

—Ya tenemos el corazón del pájaro, pero también hemos de quitarle el manto de los deseos. La muchacha respondió:

—Dejémosle eso, que ya ha perdido su riqueza. La vieja se enfureció y dijo:

—Un manto así es cosa maravillosa y rara vez se halla en este mundo. ¡Tengo que tenerlo, y lo tendré! Le dio a la muchacha varios golpes y le advirtió que, si no obedecía, le iría mal. De modo que ella cumplió el mandato de la vieja, se colocó junto a la ventana y se puso a mirar la tierra lejana, como si estuviera muy afligida. El cazador preguntó:

—¿Por qué te quedas ahí tan afligida?

—Ay, amado mío —respondió ella—, allá enfrente se alza el monte del Granate^[24], donde crecen las piedras preciosas. Tanto las anhelo que, cuando pienso en ellas, me siento muy triste, pero ¿quién puede alcanzarlas? Sólo los pájaros; ellos vuelan y llegan hasta allí, pero un hombre jamás.

—¿No tienes otra pena de la que quejarte? —dijo el cazador—. Pronto te quitaré ese peso del corazón. Y con eso la atrajo bajo su manto, deseó hallarse en el monte del Granate y, en un abrir y cerrar de ojos, allí estaban los dos sentados. Por todas partes relucían piedras preciosas, que daba gozo verlas, y juntos recogieron las más finas y valiosas. Ahora bien, la vieja, mediante sus hechizos, había dispuesto que al cazador se le hicieran pesados los ojos. Él le dijo a la doncella:

—Sentémonos a descansar un rato, que estoy tan cansado que ya no me tengo en pie. Se sentaron entonces, él recostó la cabeza en

su regazo y se quedó dormido. Cuando estuvo dormido, ella le soltó el manto de los hombros, se envolvió en él, recogió los granates y las piedras y deseó hallarse de vuelta en casa con todo ello.

Pero cuando el cazador hubo dormido su sueño y despertó, y advirtió que su amada lo había traicionado y lo había dejado solo en el monte agreste, dijo:

—¡Ay, cuánta traición hay en el mundo! Y allí se sentó, entre cuitas y pesar, sin saber qué hacer. Mas el monte pertenecía a unos gigantes fieros y monstruosos que allí moraban y hacían su vida, y no llevaba mucho tiempo sentado cuando vio venir hacia él a tres de ellos; así que se tendió como si estuviera sumido en un sueño profundo. Entonces llegaron los gigantes, y el primero le dio un puntapié y dijo:

—¿Qué clase de lombriz de tierra es ésta que yace aquí enroscada? El segundo dijo:

—Písalo y mávalo. Pero el tercero dijo:

—¡Valiente cosa harías con eso! Déjalo vivir, que aquí no puede quedarse; y cuando suba más arriba, hacia la cumbre del monte, las nubes lo atraparán y se lo llevarán. Y diciendo esto siguieron su camino. Pero el cazador había atendido a sus palabras, y en cuanto se marcharon se levantó y trepó hasta la cumbre del monte, y cuando llevaba allí sentado un rato, una nube vino flotando hacia él, lo atrapó, se lo llevó y anduvo vagando largo tiempo por los cielos. Luego descendió y se posó sobre un gran huerto de coles, cercado de muros, de modo que él fue a dar suavemente en el suelo, entre coles y hortalizas.

El cazador miró entonces a su alrededor y dijo:

—¡Si al menos tuviera algo que comer! Tengo tanta hambre, y el hambre irá creciendo con el tiempo; pero aquí no veo manzanas ni peras, ni ninguna otra clase de fruta, por todas partes nada más que coles. Al fin pensó: «A falta de otra cosa, puedo comer algunas hojas; no saben demasiado bien, pero me repondrán». Con eso escogió una hermosa col y se la comió, mas apenas había tragado un par de bocados cuando se sintió muy raro y del todo distinto.

Le salieron cuatro patas, una cabeza grande y dos orejas gruesas, y con horror vio que se había convertido en asno. Sin embargo,

como el hambre le crecía a cada minuto y las jugosas hojas le convenían a su nueva naturaleza, siguió comiendo con gran apetito. Al fin dio con otra clase de col, pero tan pronto como la hubo tragado sintió de nuevo un cambio y recobró su antigua forma humana.

Entonces el cazador se tendió y durmió para reponerse de la fatiga. Cuando despertó a la mañana siguiente, arrancó una col de las malas y otra de las buenas, y pensó para sí: «Esto me ayudará a recuperar lo mío y a castigar la traición». Se llevó entonces las coles, saltó el muro y partió en busca del castillo de su amada. Después de andar errante un par de días, tuvo la suerte de encontrarlo de nuevo. Se tiñó la cara de moreno, de modo que ni su propia madre lo habría reconocido, y pidió albergue:

—Estoy tan cansado —dijo— que no puedo dar un paso más. La bruja preguntó:

—¿Quién eres, paisano, y qué asunto te trae?

—Soy mensajero del rey y me enviaron a buscar la ensalada más deliciosa que crece bajo el sol. Hasta he tenido la fortuna de encontrarla y la llevo conmigo; pero el calor del sol es tan intenso que la delicada col amenaza con marchitarse, y no sé si podré llevarla más lejos.

Cuando la vieja oyó hablar de aquella ensalada exquisita, se le hizo agua la boca de codicia y dijo:

—Querido paisano, déjame probar aunque sea un poco de esa ensalada maravillosa.

—¿Por qué no? —respondió él—. He traído dos cogollos y te daré uno de ellos.

Y, abriendo su morral, le tendió la col echada a perder. La bruja no sospechó nada malo, y de tantas ganas que le entraron de aquel manjar nuevo, ella misma fue a la cocina a aderezarlo. Cuando lo tuvo listo, no pudo esperar a que estuviera servido en la mesa, sino que tomó enseguida un par de hojas y se las metió en la boca; pero apenas las hubo tragado, quedó privada de su forma humana y salió corriendo al patio convertida en burra. Al poco entró la criada en la cocina, vio la ensalada allí ya preparada y se dispuso a llevarla arriba; mas por el camino, según su costumbre, la asaltó el deseo de

probarla y comió un par de hojas. Al instante se manifestó el poder mágico y ella también se volvió burra y corrió afuera junto a la vieja, y la fuente de ensalada cayó al suelo. Entretanto, el mensajero seguía sentado al lado de la hermosa muchacha, y como nadie llegaba con la ensalada y ella también la anhelaba, dijo:

—No sé qué habrá sido de la ensalada.

El cazador pensó: «*La ensalada debe de haber surtido ya su efecto*», y dijo:

—Iré a la cocina a preguntar por ella.

Al bajar, vio a las dos burras que correteaban por el patio; la ensalada, en cambio, yacía por el suelo.

—Muy bien —dijo—, esas dos ya se han llevado su ración.

Y recogió las hojas restantes, las puso en la fuente y se las llevó a la doncella.

—Yo mismo te traigo el delicado manjar

—dijo—, para que no tengas que esperar más.

Entonces ella comió de él y quedó, como las otras, privada al punto de su forma humana, y salió corriendo al patio convertida en burra.

Después de que el cazador se hubo lavado la cara, para que las transformadas pudieran reconocerlo, bajó al patio y dijo:

—Ahora recibirán la paga de su traición.

Y las ató juntas, a las tres con una sola cuerda, y las arreó por delante hasta que llegó a un molino. Llamó a la ventana, el molinero asomó la cabeza y preguntó qué quería.

—Traigo tres bestias indóciles —respondió él— que ya no quiero tener más. ¿Las recibirás, y les darás comida y cuadra, y las tratarás como yo te indique? Entonces te pagaré lo que pidas.

El molinero dijo:

—¿Por qué no? Pero ¿cómo he de tratarlas?

El cazador le indicó entonces que a la burra vieja, que era la bruja, le diera tres palizas y una sola comida al día; a la más joven, que era la criada, una paliza y tres comidas; y a la más joven de todas, que era la doncella, ninguna paliza y tres comidas, pues no era capaz de resignarse a que se le pegara a la doncella. Después regresó al castillo, y halló en él todo cuanto necesitaba.

Al cabo de un par de días, vino el molinero y dijo que debía informarle de que la burra vieja, la que había recibido tres palizas y una sola comida diaria, había muerto. «Las otras dos —prosiguió— no están muertas, desde luego, y comen tres veces al día, pero están tan tristes que no pueden durar mucho más». El cazador se conmovió de lástima, dejó a un lado su ira y le dijo al molinero que se las trajera de vuelta. Y cuando llegaron, les dio un poco de la buena ensalada, de modo que volvieron a ser humanas. La hermosa muchacha cayó de rodillas ante él y dijo:

—¡Ay, amado mío, perdóname el mal que te he hecho; mi madre me obligó a ello; fue contra mi voluntad, pues te amo con todo el corazón. Tu manto de los deseos está colgado en un armario, y en cuanto al corazón del pájaro, tomaré una pócima para vomitarlo.

Pero él pensó de otro modo y dijo:

—Guárdalo; da lo mismo, pues te tomaré por mi legítima esposa. Así se celebró la boda, y vivieron felices juntos hasta su muerte.

Cuentos de la culebra

Primer cuento

Había una vez una niñita a la que su madre le daba cada tarde un pequeño tazón de leche con pan, y la niña se sentaba con él en el patio. Pero, cuando empezaba a comer, una culebra salía reptando de una grieta del muro, hundía su cabecita en el tazón y comía con ella. A la niña esto le daba gusto, y cuando se sentaba allí con su tazoncito y la culebra no venía enseguida, la llamaba:

—*Culebra, culebra, ven volando^[25], ven acá, criatura chiquitita, tus migajas de pan te estoy guardando, y con leche tendrás tu bebidita.*

Entonces la culebra acudía de prisa y disfrutaba de su comida. Es más, se mostraba agradecida, pues le traía a la niña toda clase de cosas bonitas de sus tesoros ocultos: piedras relucientes, perlas y juguetes de oro. Sin embargo, la culebra sólo bebía la leche y dejaba las migajas de pan. Un día la niña tomó su cucharita, le dio con ella un golpecito suave en la cabeza a la culebra y le dijo:

—Come también las migajas de pan, criaturita. La madre, que estaba en la cocina, oyó que la niña hablaba con alguien, y cuando vio que le pegaba a una culebra con la cuchara, salió corriendo con un leño y mató a la buena criatura.

Desde aquel momento, la niña cambió. Mientras la culebra había comido con ella, se había vuelto alta y fuerte, pero ahora perdió sus lindas mejillas sonrosadas y se fue consumiendo. No pasó mucho antes de que el pájaro fúnebre empezara a llorar en la noche, y el petirrojo a juntar ramitas y hojas para una guirnalda de entierro, y poco después la niña yacía en su féretro.

Segundo cuento

Una niña huérfana estaba sentada en las murallas de la ciudad, hilando, cuando vio salir una culebra de un agujero al pie del muro. A toda prisa extendió a su lado uno de esos pañuelos de seda azul por los que las culebras sienten tanta afición, y que son lo único

sobre lo que consienten reptar. En cuanto la culebra lo vio, se retiró; luego volvió, trayendo consigo una pequeña corona de oro, la depositó sobre el pañuelo y se marchó de nuevo. La niña recogió la corona: relucía y era de delicada filigrana de oro. No pasó mucho antes de que la culebra regresara por segunda vez, pero, al no ver ya la corona, trepó hasta el muro y, en su aflicción, se golpeó la cabecita contra él mientras le quedaron fuerzas, hasta que al fin quedó allí muerta. Si la niña hubiera dejado la corona donde estaba, la culebra le habría traído sin duda muchos más tesoros de los que guardaba en el agujero.

Tercer cuento.

Una culebra grita:

—Juju, juju. Una niña dice:

—Sal de ahí. La culebra sale, y entonces la niña le pregunta por su hermanita:

—¿No has visto a la de las Medias Rojas? La culebra dice:

—No.

—Yo tampoco.

—Entonces soy como tú. Juju, juju, juju.

Los animales del Señor y los del diablo

El Señor Dios había creado a todos los animales, y había escogido al lobo para que fuera su perro, pero se había olvidado de la cabra. Entonces el diablo se dispuso y comenzó también a crear, y creó cabras con largas y hermosas colas. Ahora bien, cuando iban a pacer, solían quedarse enganchadas por la cola en los setos, y el diablo tenía que ir hasta allá y desenredarlas, con muchísimo trabajo. Esto acabó por enfurecerlo, y fue y le arrancó la cola de un mordisco a cada cabra, como todavía hoy puede verse por el muñón. Después las dejó pacer solas, pero sucedió que el Señor Dios advirtió cómo unas veces roían un árbol frutal, otras dañaban las nobles viñas o destruían otras plantas tiernas. Esto lo afligió, de modo que, en su bondad y su misericordia, llamó a sus lobos, que pronto despedazaron a las cabras que por allí andaban. Cuando el diablo observó esto, se presentó ante el Señor y dijo:

—Tus criaturas han destruido las mías.

El Señor respondió:

—¿Por qué creaste cosas que hacen daño?

El diablo dijo:

—Me vi obligado a hacerlo, pues, como mis pensamientos corren hacia el mal, lo que creo no puede tener otra naturaleza, y tú has de pagarme una fuerte indemnización.

—Te pagaré en cuanto caigan las hojas del roble; ven entonces, que tu dinero estará ya contado.

Cuando las hojas del roble hubieron caído, el diablo vino y reclamó lo que se le debía. Pero el Señor dijo:

—En la iglesia de Constantinopla se alza un alto roble que aún conserva todas sus hojas.

Con rabia y maldiciones, el diablo se marchó, y fue a buscar el roble; vagó por el desierto seis meses antes de encontrarlo, y cuando regresó, todos los robles se habían cubierto entretanto de nuevo con hojas verdes. Así tuvo que renunciar a su indemnización,

y en su furia les sacó los ojos a todas las cabras que quedaban, y les puso los suyos en su lugar.

Por eso todas las cabras tienen ojos de diablo, y la cola arrancada de un mordisco, y por eso a él le gusta tomar su forma.

El campesino y el diablo

Había una vez un campesino astuto y de vista larga, cuyas argucias andaban en boca de todos. La mejor historia es, sin embargo, la de cómo un día le echó el guante al diablo y lo dejó por tonto. El campesino había estado un día trabajando en su campo y, como ya caía el crepúsculo, se disponía a emprender el camino de vuelta a casa, cuando vio un montón de brasas encendidas en mitad de su campo; y al acercarse, lleno de asombro, halló que sobre las ascuas vivas estaba sentado un diablillo negro.

—¡Bien que estás sentado sobre un tesoro! —dijo el campesino.

—Así es, en verdad —respondió el diablo—, sobre un tesoro que contiene más oro y plata del que has visto en toda tu vida.

—El tesoro está en mi campo y me pertenece —dijo el campesino.

—Tuyo es —contestó el diablo—, si durante dos años me das la mitad de todo lo que tu campo produzca. Dinero tengo de sobra, pero se me antojan los frutos de la tierra.

—El campesino aceptó el trato.

—Pero, para que no surja disputa alguna sobre el reparto —dijo—, todo lo que crezca por encima de la tierra será tuyo, y lo que quede debajo, mío.

—El diablo quedó muy satisfecho con aquello, pero el ladino campesino había sembrado nabos^[26].

Y cuando llegó el tiempo de la cosecha, se presentó el diablo dispuesto a llevarse su parte; mas no encontró sino las hojas amarillas y marchitas, mientras el campesino, lleno de alegría, desenterraba sus nabos.

—Esta vez te ha ido bien —dijo el diablo—, pero a la próxima no te valdrá. Lo que crezca por encima de la tierra será tuyo, y lo que quede debajo, mío.

—Me parece bien —respondió el campesino; pero cuando llegó el tiempo de sembrar, no sembró de nuevo nabos, sino trigo. Maduró el grano, y el campesino salió al campo y cortó las cañas espigadas a ras del suelo. Cuando llegó el diablo, no encontró más que el rastrojo, y se marchó furioso al fondo de una grieta entre las rocas.

—Así es como se engaña al diablo —dijo el campesino, y fue y se llevó el tesoro.

El nabo

Había una vez dos hermanos que servían ambos como soldados; uno de ellos era rico, y el otro pobre. Entonces el pobre, para librarse de su pobreza, se quitó la casaca de soldado y se hizo labrador. Cavó y azadonó su pedazo de tierra, y lo sembró con semilla de nabo. La semilla brotó, y allí creció un nabo que se volvió grande y robusto, y a ojos vistas se hacía cada vez más grande, y parecía como si nunca fuera a dejar de crecer, de modo que bien podría haberse llamado el príncipe de los nabos^[27], pues jamás se había visto uno igual, ni jamás volverá a verse otro semejante.

Al fin era tan enorme que él solo llenaba un carro entero, y hacían falta dos bueyes para tirar de él, y el labrador no tenía la menor idea de qué debía hacer con el nabo, ni de si sería para él una fortuna o una desgracia. Por último pensó: «Si lo vendes, ¿qué sacarás por él que valga la pena?, y si te lo comes tú mismo, pues los nabos pequeños te aprovecharían igual; mejor será llevárselo al rey y hacerle con él un presente».

Así que lo puso en un carro, unció dos bueyes, lo llevó al palacio y se lo presentó al rey.

—¿Qué cosa tan extraña es esta? —dijo el rey—. Muchas maravillas han pasado ante mis ojos, ipero nunca un monstruo como este! ¿De qué semilla puede haber salido, o eres tú un hijo de la fortuna que lo has encontrado por azar?

—¡Ah, no! —dijo el labrador—, ningún hijo de la fortuna soy yo. Soy un pobre soldado que, como ya no podía sostenerse, colgó su casaca de soldado en un clavo y se puso a labrar la tierra. Tengo un hermano que es rico y bien conocido para usted, señor rey, pero a mí, como nada tengo, todo el mundo me olvida.

Entonces el rey sintió compasión de él, y dijo:

—Serás levantado de tu pobreza, y tendrás de mí tales dones que quedarás a la altura de tu rico hermano.

Y le concedió mucho oro, y tierras, y prados, y rebaños, y lo hizo inmensamente rico, de modo que la riqueza del otro hermano no podía compararse con la suya. Cuando el hermano rico oyó lo que el

pobre había ganado para sí con un solo nabo, lo envidió, y buscó por todos los medios cómo hacerse también él con una fortuna semejante. Se las quiso ingeniar, sin embargo, de un modo mucho más astuto, y tomó oro y caballos y se los llevó al rey, seguro de que este le daría a cambio un presente mucho mayor. Si por un nabo su hermano había obtenido tanto, ¿qué no se llevaría él a cambio de cosas tan hermosas como aquellas? El rey aceptó su presente, y dijo que no tenía nada que darle a cambio más raro y excelente que el gran nabo. De modo que el rico se vio obligado a poner el nabo de su hermano en un carro y hacerlo llevar a su casa. Ya allí, no sabía en quién descargar su rabia y su cólera, hasta que le vinieron malos pensamientos, y resolvió matar a su hermano. Contrató asesinos que debían apostarse al acecho, y luego fue a ver a su hermano y le dijo:

—Querido hermano, sé de un tesoro escondido; lo desenterraremos juntos y lo repartiremos entre los dos.

El otro accedió a ello, y lo acompañó sin sospechar nada. Mientras iban de camino, sin embargo, los asesinos cayeron sobre él, lo ataron y estaban a punto de colgarlo de un árbol. Pero, justo cuando lo hacían, se oyeron a lo lejos un canto sonoro y el rumor de los cascos de un caballo. Ante esto, el terror les llenó el corazón, y metieron a su prisionero de cabeza en el saco, lo colgaron de una rama y echaron a huir. Él, no obstante, trabajó allá arriba hasta que abrió un agujero en el saco por el que pudo sacar la cabeza. El hombre que venía por el camino no era otro que un estudiante andariego, un joven que cabalgaba por el bosque cantando alegremente su canción. Cuando el de arriba vio que alguien pasaba por debajo, gritó:

—¡Buenos días! Has llegado en buena hora.

El estudiante miró a todos lados, pero no sabía de dónde venía la voz. Al fin dijo:

—¿Quién me llama?

Entonces le llegó una respuesta desde lo alto del árbol:

—Alza los ojos; aquí estoy sentado en las alturas, dentro del Saco de la Sabiduría. En poco tiempo he aprendido grandes cosas; comparadas con esto, todas las escuelas son una burla; en muy

poco tiempo lo habré aprendido todo, y bajaré más sabio que todos los demás hombres. Entiendo las estrellas, y los signos del zodiaco, y las rutas de los vientos, la arena del mar, la curación de las enfermedades y las virtudes de todas las hierbas, las aves y las piedras. Si una sola vez estuvieras aquí dentro, sentirías qué nobles cosas manan del Saco del Saber.

El estudiante, al oír todo aquello, quedó asombrado, y dijo:

—¡Bendita sea la hora en que te he encontrado! ¿No podría yo también entrar en el saco un rato?

El de arriba respondió como de mala gana:

—Por un breve tiempo te dejaré meterte en él, si me recompensas y me hablas con buenas palabras; pero has de esperar una hora más, pues me queda una cosa por aprender antes de hacerlo.

Cuando el estudiante hubo esperado un poco, se impacientó, y suplicó que lo dejaran entrar de una vez, tan grande era su sed de conocimiento. Así que el de arriba fingió al fin ceder, y dijo:

—Para que yo pueda salir de la casa del saber, tienes que bajarlo con la cuerda, y entonces entrarás tú.

El estudiante bajó, pues, el saco, lo desató y lo dejó libre, y luego gritó:

—¡Ahora súbeme en seguida!

Y se disponía a meterse en el saco.

—¡Alto! —dijo el otro—, así no se hace.

Y lo tomó por la cabeza y lo metió de cabeza en el saco, lo ató y subió al discípulo de la sabiduría árbol arriba con la cuerda. Luego lo mecía en el aire y le dijo:

—¿Cómo te va, querido amigo? Mira, ya sientes venir la sabiduría, y estás adquiriendo una experiencia valiosa. Quédate bien quieto hasta que te vuelvas más sabio.

Dicho esto, montó en el caballo del estudiante y se marchó; pero, al cabo de una hora, mandó a alguien a que sacara de nuevo al estudiante.

El corderito y el pececito

Había una vez un hermanito y una hermanita que se querían con toda el alma. Pero su madre había muerto, y tenían una madrastra que no era buena con ellos y que, a escondidas, hacía cuanto podía por hacerles daño. Sucedió que los dos jugaban con otros niños en una pradera frente a la casa, y en la pradera había un estanque que llegaba hasta uno de los costados de la casa. Los niños corrían a su alrededor, se atrapaban unos a otros y jugaban a echar suertes con esta cuenta:

Eneke Beneke^[28], déjame vivir, y yo mi pajarito te he de dar. El pajarito paja irá a buscar, la paja a la vaca dará de comer. La linda vaca leche me dará, la leche al panadero llevaré. El panadero un pastel me horneará, el pastel al gato le daré. El gato ratones me cazaré, los ratones al humo colgaré, ¡y entonces la nieve verás caer!

Formaban un corro mientras jugaban a esto, y aquel a quien le tocaba la palabra *nieve* tenía que echar a correr, y todos los demás corrían tras él y lo atrapaban. Mientras andaban así, tan alegres, la madrastra los miraba desde la ventana y se llenó de rabia. Y como conocía las artes de la brujería, hechizó a los dos: al hermanito lo convirtió en pez y a la hermanita en corderita. Entonces el pez nadaba de aquí para allá por el estanque, muy triste, y la corderita andaba de un lado a otro de la pradera, desdichada, y no lograba comer ni tocar una sola brizna de hierba. Así pasó mucho tiempo, y un día llegaron forasteros de visita al castillo. La falsa madrastra pensó: «Esta es una buena ocasión», y llamó al cocinero y le dijo:

—Ve a traer el cordero de la pradera y mávalo, que no tenemos otra cosa para los invitados.

El cocinero fue entonces por el cordero, lo llevó a la cocina y le ató las patas, y todo esto lo soportó él con paciencia. Cuando hubo sacado el cuchillo y lo afilaba en el umbral de la puerta para matar al cordero, reparó en un pececito que nadaba de acá para allá en el agua, frente al fregadero de la cocina, mirándolo hacia arriba. Era el hermano, pues, cuando el pez vio que el cocinero se llevaba al

cordero, los siguió y nadó a lo largo del estanque hasta la casa; entonces el cordero le gritó desde arriba:

Ay, hermano, en el estanque hondo, ¡qué triste está mi pobre corazón! Ahora mismo el cocinero afila su cuchillo por quitarme mi tierna vida.

El pececito le respondió:

Ay, hermanita, allá en lo alto, ¡qué triste está mi pobre corazón mientras en este estanque yazgo!

Cuando el cocinero oyó que la corderita hablaba y le decía palabras tan tristes al pez de abajo, se llenó de espanto y pensó que aquel no podía ser un cordero corriente, sino que debía de estar hechizado por la malvada mujer de la casa. Entonces dijo:

—Tranquilo, no te mataré.

Y tomó otra oveja, la preparó para los invitados y llevó la corderita a una buena campesina, a quien contó todo lo que había visto y oído.

Pero la campesina era precisamente la mujer que había sido madre de crianza de la hermanita, y sospechó al instante quién era el cordero, y fue con él a ver a una mujer sabia. Entonces la mujer sabia pronunció una bendición sobre la corderita y el pececito, gracias a la cual recobraron sus formas humanas, y después los llevó a los dos a una cabañita en un gran bosque, donde vivieron solos, pero contentos y felices.

La liebre de mar

Érase una vez una princesa que tenía, en lo más alto de su castillo, bajo las almenas, un aposento con doce ventanas que miraban en todas las direcciones posibles; y cuando subía hasta él y contemplaba lo que la rodeaba, podía inspeccionar todo su reino. Cuando miraba por la primera, su vista era más aguda que la de cualquier otro ser humano; por la segunda veía aún mejor, por la tercera con más nitidez todavía, y así seguía, hasta la duodécima, desde la cual veía todo lo que había sobre la tierra y bajo la tierra, y nada en absoluto podía ocultársele. Además, como era altiva y no quería someterse a nadie, sino conservar el dominio para ella sola, mandó proclamar que jamás sería su esposo quien no supiera esconderse de ella tan bien que le fuese del todo imposible encontrarlo. Aquel que lo intentara, sin embargo, y fuese descubierto por ella, había de que le cortaran la cabeza y se la clavaran en un poste. Noventa y siete postes con las cabezas de hombres muertos se alzaban ya ante el castillo, y hacía largo tiempo que nadie se presentaba. La princesa estaba encantada y pensaba para sus adentros: «Ahora seré libre mientras viva». Entonces se presentaron ante ella tres hermanos y le anunciaron que deseaban probar suerte. El mayor creyó que estaría del todo a salvo si se metía en un foso de cal, pero ella lo vio desde la primera ventana, lo hizo salir y le cortó la cabeza. El segundo se escondió en el sótano del palacio, pero también a él lo distinguió desde la primera ventana, y su suerte quedó sellada. Su cabeza fue colocada en el nonagésimo noveno poste. Entonces el menor se acercó a ella y le suplicó que le concediera un día para pensarlo, y que tuviera además la gracia de perdonarlo si acaso llegaba a descubrirlo dos veces, pero que, si fallaba la tercera, daría su vida por perdida. Como era tan apuesto y suplicó con tanto empeño, ella dijo:

—Sí, te lo concedo, pero no lo lograrás.

Al día siguiente estuvo largo rato cavilando cómo esconderse, mas todo en vano. Entonces tomó su escopeta y salió de caza. Vio

un cuervo, le apuntó bien y se disponía a disparar cuando el ave gritó:

—No dispaes, que sabré recompensarte.

Bajó la escopeta, siguió adelante y llegó a un lago, donde sorprendió a un gran pez que había subido de las profundidades a la superficie del agua. Cuando le hubo apuntado, el pez gritó:

—No dispaes, que sabré recompensarte.

Lo dejó volver a sumergirse, siguió su camino y se topó con un zorro que estaba cojo. Disparó y erró el tiro, y el zorro gritó:

—Más te valdría venir aquí y sacarme la espina de la pata.

Así lo hizo; pero entonces quiso matar al zorro y desollarlo, y el zorro dijo:

—Detente, que sabré recompensarte.

El joven lo dejó ir y, como ya anocheecía, regresó a casa.

Al día siguiente debía esconderse; pero por más que se devanaba los sesos, no sabía dónde. Se internó en el bosque en busca del cuervo y le dijo:

—Te dejé vivir, así que dime ahora dónde he de esconderme, para que la hija del rey no me vea.

El cuervo agachó la cabeza y lo estuvo meditando largo rato. Al fin graznó:

—¡Ya lo tengo!

Sacó un huevo de su nido, lo cortó en dos partes, encerró al joven dentro y luego volvió a dejarlo entero y se sentó encima. Cuando la hija del rey se asomó a la primera ventana, no pudo descubrirlo, ni tampoco por las demás, y empezó a inquietarse, pero desde la undécima lo vio. Ordenó que mataran al cuervo de un tiro, que trajeran el huevo y lo rompieran, y el joven se vio obligado a salir. Ella dijo:

—Por esta vez quedas disculpado, pero, si no lo haces mejor que esto, ¡estás perdido!

Al día siguiente fue al lago, llamó al pez y le dijo:

—Te permití vivir; dime ahora dónde esconderme para que la hija del rey no me vea.

El pez lo pensó un rato y al fin exclamó:

—¡Ya lo tengo! Te encerraré en mi vientre.

Lo tragó y bajó al fondo del lago. La hija del rey miró por sus ventanas, y ni siquiera desde la undécima lo vio, y se alarmó; pero al fin, desde la duodécima, lo divisó. Ordenó que atraparan al pez y lo mataran, y entonces apareció el joven. Cualquiera puede imaginar el estado en que se hallaba. Ella dijo:

—Dos veces te he perdonado, pero ten por seguro que tu cabeza acabará en el centésimo poste.

El último día se fue con el corazón apesadumbrado a los campos y se encontró con el zorro.

—Tú que sabes hallar toda clase de escondrijos —le dijo—, yo te dejé vivir; aconséjame ahora dónde esconderme para que la hija del rey no me descubra.

—Esa es una tarea difícil —respondió el zorro, con aire muy pensativo.

Al fin exclamó:

—¡Ya lo tengo! —y lo llevó a un manantial, se zambulló en él y salió convertido en un tratante del mercado, comerciante de animales. El joven tuvo que sumergirse también en el agua, y quedó transformado en una pequeña liebre de mar^[29]. El mercader entró en la ciudad y mostró el bonito animalito, y muchas personas se congregaron para verlo. Al fin llegó también la hija del rey y, como le gustó mucho, lo compró y le dio al mercader una buena suma de dinero por él. Antes de entregárselo, el mercader le dijo al animalito:

—Cuando la hija del rey se asome a la ventana, deslízate deprisa bajo las trenzas de su cabello.

Y llegó entonces el momento en que ella debía buscarlo. Se fue asomando a una ventana tras otra, de la primera a la undécima, y no lo vio. Cuando tampoco lo vio desde la duodécima, se llenó de angustia y de ira, y la cerró de golpe con tal violencia que los vidrios de todas las ventanas se hicieron mil pedazos y el castillo entero se estremeció.

Volvió sobre sus pasos y palpó la liebre de mar bajo las trenzas de su cabello. La agarró entonces y la arrojó al suelo, exclamando:

—¡Fuera de aquí, quítate de mi vista!

La liebre corrió hacia el mercader, y ambos se apresuraron al manantial, donde se zambulleron y recobraron sus verdaderas formas. El joven le dio las gracias al zorro y le dijo:

—El cuervo y el pez son unos idiotas comparados contigo; tú sabes cuál es la melodía justa que hay que tocar, ideo no se puede negar!

El joven fue derecho al palacio. La princesa ya lo estaba esperando y se resignó a su destino. Se celebró la boda, y ahora era él rey y señor de todo el reino. Nunca le dijo dónde se había ocultado la tercera vez, ni quién lo había ayudado, de modo que ella creyó que todo lo había hecho por su propia habilidad, y le tuvo un gran respeto, pues pensaba para sus adentros: «Es capaz de más que yo».

La reina de las abejas

Dos hijos de un rey salieron un día en busca de aventuras y cayeron en una vida tan desordenada y disipada que jamás volvieron a casa. El menor, al que llamaban el Tonto^[30], partió a buscar a sus hermanos, pero cuando por fin dio con ellos, se burlaron de él por creer que con su simpleza sabría abrirse camino en el mundo, cuando ellos dos, siendo tanto más listos, no lo habían logrado. Los tres viajaron juntos y llegaron a un hormiguero. Los dos mayores querían destruirlo, para ver a las hormiguitas correr aterradas de un lado a otro y llevarse sus huevos, pero el Tonto dijo:

—Dejen en paz a estas criaturas; no permitiré que las molesten.

Luego siguieron adelante y llegaron a un lago en el que nadaban muchísimos patos. Los dos hermanos querían atrapar un par y asarlos, pero el Tonto no lo consintió y dijo:

—Dejen en paz a estas criaturas; no toleraré que las maten.

Al cabo llegaron a un panal de abejas en el que había tanta miel que rebosaba por el tronco del árbol donde estaba. Los dos querían encender una hoguera bajo el árbol y ahogar a las abejas con el humo para robarles la miel, pero el Tonto los detuvo de nuevo y dijo:

—Dejen en paz a estas criaturas; no permitiré que las quemen.

Por fin, los tres hermanos llegaron a un castillo en cuyos establos había caballos de piedra, y no se veía a un solo ser humano. Recorrieron todas las salas hasta que, en el mismísimo extremo, dieron con una puerta que tenía tres cerraduras. En medio de la puerta, sin embargo, había un ventanillo por el que se veía el interior del aposento. Allí divisaron a un hombrecito gris sentado a una mesa. Lo llamaron una vez, dos veces, pero no los oía; al fin lo llamaron por tercera vez, y entonces se levantó, abrió las cerraduras y salió. No dijo nada, sin embargo, sino que los condujo a una mesa espléndidamente servida, y cuando hubieron comido y bebido, llevó a cada uno a un dormitorio.

A la mañana siguiente, el hombrecito gris se acercó al mayor, le hizo una seña y lo llevó ante una mesa de piedra en la que estaban

grabadas tres tareas cuyo cumplimiento liberaría al castillo. La primera era que en el bosque, bajo el musgo, yacían las perlas de la princesa, mil en total, que había que recoger; y si al ponerse el sol faltaba una sola perla, quien las hubiera buscado quedaría convertido en piedra. El mayor fue allá y buscó todo el día, pero al llegar el ocaso sólo había encontrado cien, y se cumplió lo que estaba escrito en la mesa: quedó convertido en piedra. Al día siguiente, el segundo hermano emprendió la aventura; mas no le fue mucho mejor que al mayor: no halló más de doscientas perlas, y también quedó convertido en piedra. Por último le llegó el turno al Tonto, que se puso a buscar en el musgo. Pero era tan difícil hallar las perlas y avanzaba tan despacio que se sentó en una piedra y se echó a llorar. Y mientras estaba allí sentado, el rey de las hormigas, cuya vida en otro tiempo le había salvado, llegó con cinco mil hormigas, y al poco rato las pequeñas criaturas habían reunido todas las perlas y las habían apilado en un montón.

La segunda tarea, sin embargo, consistía en sacar del lago la llave del dormitorio de la hija del rey. Cuando el Tonto llegó al lago, los patos a los que había salvado nadaron hacia él, se zambulleron y sacaron la llave del agua.

Pero la tercera tarea era la más difícil: de entre las tres hijas del rey, que dormían, había que descubrir cuál era la menor y la más querida. Se parecían, no obstante, exactamente unas a otras, y sólo podían distinguirse porque habían comido distintos dulces antes de dormirse: la mayor, un terrón de azúcar; la segunda, un poco de jarabe; y la menor, una cucharada de miel. Entonces la reina de las abejas, a las que el Tonto había protegido del fuego, vino y probó los labios de las tres, y al fin se posó en la boca que había comido miel, y así el hijo del rey reconoció a la princesa verdadera. Con eso se rompió el hechizo: todo despertó de su sueño, y quienes habían sido convertidos en piedra recobraron su forma natural. El Tonto se casó con la princesa menor y más dulce, y tras la muerte del padre de ella llegó a ser rey, y sus dos hermanos recibieron a las otras dos hermanas.

Los tres pajarillos

Hace unos mil años o más había en esta tierra sólo reyezuelos, y uno de ellos, que vivía en el Keuterberg, era muy aficionado a la caza. En cierta ocasión, saliendo de su castillo con sus monteros, tres muchachas cuidaban sus vacas en la montaña, y al ver al rey con todo su séquito, la mayor lo señaló y les gritó a las otras dos:

—Si no consigo a ese, no querré a ninguno.

Entonces la segunda respondió desde el otro lado de la colina, señalando al que iba a la derecha del rey:

—¡Eh! ¡Eh! Si no lo consigo a él, no querré a nadie.

Estos, sin embargo, eran los dos ministros. El rey lo oyó todo, y cuando volvió de la cacería mandó traer a las tres muchachas y les preguntó qué habían dicho el día anterior en la montaña. Ellas no quisieron decírselo, de modo que el rey preguntó a la mayor si de veras lo tomaría por esposo. Entonces ella dijo «sí», y los dos ministros se casaron con las dos hermanas, pues las tres eran hermosas y de bello rostro, en especial la reina, que tenía el cabello como el lino. Pero las dos hermanas no tenían hijos, y una vez, cuando el rey se vio obligado a partir de casa, las invitó a acompañar a la reina para alegrarla, pues estaba a punto de dar a luz. Tuvo un niño que trajo al mundo consigo una brillante estrella roja. Entonces las dos hermanas se dijeron entre sí que arrojarían al agua al hermoso niño. Cuando lo hubieron arrojado (creo que fue al Weser^[31]), un pajarillo se elevó por el aire cantando:

Hacia la muerte vas llevado, hasta que Dios diga su palabra. En la blanca flor del lirio, bravo niño, está tu tumba.

Cuando las dos oyeron aquello, se asustaron de muerte y huyeron a toda prisa. Cuando el rey volvió a casa, le dijeron que la reina había parido un perro. Entonces el rey dijo:

—¡Lo que Dios hace, bien hecho está!

Pero un pescador que vivía junto al agua sacó de nuevo al niño, todavía vivo, y como su mujer no tenía hijos, lo criaron. Pasado un año, el rey volvió a marcharse, y la reina tuvo otro niño, al que las

falsas hermanas igualmente tomaron y arrojaron al agua. Entonces se elevó de nuevo un pajarillo y cantó:

Hacia la muerte vas llevado, hasta que Dios diga su palabra. En la blanca flor del lirio, bravo niño, está tu tumba.

Y cuando el rey regresó, le dijeron que la reina había dado a luz una vez más un perro, y él volvió a decir:

—Lo que Dios hace, bien hecho está.

El pescador, sin embargo, sacó también a este del agua y lo crió.

Entonces el rey partió de viaje otra vez, y la reina tuvo una niña, a la que también las falsas hermanas arrojaron al agua. Entonces de nuevo un pajarillo se elevó a lo alto y cantó:

Hacia la muerte vas llevada, hasta que Dios diga su palabra. En la blanca flor del lirio, linda niña, está tu tumba.

Y cuando el rey volvió a casa, le dijeron que la reina había parido una gata. Entonces el rey se enfureció y ordenó que arrojaran a su mujer a la prisión, y allí quedó encerrada durante muchos y largos años.

Entretanto, los niños habían crecido. Un día el mayor salió con otros muchachos a pescar, pero los demás no lo querían con ellos, y le decían:

—Vete de aquí, expósito.

Ante esto quedó muy afligido, y preguntó al viejo pescador si aquello era verdad. El pescador le contó que una vez, pescando, lo había sacado del agua. Así que el muchacho dijo que se marcharía a buscar a su padre. El pescador, sin embargo, le rogó que se quedara, pero él no se dejó detener, y al fin el pescador consintió. Entonces el muchacho se puso en camino y anduvo muchos días, hasta que llegó a una gran extensión de agua junto a la cual estaba pescando una vieja.

—Buenos días, madre —dijo el muchacho.

—Muchas gracias —dijo ella.

—Largo tiempo has de pescar antes de que pesques algo.

—Y largo tiempo has de buscar antes de que encuentres a tu padre. ¿Cómo cruzarás el agua? —dijo la mujer.

—Dios sabe.

Entonces la vieja lo cargó sobre su espalda y lo llevó a través del agua, y él buscó largo tiempo, pero no pudo hallar a su padre.

Pasado un año, el segundo muchacho salió a buscar a su hermano. Llegó al agua, y todo le sucedió igual que a su hermano. Y entonces no quedaba nadie en casa más que la hija, que tanto lloraba por sus hermanos que al fin también le rogó al pescador que la dejara partir, pues deseaba ir en busca de sus hermanos. Entonces también ella llegó a la gran extensión de agua, y le dijo a la vieja:

—Buenos días, madre.

—Muchas gracias —respondió la vieja.

—Que Dios la ayude en su pesca —dijo la muchacha. Cuando la vieja oyó aquello, se volvió muy amable, y la llevó al otro lado del agua, le dio una varita y le dijo—: Ve, hija mía, siempre adelante por este camino, y cuando llegues junto a un gran perro negro, has de pasar en silencio y con audacia, sin reírte ni mirarlo. Luego llegarás a un castillo grande y alto, en cuyo umbral has de dejar caer la varita, y atravesarás el castillo de parte a parte, saliendo por el otro lado. Allí verás una vieja fuente de la que ha crecido un gran árbol, en el que cuelga un pájaro en una jaula que debes bajar. Toma también un vaso de agua de la fuente, y con estas dos cosas vuelve por el mismo camino. Recoge de nuevo la varita del umbral y llévala contigo, y cuando pases otra vez junto al perro, golpéalo en la cara con ella, pero cuida de acertarle, y luego regresa aquí, a mí.

La muchacha halló todo exactamente como la vieja había dicho, y en su camino de vuelta encontró a sus dos hermanos, que se habían buscado el uno al otro por medio mundo. Fueron juntos al lugar donde el perro negro yacía en el camino; ella lo golpeó en la cara, y este se transformó en un apuesto príncipe que los acompañó hasta el río. Allí seguía la vieja de pie. Se alegró mucho de volver a verlos, y los llevó a todos al otro lado del agua, y luego también ella se marchó, pues ahora estaba libre. Los demás, sin embargo, fueron adonde el viejo pescador, y todos se alegraron de haberse reencontrado, pero colgaron el pájaro en la pared.

Mas el segundo hijo no lograba quedarse quieto en casa, y tomó su ballesta y salió de caza. Cuando se cansó, tomó su flauta e hizo

música. El rey también estaba de caza, lo oyó y se dirigió hacia allí, y cuando se encontró con el joven, le dijo:

—¿Quién te ha dado permiso para cazar aquí?

—Oh, nadie.

—¿A quién perteneces, entonces?

—Soy el hijo del pescador.

—Pero él no tiene hijos.

—Si no quieres creerlo, ven conmigo.

Así lo hizo el rey, e interrogó al pescador, que se lo contó todo, y el pajarillo de la pared se puso a cantar:

La madre a solas está allá en la angosta prisión. Oh rey de sangre real, estos tus hijos son. Las dos hermanas tan falsas hicieron a los niños mal: allá en las aguas profundas, por donde los pescadores van.

Entonces todos quedaron aterrados, y el rey se llevó consigo al castillo al pájaro, al pescador y a los tres niños, y mandó abrir la prisión y sacar de nuevo a su mujer. Ella, sin embargo, se había puesto muy enferma y débil. Entonces la hija le dio a beber un poco del agua de la fuente, y se volvió fuerte y sana. Pero las dos falsas hermanas fueron quemadas, y la hija se casó con el príncipe.

Los hijos de oro

Había una vez un hombre pobre y una mujer pobre que no tenían más que una humilde choza, y que se ganaban el pan pescando, y siempre vivían al día. Pero sucedió un día que, estando el hombre sentado a la orilla del agua y echando su red, sacó un pez todo de oro. Mientras contemplaba el pez, lleno de asombro, este empezó a hablar y dijo:

—Escucha, pescador, si me devuelves al agua, convertiré tu humilde cabaña en un espléndido castillo.

—Entonces el pescador respondió:

—¿De qué me sirve un castillo si no tengo nada que comer?

—El pez de oro prosiguió:

—De eso también se ocupará; habrá en el castillo una alacena que, cuando la abras, tendrá dentro platos de los manjares más delicados, y tantos como puedas desear.

—Si eso es verdad —dijo el hombre—, entonces bien puedo hacerte el favor.

—Sí —dijo el pez—, pero con la condición de que no reveles a nadie en el mundo, quienquiera que sea, de dónde te ha venido tu buena fortuna; si dices una sola palabra, todo se habrá acabado.

—Entonces el hombre arrojó de nuevo al agua el maravilloso pez, y se fue a casa. Pero donde antes se alzaba su choza, se alzaba ahora un gran castillo. Abrió los ojos de par en par, entró, y vio a su mujer vestida con hermosas ropas, sentada en un salón espléndido, y estaba muy contenta, y dijo:

—Marido, ¿cómo ha sucedido todo esto? Me viene muy bien.

—Sí —dijo el hombre—, a mí también me viene bien, pero tengo un hambre espantosa; dame algo de comer.

—Dijo la mujer:

—Pero si no tengo nada, y no sé dónde encontrar nada en esta casa nueva.

—No hace falta que lo sepas —dijo el hombre—, porque veo allá una gran alacena; ábrela nomás.

—Cuando la abrió, había pasteles, carne, fruta, vino, todo un panorama espléndido.

Entonces la mujer exclamó alegremente:

—¿Qué más puedes querer, querido mío? —y se sentaron, y comieron y bebieron juntos. Cuando se hubieron saciado, la mujer dijo:

—Pero, marido, ¿de dónde vienen todas estas riquezas?

—Ay —respondió él—, no me preguntes por eso, porque no me atrevo a contarte nada; si se lo revelo a alguien, toda nuestra buena fortuna volará.

—Muy bien —dijo ella—, si no debo saber nada, entonces no quiero saber nada.

—Sin embargo, no lo decía en serio; no descansó ni de día ni de noche, y aguijoneó a su marido hasta que este, en su impaciencia, reveló que todo se debía a un maravilloso pez de oro que había pescado, y al que a cambio había dado la libertad. Y en cuanto el secreto salió a la luz, el espléndido castillo con la alacena desapareció al instante, se hallaron de nuevo en la vieja choza del pescador, y el hombre se vio obligado a volver a su antiguo oficio y a pescar. Pero la fortuna quiso que sacara una vez más el pez de oro.

—Escucha —dijo el pez—, si me devuelves al agua, volveré a darte el castillo con la alacena llena de carnes asadas y hervidas; sólo sé firme, y por tu vida no reveles de quién lo tienes, io volverás a perderlo todo!

—Tendré mucho cuidado —respondió el pescador, y arrojó el pez de nuevo al agua. Ya en casa, todo estaba otra vez en su antigua magnificencia, y la mujer se llenó de dicha por su buena fortuna, pero la curiosidad no le daba paz, de modo que al cabo de un par de días empezó a preguntar de nuevo cómo había sucedido, y cómo se las había arreglado él para conseguirlo. El hombre calló un rato, pero al final ella lo hizo enojar tanto que estalló, y traicionó el secreto. En un instante el castillo desapareció, y estaban de vuelta en su vieja choza.

—Ahora ya tienes lo que querías —dijo él—; y podemos roer un hueso pelado otra vez.

—Ay —dijo la mujer—, prefiero no tener riquezas si no he de saber de quién vienen, porque entonces no tengo paz.

El hombre volvió a pescar, y al cabo de un tiempo dio la casualidad de que sacó el pez de oro por tercera vez.

—Escucha —dijo el pez—, ya veo bien que estoy destinado a caer en tus manos; llévame a casa y córtame en seis pedazos; dale dos a tu mujer para que los coma, dale dos a tu caballo y entierra dos en la tierra, y entonces te traerán una bendición.

—El pescador se llevó el pez a casa e hizo como este le había mandado. Sucedió, sin embargo, que de los dos pedazos enterrados en la tierra brotaron dos lirios de oro, que la yegua tuvo dos potros de oro, y que la mujer del pescador dio a luz dos hijos hechos enteramente de oro. Los niños crecieron, se volvieron altos y hermosos, y los lirios y los caballos crecieron también. Entonces dijeron:

—Padre, queremos montar nuestros corceles de oro y salir a recorrer el mundo.

—Pero él respondió con tristeza:

—¿Cómo lo soportaré si se van y no sé qué será de ustedes?

—Entonces dijeron:

—Los dos lirios de oro se quedan aquí. Por ellos podrás ver cómo nos va; si están frescos, es que estamos sanos; si están marchitos, es que estamos enfermos; si perecen, es que estamos muertos.

—Así partieron a caballo y llegaron a una posada en la que había mucha gente, y cuando esta reparó en los hijos de oro empezó a reír y a burlarse. Cuando uno de ellos oyó las burlas, se sintió avergonzado y no quiso salir a recorrer el mundo, sino que se volvió y regresó a casa con su padre. Pero el otro siguió cabalgando y llegó a un gran bosque. Cuando estaba a punto de entrar en él, la gente le dijo:

—No es seguro que cabalgues por ahí; el bosque está lleno de bandidos que te tratarían mal. Te irá mal, y cuando vean que eres todo de oro, y tu caballo también, seguro que te matarán.

Pero él no se dejó atemorizar, y dijo:

—Tengo que cabalgar a través de él, y lo haré.

—Entonces tomó unas pieles de oso y se cubrió a sí mismo y a su caballo con ellas, de modo que el oro dejó de verse, y cabalgó sin miedo dentro del bosque. Cuando hubo avanzado un poco, oyó un crujido entre los arbustos, y oyó voces que hablaban entre sí. De un lado venían gritos de «¡Ahí hay uno!», pero del otro: «Déjalo ir, es un pobre diablo, tan pobre y desnudo como un ratón de iglesia^[32]; ¿qué íbamos a sacarle?».

Así el hijo de oro cabalgó alegremente por el bosque, y ningún mal le sobrevino. Un día entró en una aldea donde vio a una doncella tan hermosa que no creía que existiera en el mundo otra más hermosa que ella. Y como se apoderó de él un amor tan poderoso, se acercó a ella y le dijo:

—Te amo con todo mi corazón, ¿quieres ser mi esposa?

—También él le gustó tanto a la doncella que ella accedió y dijo:

—Sí, seré tu esposa y te seré fiel toda mi vida.

—Entonces se casaron, y justo cuando estaban en plena felicidad, llegó a casa el padre de la novia, y cuando vio que se celebraba la boda de su hija, se asombró y dijo:

—¿Dónde está el novio?

—Le mostraron al hijo de oro, que, sin embargo, aún llevaba puestas sus pieles de oso. Entonces el padre dijo con ira:

—¡Un vagabundo jamás tendrá a mi hija! —y estuvo a punto de matarlo. Entonces la novia suplicó cuanto pudo, y dijo:

—Es mi esposo, ¡y lo amo con todo mi corazón! —hasta que al fin él se dejó apaciguar. No obstante, la idea no lo abandonaba, de modo que a la mañana siguiente se levantó temprano, deseando ver si el marido de su hija era un mendigo común y andrajoso. Pero cuando se asomó, vio en la cama a un magnífico hombre de oro, y las pieles de oso descartadas tiradas en el suelo. Entonces se retiró y pensó: «¡Qué buena cosa que refrené mi cólera! Habría cometido un gran crimen». Pero el hijo de oro soñó que cabalgaba a la caza de un espléndido ciervo, y cuando despertó por la mañana, le dijo a su mujer:

—Tengo que salir de caza.

—Ella se inquietó, y le rogó que se quedara allí, y dijo:

—Con facilidad podrías toparte con una gran desgracia —pero él respondió:

—Tengo que ir, y lo haré.

Con esto se levantó y cabalgó hasta el bosque, y no tardó mucho en cruzarse en su camino un hermoso ciervo, exactamente como en su sueño. Apuntó y estaba a punto de dispararle cuando el ciervo echó a correr. Lo persiguió por encima de setos y zanjas durante todo el día sin sentir cansancio, pero al anochecer el ciervo se desvaneció ante sus ojos, y cuando el hijo de oro miró en torno suyo, se encontró de pie frente a una casita en la que vivía una bruja. Llamó, y una viejecita salió y le preguntó:

—¿Qué haces tan tarde en medio de este gran bosque?

—¿No has visto un ciervo?

—Sí —respondió ella—, conozco bien a ese ciervo —y en ese momento un perrito que había salido de la casa con ella le ladró al hombre con furia.

—¿Te callarás, odioso sapo —dijo él—, o te mataré de un tiro?

—Entonces la bruja gritó enfurecida:

—¡Cómo! ¿vas a matar a mi perrito? —y al instante lo transformó, de modo que quedó tendido como una piedra, y su novia lo aguardó en vano y pensó: «¡Aquello que tanto temía, lo que tanto me pesaba en el corazón, le ha sucedido!». Pero allá en casa el otro hermano estaba de pie junto a los lirios de oro cuando de pronto uno de ellos se inclinó marchito.

—¡Cielo santo! —dijo—, mi hermano ha sufrido una gran desgracia! Tengo que partir a ver si puedo rescatarlo.

—Entonces el padre dijo:

—Quédate aquí; si te pierdo a ti también, ¿qué haré?

—Pero él respondió:

—¡Tengo que partir, y lo haré!

Entonces montó su caballo de oro, y cabalgó y entró en el gran bosque, donde su hermano yacía convertido en piedra. La vieja bruja salió de su casa y lo llamó, deseando atraparlo a él también, pero él no se acercó a ella, y dijo:

—Te dispararé si no le devuelves la vida a mi hermano.

—Ella tocó la piedra, aunque de muy mala gana, con el dedo índice, y él quedó al instante restituido a su forma humana. Y los dos hijos de oro se alegraron cuando se vieron de nuevo, se besaron y se abrazaron, y se alejaron juntos a caballo fuera del bosque, el uno a casa con su novia, y el otro donde su padre. El padre dijo entonces:

—Bien sabía yo que habías rescatado a tu hermano, porque el lirio de oro de pronto se irguió y volvió a florecer.

—Y vivieron felices, y todo les fue próspero hasta su muerte.

El rey de la montaña de oro

Había una vez un comerciante que tenía dos hijos, un niño y una niña; ambos eran pequeños todavía y no sabían andar. Dos naves suyas, cargadas de riquezas, zarparon al mar llevando toda su fortuna a bordo, y justo cuando esperaba ganar mucho dinero con ellas, le llegó la noticia de que se habían ido a pique, y ahora, en vez de ser un hombre rico, era pobre, y no le quedaba más que un campo en las afueras de la ciudad. Para apartar un poco su desgracia de sus pensamientos, salió a aquel campo, y mientras caminaba de un lado a otro por él, un hombrecito negro apareció de pronto a su lado y le preguntó por qué estaba tan triste y qué era lo que tanto lo apesadumbraba. Entonces dijo el comerciante:

—Si pudieras ayudarme, con gusto te lo diría.

—¿Quién sabe? —respondió el enano negro—. Tal vez pueda ayudarte. Entonces el comerciante le contó que todo cuanto poseía se había hundido en el fondo del mar, y que no le quedaba más que ese campo.

—No te apures —dijo el enano—. Si me prometes darme lo primero que se te restriegue contra la pierna cuando estés de vuelta en tu casa, y traerlo aquí, a este mismo lugar, dentro de doce años, tendrás cuanto dinero quieras. El comerciante pensó: «¿Qué puede ser eso sino mi perro?», y no se acordó de su niño; así que dijo que sí, le entregó al hombre negro una promesa escrita y sellada, y se fue a su casa.

Cuando llegó a su casa, su niño se puso tan contento que, agarrándose de un banco, se tambaleó hasta él y lo asió con fuerza por las piernas. El padre se estremeció, pues se acordó de su promesa y comprendió lo que se había comprometido a hacer; sin embargo, como todavía no hallaba dinero alguno en su arca, pensó que el enano no había hecho más que bromear. Un mes después subió al desván, con la intención de juntar unos trastos viejos de estaño y venderlos, y vio un gran montón de dinero. Entonces volvió a ser feliz, hizo compras, se convirtió en un comerciante más rico que antes y sintió que este mundo estaba bien gobernado.

Entretanto, el muchacho creció alto y, al mismo tiempo, avisado y listo. Pero cuanto más se acercaba el año duodécimo, más angustiado se ponía el comerciante, de suerte que la aflicción podía leerse en su rostro. Un día su hijo le preguntó qué le pasaba, pero el padre no quiso decirlo. El muchacho, sin embargo, insistió tanto que al fin le contó que, sin darse cuenta de lo que hacía, lo había prometido a un enano negro, y había recibido mucho dinero por ello. Le dijo asimismo que había puesto su firma y su sello en aquello, y que ahora, transcurridos los doce años, tendría que entregarlo. Entonces dijo el hijo:

—Ay, padre, no te apures, todo saldrá bien. El hombre negro no tiene poder sobre mí. El hijo se hizo bendecir por el sacerdote, y cuando llegó el momento, padre e hijo fueron juntos al campo, y el hijo trazó un círculo y se colocó dentro de él con su padre. Entonces vino el enano negro y le dijo al viejo:

—¿Has traído contigo lo que me prometiste? Él calló, pero el hijo preguntó:

—¿Qué buscas aquí? Entonces dijo el enano negro:

—Tengo que hablar con tu padre, no contigo. El hijo respondió:

—Has engañado y embaucado a mi padre; devuelve el escrito.

—No —dijo el enano negro—, no renunciaré a mis derechos. Hablaron largamente después de esto, pero al fin acordaron que el hijo, ya que no pertenecía al enemigo del género humano^[33] ni tampoco a su padre, se sentara en una barquilla que quedaría sobre agua que se alejara corriente abajo, y que el padre la empujaría con su propio pie, y entonces el hijo quedaría entregado al agua. Así pues, se despidió de su padre, se colocó en una barquilla, y el padre tuvo que empujarla con su propio pie. La barca volcó, de modo que la quilla quedó hacia arriba, y el padre creyó que su hijo se había perdido, y se fue a su casa y lo lloró.

La barca, sin embargo, no se hundió, sino que se alejó flotando con calma, y el muchacho iba sentado a salvo dentro de ella, y así flotó largo tiempo, hasta que al fin se detuvo junto a una orilla desconocida. Entonces desembarcó y vio ante sí un hermoso castillo, y se encaminó hacia él. Pero al entrar descubrió que estaba

encantado. Recorrió todas las salas, y todas estaban vacías, hasta que llegó a la última, donde una culebra yacía enroscada en un anillo. La culebra, sin embargo, era una doncella encantada, que se alegró de verlo y dijo:

—¿Has venido, oh salvador mío? Doce años llevo ya esperándote; este reino está encantado, y tú debes liberarlo.

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó él.

—Esta noche vendrán doce hombres negros, cubiertos de cadenas, que te preguntarán qué haces aquí; guarda silencio; no les respondas nada, y deja que hagan contigo lo que quieran; te atormentarán, te golpearán, te apuñalarán; deja que todo pase, sólo no hables; a las doce en punto tendrán que marcharse otra vez. La segunda noche vendrán otros doce; la tercera, veinticuatro, que te cortarán la cabeza, pero a las doce en punto su poder se habrá acabado, y entonces, si lo has soportado todo y no has pronunciado la menor palabra, yo quedaré liberada. Vendré a ti y traeré, en una botella, un poco del agua de la vida. Te frotaré con ella, y entonces volverás a la vida y estarás tan sano como antes. Entonces dijo él:

—Con gusto te liberaré. Y todo sucedió tal como ella lo había dicho; los hombres negros no pudieron arrancarle una sola palabra, y a la tercera noche la culebra se convirtió en una hermosa princesa, que vino con el agua de la vida y lo devolvió a la vida. Entonces ella se arrojó en sus brazos y lo besó, y hubo alegría y regocijo en todo el castillo. Después de esto se celebró su boda, y él fue rey de la montaña de oro.

Vivieron muy felices juntos, y la reina dio a luz un hermoso niño. Habían pasado ya ocho años cuando el rey se acordó de su padre; se le conmovió el corazón y deseó visitarlo. La reina, sin embargo, no quería dejarlo partir, y dijo:

—Sé de antemano que esto me traerá la desgracia. Pero él no le dio reposo hasta que ella consintió. Al separarse, ella le dio un anillo de los deseos y le dijo:

—Toma este anillo y pónelo en el dedo, y así al instante serás transportado adondequiera que quieras estar; sólo debes prometerme que no lo usarás para desear que yo me aleje de este lugar y esté con tu padre. Se lo prometió, se puso el anillo en el

dedo y deseó estar en su tierra, justo a las afueras de la ciudad donde vivía su padre. Al momento se halló allí, y se dirigió a la ciudad; pero cuando llegó a la puerta, los centinelas no lo dejaron entrar, porque vestía ropas tan extrañas y a la vez tan ricas y magníficas. Entonces fue a una colina donde un pastor cuidaba sus ovejas, cambió de ropa con él, se puso su viejo capote de pastor y entró en la ciudad sin estorbo. Cuando llegó ante su padre, se dio a conocer, pero este no creyó en absoluto que el pastor fuese su hijo, y dijo que en verdad había tenido un hijo, pero que había muerto hacía mucho; sin embargo, como veía que era un pastor pobre y necesitado, le daría algo de comer. Entonces el pastor dijo a sus padres:

—De veras soy su hijo. ¿No conocen alguna marca en mi cuerpo por la que puedan reconocerme?

—Sí —dijo su madre—, nuestro hijo tenía una marca de frambuesa bajo el brazo derecho. Él se echó atrás la camisa, y ellos vieron la frambuesa bajo su brazo derecho, y ya no dudaron de que fuera su hijo. Entonces les contó que era rey de la montaña de oro, que la hija de un rey era su esposa, y que tenían un hermoso hijo de siete años. Entonces dijo el padre:

—Eso sí que no es verdad; ¡vaya rey el que anda por ahí con un capote de pastor hecho jirones! Al oír esto, el hijo montó en cólera y, sin pensar en su promesa, hizo girar su anillo y deseó tener consigo a su mujer y a su hijo. Estuvieron allí en un segundo, pero la reina lloró, y le reprochó, y dijo que había faltado a su palabra y le había acarreado la desgracia. Él dijo:

—Lo he hecho sin pensar, y no con mala intención. Y trató de calmarla, y ella fingió creerlo; pero llevaba la malicia en la mente.

Entonces la sacó de la ciudad al campo y le mostró el arroyo donde la barquilla había sido empujada, y luego dijo:

—Estoy cansado; siéntate, dormiré un rato en tu regazo. Y apoyó la cabeza en su regazo y se quedó dormido. Cuando estuvo dormido, ella le sacó primero el anillo del dedo, luego retiró el pie que él tenía debajo, dejando atrás sólo la pantufla, y tomó a su hijo en brazos y deseó volver a su propio reino. Cuando él despertó, allí quedó del todo abandonado, y su mujer y su hijo se habían ido, y también el

anillo de su dedo; sólo la pantufla seguía allí como señal. «A tus padres no puedes volver —pensó—, dirían que eres un brujo; debes marcharte y caminar hasta llegar a tu propio reino.» Así que se fue y llegó al cabo a una colina junto a la cual había tres gigantes de pie, disputando entre sí porque no sabían cómo repartir la herencia de su padre. Cuando lo vieron pasar, lo llamaron y le dijeron que los hombres pequeños tenían la mente ágil, y que él debía repartirles su herencia. La herencia, sin embargo, consistía en una espada que tenía la propiedad de que, si alguien la tomaba en su mano y decía «¡Todas las cabezas fuera menos la mía!», toda cabeza caía al suelo; en segundo lugar, en un manto que volvía invisible a quien se lo ponía; en tercer lugar, en un par de botas que podían transportar al que las calzaba, en un instante, a cualquier lugar que deseara. Él dijo:

—Denme las tres cosas, para ver si están todavía en buen estado. Le dieron el manto, y cuando se lo hubo puesto, se volvió invisible y se transformó en mosca. Entonces recobró su propia forma y dijo:

—El manto es bueno; ahora denme la espada. Ellos dijeron:

—No, esa no te la daremos; si dijeras «¡Todas las cabezas fuera menos la mía!», nuestras cabezas caerían todas, y tú solo quedarías con la tuya. No obstante, se la dieron con la condición de que sólo la probara contra un árbol. Así lo hizo, y la espada cortó en dos el tronco de un árbol como si fuera una brizna de paja. Luego quiso tener también las botas, pero ellos dijeron:

—No, esas no te las damos; si las tuvieras en los pies y desearas estar en lo alto de la colina, nosotros quedaríamos aquí abajo sin nada.

—Ah, no —dijo él—, no haré tal cosa. Así que le dieron las botas también. Y ahora, cuando tuvo todas estas cosas, no pensó en otra cosa que en su mujer y su hijo, y dijo, como para sí: «Ay, si estuviera en la montaña de oro», y en ese mismo momento se desvaneció de la vista de los gigantes, y así quedó repartida su herencia. Cuando estuvo cerca de su palacio, oyó ruidos de alegría, y violines, y flautas, y la gente le dijo que su mujer celebraba sus bodas con otro. Entonces montó en cólera y dijo:

—¡Mujer falsa, me traicionó y me abandonó mientras yo dormía! Así que se puso el manto y, sin ser visto por nadie, entró en el palacio. Cuando entró en el comedor, una gran mesa estaba servida con manjares deliciosos, y los invitados comían y bebían, y reían, y bromeaban. Ella estaba sentada en un trono real en medio de ellos, con espléndidas galas y una corona en la cabeza. Él se colocó detrás de ella, y nadie lo vio. Cuando ella se ponía un trozo de carne en el plato, él se lo quitaba y se lo comía, y cuando se servía una copa de vino, él se la quitaba y se la bebía. Ella no dejaba de servirse algo, y sin embargo nunca conseguía nada, pues el plato y la copa desaparecían al instante. Entonces, consternada y avergonzada, se levantó y se fue a su aposento, y lloró, pero él la siguió hasta allí. Ella dijo:

—¿Tiene el diablo poder sobre mí, o es que mi salvador nunca vino? Entonces él la golpeó en la cara y dijo:

—¿Que tu salvador nunca vino? Es él quien te tiene en su poder, traidora. ¿He merecido esto de ti? Entonces se hizo visible, entró en la sala y gritó:

—¡La boda se ha acabado, el verdadero rey ha vuelto! Los reyes, príncipes y consejeros allí reunidos lo ridiculizaron y se burlaron de él, pero él no se molestó en responderles, y dijo:

—¿Se van, o no? Al oír esto, trataron de apresarlos y se echaron sobre ellos, pero él desenvainó su espada y dijo:

—¡Todas las cabezas fuera menos la mía! Y todas las cabezas rodaron por el suelo, y él solo quedó por señor, y rey de la montaña de oro una vez más.

El cuervo

Había una vez una reina que tenía una hijita, tan pequeña todavía que había que llevarla en brazos. Un día la niña se puso caprichosa, y por más que la madre le decía, no había manera de que se estuviera quieta. Entonces la reina perdió la paciencia y, como en ese momento unos cuervos revoloteaban en torno al palacio, abrió la ventana y dijo:

—Ojalá fueras un cuervo y salieras volando, así por fin tendría un poco de paz. Apenas hubo pronunciado estas palabras, la niña quedó convertida en cuervo y voló de sus brazos por la ventana. Voló hasta un bosque oscuro y allí permaneció mucho tiempo, sin que los padres volvieran a saber nada de su hija. Un día pasaba por aquel bosque un hombre que oyó al cuervo graznar, y siguió la voz; y cuando estuvo más cerca, el ave le dijo:

—Soy hija de rey por nacimiento y estoy embrujada, pero tú puedes liberarme.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó él. Ella respondió:

—Adéntrate más en el bosque y encontrarás una casa en la que vive una anciana; te ofrecerá comida y bebida, pero no debes aceptar nada, porque si comes o bebes algo, caerás en un sueño y ya no podrás liberarme. En el jardín, detrás de la casa, hay un gran montón de corteza de curtir; súbete a él y espérame. Durante tres días vendré cada tarde a las dos en un carruaje. El primer día tirarán de él cuatro caballos blancos; luego, cuatro caballos alazanes; y por último, cuatro negros. Pero si no estás despierto, sino dormido, no seré liberada. El hombre prometió hacer todo lo que ella le pedía, pero el cuervo dijo, con un lamento:

—Ay, ya sé que no me liberarás; aceptarás algo de la mujer. Entonces el hombre volvió a prometer que no probaría nada, ni comida ni bebida. Pero cuando entró en la casa, la vieja se le acercó y le dijo:

—Pobre hombre, qué desfallecido estás; ven a reponer fuerzas, come y bebe.

—No —dijo el hombre—, no comeré ni beberé. Ella, sin embargo, no lo dejaba en paz, y le dijo:

—Si no quieres comer, toma al menos un trago del vaso; uno no es nada. Entonces él se dejó convencer y bebió. Poco antes de las dos de la tarde salió al jardín, al montón de corteza, a esperar al cuervo. Y estando allí de pie, de pronto le entró tal cansancio que no pudo resistirlo, y se recostó un momento, aunque estaba decidido a no dormirse. Pero apenas se hubo tendido, se le cerraron los ojos por sí solos, y se durmió tan profundamente que nada en el mundo habría podido despertarlo. A las dos llegó el cuervo tirado por cuatro caballos blancos, pero ya venía sumido en el dolor y decía:

—Sé que está dormido. Y cuando entró en el jardín, allí estaba él, en efecto, tendido y dormido sobre el montón de corteza. Ella bajó del carruaje, se acercó, lo sacudió y lo llamó, pero él no despertó. Al día siguiente, hacia el mediodía, la vieja volvió y le trajo comida y bebida, pero él no quiso tomar nada. Ella, sin embargo, no le dio tregua y lo estuvo insistiendo hasta que por fin volvió a tomar un trago del vaso. Cerca de las dos salió al jardín, al montón de corteza, a esperar al cuervo, pero de repente sintió tal cansancio que las piernas ya no lo sostenían. No pudo evitarlo y tuvo que tenderse, y cayó en un sueño profundo. Cuando el cuervo llegó tirado por cuatro caballos alazanes, ya venía lleno de pesar y dijo:

—Sé que está dormido. Se acercó a él, pero allí estaba, durmiendo, y no había forma de despertarlo. Al otro día, la vieja le preguntó qué significaba aquello. Ni comía ni bebía nada; ¿acaso quería morir? Él respondió:

—No me está permitido comer ni beber, y no lo haré. Pero ella le puso delante un plato con comida y un vaso con vino, y cuando él lo olió no pudo resistirse, y bebió un largo trago. Cuando llegó la hora, salió al jardín, al montón de corteza, a esperar a la hija del rey; pero le entró un cansancio aún mayor que el del día anterior, y se tendió y durmió tan pesadamente como si fuera de piedra. A las dos llegó el cuervo con cuatro caballos negros, y también eran negros el cochero y todo lo demás. Ella venía ya sumida en el más hondo dolor y dijo:

—Sé que está dormido y no puede liberarme. Cuando se acercó a él, allí estaba, profundamente dormido. Lo sacudió y lo llamó, pero no logró despertarlo. Entonces le puso al lado un pan, y después un trozo de carne, y en tercer lugar una botella de vino, y por mucho que él consumiera de todo aquello, nunca menguaría. Después se quitó del dedo un anillo de oro y se lo puso a él en el suyo; en el anillo estaba grabado su nombre. Por último, dejó a su lado una carta en la que había escrito lo que le regalaba y que ninguna de aquellas cosas menguaría jamás; y también decía: «Bien veo que aquí nunca podrás liberarme, pero si todavía estás dispuesto a hacerlo, ven al castillo dorado de Stromberg; está en tu mano, de eso estoy segura». Y cuando le hubo dado todas estas cosas, subió a su carruaje y partió hacia el castillo dorado de Stromberg.

Cuando el hombre despertó y vio que se había dormido, se le encogió el corazón, y dijo:

—Seguro que ha pasado ya, y no la he liberado. Entonces reparó en las cosas que había a su lado y leyó la carta en la que estaba escrito cómo había sucedido todo. Así que se levantó y partió, con intención de llegar al castillo dorado de Stromberg, aunque no sabía dónde estaba. Después de andar mucho tiempo por el mundo, entró en un bosque oscuro y caminó catorce días sin poder hallar la salida. De nuevo se hizo de noche, y estaba tan cansado que se tendió en un matorral y se durmió. Al día siguiente prosiguió su camino, y por la tarde, cuando ya iba a echarse otra vez bajo unos arbustos, oyó tales aullidos y lamentos que no pudo conciliar el sueño. Y a la hora en que la gente enciende las velas, vio una que titilaba a lo lejos, y se levantó y se encaminó hacia ella. Llegó entonces a una casa que parecía muy pequeña, pues delante de ella había un gran gigante de pie. Pensó para sus adentros: «Si entro y el gigante me ve, es muy probable que me cueste la vida».

Al fin se atrevió y entró. Cuando el gigante lo vio, dijo:

—Qué bien que hayas venido, porque hace mucho que no como; ahora mismo te devoraré para mi cena.

—Preferiría que dejaras eso en paz —dijo el hombre—; no me gusta que me coman; pero si tienes ganas de comer, aquí traigo de sobra para saciarte.

—Si eso es cierto —dijo el gigante—, puedes estar tranquilo; sólo iba a devorarte porque no tenía otra cosa. Entonces fueron y se sentaron a la mesa, y el hombre sacó el pan, el vino y la carne que nunca se acababan.

—Esto me agrada mucho —dijo el gigante, y comió hasta hartarse. Luego el hombre le preguntó:

—¿Puedes decirme dónde está el castillo dorado de Stromberg? El gigante dijo:

—Voy a mirar en mi mapa; en él figuran todas las ciudades, aldeas y casas. Sacó el mapa que tenía en la habitación y buscó el castillo, pero no aparecía en él.

—¡No importa! —dijo—, arriba, en mi armario, tengo mapas aún más grandes; miraremos en ellos. Pero tampoco allí hubo suerte. El hombre quería ya seguir su camino, pero el gigante le rogó que esperara unos días más, hasta que volviera su hermano, que había salido a traer provisiones. Cuando el hermano llegó a casa, le preguntaron por el castillo dorado de Stromberg. Él respondió:

—Cuando haya comido y esté satisfecho, miraré en el mapa. Después subió con ellos a su aposento y buscaron en su mapa, pero no lo encontraron. Entonces sacó mapas todavía más antiguos, y no descansaron hasta dar con el castillo dorado de Stromberg, pero estaba a muchos miles de millas de allí.

—¿Y cómo voy a llegar hasta allá? —preguntó el hombre. El gigante dijo:

—Tengo dos horas de tiempo, durante las cuales te llevaré hasta las cercanías, pero después debo estar en casa para amamantar a la criatura que tenemos. Así que el gigante llevó al hombre hasta unas cien leguas del castillo, y le dijo:

—El resto del camino bien puedes hacerlo solo. Y se volvió, pero el hombre siguió andando día y noche, hasta que por fin llegó al castillo dorado de Stromberg. Se alzaba sobre una montaña de cristal^[34], y la doncella embrujada daba vueltas en su carruaje alrededor del castillo y luego entraba en él. Él se alegró al verla y quiso trepar hasta ella, pero, en cuanto lo intentaba, resbalaba una

y otra vez por el cristal. Y al ver que no podía alcanzarla, lo invadió la congoja, y se dijo:

—Me quedaré aquí abajo y la esperaré. Así que se construyó una choza y en ella permaneció un año entero, y cada día veía a la hija del rey pasar allá en lo alto, sin poder nunca llegar hasta ella. Un día vio desde su choza a tres bandidos que se golpeaban unos a otros, y les gritó:

—¡Dios los acompañe! Al oír el grito se detuvieron, pero, como no veían a nadie, volvieron a golpearse, y esta vez de la manera más peligrosa. De modo que gritó otra vez:

—¡Dios los acompañe! De nuevo se detuvieron y miraron alrededor, pero, como no veían a nadie, siguieron golpeándose. Entonces gritó por tercera vez:

—¡Dios los acompañe! —y pensó: «Tengo que ver qué se traen estos tres», y se acercó y les preguntó por qué se golpeaban con tanta furia. Uno de ellos dijo que había encontrado un bastón, y que, cuando golpeaba con él una puerta, esa puerta se abría de golpe. El siguiente dijo que había encontrado un manto, y que, cada vez que se lo ponía, se volvía invisible; pero el tercero dijo que había encontrado un caballo con el que se podía cabalgar a cualquier parte, incluso montaña de cristal arriba. Y ahora no sabían si debían tener aquellas cosas en común o si debían repartírselas. Entonces el hombre dijo:

—Yo les daré algo a cambio de estas tres cosas. Dinero, la verdad, no tengo, pero tengo otras cosas de más valor; sólo que antes debo probar las de ustedes, para ver si han dicho la verdad. Entonces lo montaron en el caballo, le echaron el manto por encima y le pusieron el bastón en la mano, y cuando tuvo todas aquellas cosas ya no pudieron verlo. Así que les dio unos buenos golpes y gritó:

—¡Ahora, vagabundos, tienen lo que se merecen! ¿Están satisfechos? Y cabalgó montaña de cristal arriba, pero cuando llegó ante el castillo, en lo alto, estaba cerrado. Entonces golpeó la puerta con su bastón, y al instante se abrió de golpe. Entró y subió las escaleras hasta llegar a la sala donde estaba sentada la doncella, con una copa de oro llena de vino delante de ella. Ella, sin embargo,

no podía verlo, porque él llevaba el manto puesto. Y cuando llegó junto a ella, se sacó del dedo el anillo que ella le había dado y lo dejó caer en la copa, de modo que resonó. Entonces ella exclamó:

—¡Ese es mi anillo, así que el hombre que ha de liberarme debe de estar aquí! Registraron todo el castillo y no lo encontraron, pues él había salido, se había montado en el caballo y se había quitado el manto. Cuando llegaron a la puerta, lo vieron y prorrumpieron en gritos de alegría. Entonces él bajó del caballo y tomó en sus brazos a la hija del rey; pero ella lo besó y dijo:

—Ahora me has liberado, y mañana celebraremos nuestra boda.

El clavel

Había una vez una reina a quien Dios no había dado hijos. Cada mañana salía al jardín y rogaba al Dios del cielo que le concediera un hijo o una hija. Un día bajó un ángel del cielo y le dijo:

—Ten calma, tendrás un hijo con el poder de desear, de modo que cuanto desee en el mundo, eso tendrá.

Entonces fue a ver al rey y le contó la feliz nueva, y cuando llegó el momento dio a luz un hijo, y el rey se llenó de alegría. Cada mañana iba con el niño al jardín donde se guardaban las fieras, y allí se lavaba en un arroyo cristalino. Ocurrió una vez, cuando el niño era ya algo mayor, que lo tenía en brazos y se quedó dormida. Entonces llegó el viejo cocinero, que sabía que el niño tenía el poder de desear, y lo robó; tomó una gallina, la cortó en pedazos y dejó caer parte de su sangre sobre el delantal de la reina y sobre su vestido. Después se llevó al niño a un lugar secreto, donde una nodriza tuvo que amamantarlo, y corrió a ver al rey y acusó a la reina de haber dejado que las fieras le arrebataran a su hijo. Cuando el rey vio la sangre en el delantal, lo creyó, y montó en tal cólera que ordenó levantar una torre alta, en la que no pudieran verse ni el sol ni la luna, y mandó encerrar en ella a su mujer y tapiarla. Allí debía permanecer siete años sin comida ni bebida, y morir de hambre. Pero Dios envió del cielo dos ángeles en forma de palomas blancas, que volaban hasta ella dos veces al día y le llevaban alimento hasta que pasaron los siete años.

El cocinero, sin embargo, pensó para sus adentros: «Si el niño tiene el poder de desear y yo estoy aquí, muy fácilmente podría meterme en un aprieto». Así que dejó el palacio y fue a ver al muchacho, que ya tenía edad para hablar, y le dijo:

—Desea para ti un hermoso palacio con un jardín, y todo lo demás que le corresponde.

Apenas salieron las palabras de la boca del muchacho, allí estaba cuanto había deseado. Al cabo de un tiempo el cocinero le dijo:

—No es bueno que estés tan solo; desea una muchacha bonita que te haga compañía.

Entonces el hijo del rey la deseó, y al instante ella se plantó ante él, más hermosa de lo que pintor alguno hubiera podido pintarla. Los dos jugaban juntos y se amaban con todo el corazón, y el viejo cocinero salía de caza como un noble. Se le ocurrió, no obstante, que el hijo del rey podría desear algún día estar con su padre, y ponerlo así en gran peligro. De modo que salió, llevó aparte a la doncella y le dijo:

—Esta noche, cuando el muchacho esté dormido, ve a su lecho y hunde este cuchillo en el corazón, y tráeme su corazón y su lengua; y si no lo haces, perderás la vida.

Dicho esto se marchó, y cuando volvió al día siguiente ella no lo había hecho, y dijo:

—¿Por qué habría de derramar la sangre de un muchacho inocente que jamás ha hecho daño a nadie?

El cocinero volvió a decir:

—Si no lo haces, te costará tu propia vida.

Cuando él se hubo ido, ella mandó traer una cierva pequeña y ordenó que la mataran, y le sacó el corazón y la lengua, y los puso en un plato; y cuando vio venir al viejo, le dijo al muchacho:

—Acuéstate en tu lecho y échate las ropas por encima.

Entonces entró el malvado miserable y dijo:

—¿Dónde están el corazón y la lengua del muchacho?

La muchacha le tendió el plato, pero el hijo del rey arrojó lejos la colcha y dijo:

—Viejo pecador, ¿por qué has querido matarme? Ahora voy a pronunciar tu sentencia. Te convertirás en un perro de aguas negro, con un collar de oro al cuello, y comerás carbones ardientes hasta que las llamas te broten de la garganta.

Y cuando hubo pronunciado estas palabras, el viejo quedó convertido en un perro de aguas, con un collar de oro al cuello, y se ordenó a los cocineros que trajeran brasas encendidas, y estas las comió hasta que las llamas le brotaron de la garganta. El hijo del rey se quedó allí un tiempo más, y pensó en su madre, y se preguntó si aún viviría. Al fin le dijo a la doncella:

—Quiero volver a mi tierra; si tú quieres venir conmigo, yo velaré por ti.

—Ay —respondió ella—, el camino es tan largo, ¿y qué haré yo en una tierra extraña donde nadie me conoce?

Como no parecía del todo dispuesta, y como no podían separarse el uno del otro, él deseó que ella se transformara en un hermoso clavel, y se la llevó consigo. Después partió hacia su tierra, y el perro de aguas tuvo que ir corriendo tras él. Llegó a la torre en que estaba encerrada su madre y, como era tan alta, deseó una escalera que llegara hasta lo más alto. Entonces subió, miró adentro y gritó:

—Amada madre, señora reina, ¿vives todavía o estás muerta?

Ella respondió:

—Acabo de comer y aún estoy satisfecha —pues creía que eran los ángeles.

Dijo él:

—Soy tu querido hijo, el que, según decían, las fieras arrancaron de tus brazos; pero aún estoy vivo, y pronto te libraré.

Entonces bajó de nuevo, fue a ver a su padre y se hizo anunciar como un cazador forastero, y preguntó si podía darle un puesto. El rey dijo que sí, que si era diestro y sabía conseguirle caza, que viniera; pero que los ciervos jamás se habían aposentado en ninguna parte de la comarca ni del país. Entonces el cazador prometió procurarle tanta caza como pudiera necesitar en la mesa real. Así que reunió a todos los cazadores y les mandó salir con él al bosque. Y fue con ellos y les hizo formar un gran círculo, abierto por un extremo donde él se apostó, y comenzó a desear. Doscientos ciervos y más entraron corriendo dentro del círculo de una sola vez, y los cazadores les dispararon. Después los cargaron a todos en sesenta carros de labranza y los llevaron a casa del rey, y por una vez pudo adornar su mesa con caza, tras haber pasado años sin nada.

El rey sintió entonces gran alegría por esto, y ordenó que toda su corte comiera con él al día siguiente, y celebró un gran banquete. Cuando todos estuvieron reunidos, dijo al cazador:

—Ya que eres tan hábil, te sentarás junto a mí.

Él respondió:

—Señor rey, Su Majestad ha de disculparme, no soy más que un pobre cazador.

Pero el rey insistió y dijo:

—Te sentarás junto a mí.

Hasta que lo hizo. Mientras estaba allí sentado, pensó en su queridísima madre y deseó que uno de los principales servidores del rey comenzara a hablar de ella y preguntara cómo le iba a la reina en la torre, y si aún vivía o había perecido. Apenas hubo formulado el deseo, el mariscal empezó y dijo:

—Majestad, aquí vivimos con alegría, pero ¿cómo vive la reina en la torre? ¿Vive todavía, o ha muerto?

Mas el rey respondió:

—Dejó que las fieras despedazaran a mi querido hijo; no quiero que se la nombre.

Entonces el cazador se levantó y dijo:

—Clemente señor padre, ella vive todavía, y yo soy su hijo, y no fui arrebatado por las fieras, sino por ese miserable del viejo cocinero, que me arrancó de sus brazos mientras ella dormía, y roció su delantal con la sangre de una gallina.

Y dicho esto tomó al perro del collar dorado y dijo:

—¡Ese es el miserable!

Y mandó traer brasas encendidas, que el perro se vio obligado a devorar a la vista de todos, hasta que las llamas le brotaron de la garganta. A continuación, el cazador preguntó al rey si querría ver al perro en su verdadera forma, y deseó que volviera a ser el cocinero, y en ella se plantó al instante, con su delantal blanco y su cuchillo al costado. Cuando el rey lo vio, montó en cólera y ordenó que lo arrojaran al calabozo más profundo. Entonces el cazador siguió hablando y dijo:

—Padre, ¿quieres ver a la doncella que me crió con tanta ternura y que después debía asesinarme, pero no lo hizo, aunque de ello dependía su propia vida?

El rey respondió:

—Sí, me gustaría verla.

El hijo dijo:

—Clementísimo padre, te la mostraré en forma de una hermosa flor.

Y metió la mano en el bolsillo, sacó el clavel y lo puso sobre la mesa real, y era tan hermoso que el rey nunca había visto otro igual. Entonces el hijo dijo:

—Ahora te la mostraré en su propia forma.

Y deseó que se volviera doncella, y ella se plantó allí tan hermosa que ningún pintor la habría podido hacer más bella.

Y el rey envió a dos doncellas de servicio y dos criados a la torre, a buscar a la reina y traerla a la mesa real. Pero cuando la condujeron adentro, no comió nada y dijo:

—El clemente y misericordioso Dios que me ha sostenido en la torre pronto me librá.

Vivió tres días más y luego murió feliz; y cuando la enterraron, las dos palomas blancas que le habían llevado alimento a la torre, y que eran ángeles del cielo, siguieron su cuerpo y se posaron sobre su tumba. El anciano rey ordenó que descuartizaran al cocinero en cuatro pedazos, pero la pena le consumió el corazón, y pronto murió. Su hijo se casó con la hermosa doncella que había traído consigo como una flor en el bolsillo, y si aún viven o no, Dios lo sabe.

El monte Simeli

Había una vez dos hermanos, uno rico y el otro pobre. El rico, sin embargo, no le daba nada al pobre, y este se ganaba apenas el sustento comerciando con grano, y muchas veces le iba tan mal que no tenía pan para su mujer y sus hijos. Cierta día, mientras empujaba una carretilla por el bosque, vio a un costado una montaña grande, pelada, de aspecto desnudo, y como nunca antes la había visto, se detuvo y se quedó mirándola con asombro.

Mientras estaba así parado, vio venir hacia él a doce hombres grandes y salvajes, y como creyó que eran bandidos, metió la carretilla en la maleza, trepó a un árbol y esperó a ver qué sucedía. Los doce hombres, sin embargo, fueron hacia la montaña y gritaron:

—Monte Semsi, monte Semsi, ábrete —y al instante la montaña estéril se abrió por el medio^[35], y los doce entraron en ella, y no bien estuvieron dentro, se cerró. Al cabo de un rato, no obstante, se abrió de nuevo, y los hombres salieron cargando pesados sacos al hombro, y cuando todos estuvieron otra vez a la luz del día, dijeron:

—Monte Semsi, monte Semsi, ciérrate —entonces la montaña se cerró, y ya no se veía en ella entrada alguna, y los doce se marcharon.

Cuando estuvieron del todo fuera de la vista, el hombre pobre bajó del árbol, con curiosidad por saber qué se ocultaba en secreto dentro de la montaña. Así que se acercó a ella y dijo:

—Monte Semsi, monte Semsi, ábrete —y la montaña se abrió también para él. Entonces entró, y toda la montaña era una caverna llena de plata y oro, y al fondo había grandes montones de perlas y joyas relucientes, amontonadas como el grano. El hombre pobre apenas supo qué hacer, ni si le estaba permitido tomar algo de aquellos tesoros o no; pero al fin se llenó los bolsillos de oro, y dejó las perlas y las piedras preciosas donde estaban. Cuando volvió a salir, dijo también:

—Monte Semsi, monte Semsi, ciérrate —y la montaña se cerró, y él se fue a casa con su carretilla.

Y ahora ya no tenía motivo de angustia, sino que podía comprar pan para su mujer y sus hijos con su oro, y hasta vino de añadidura. Vivía con alegría y con honradez, socorría a los pobres y hacía el bien a todos. Sin embargo, cuando el dinero se le acabó, fue a casa de su hermano, le pidió prestada una medida que contenía un celemín, y se trajo un poco más, pero no tocó nada de las cosas más valiosas. Cuando por tercera vez quiso ir a buscar algo, de nuevo le pidió prestada la medida a su hermano. El hombre rico, sin embargo, hacía tiempo que envidiaba los bienes de su hermano, y el holgado modo de vida que se había procurado, y no lograba entender de dónde venían las riquezas, ni para qué quería su hermano la medida. Entonces pensó en una astuta artimaña, y cubrió el fondo de la medida con pez, y cuando le devolvieron la medida, había una moneda pegada en ella. Al punto fue a casa de su hermano y le preguntó:

—¿Qué has estado midiendo en el celemín?

—Grano y cebada —dijo el otro. Entonces le mostró la moneda, y lo amenazó con que, si no decía la verdad, lo acusaría ante un tribunal de justicia. El hombre pobre le contó entonces todo, tal como había sucedido. El hombre rico, sin embargo, mandó preparar su carruaje y partió, resuelto a aprovechar la ocasión mejor de lo que lo había hecho su hermano, y a traerse consigo tesoros muy distintos.

Cuando llegó a la montaña, gritó:

—Monte Semsi, monte Semsi, ábrete. La montaña se abrió, y él entró en ella. Allí yacían ante él todos los tesoros, y por largo rato no supo cuál agarrar primero. Al fin se cargó con cuantas piedras preciosas pudo llevar. Quiso sacar su carga afuera, pero, como tenía el corazón y el alma enteramente colmados de los tesoros, había olvidado el nombre de la montaña, y gritó:

—Monte Simeli, monte Simeli, ábrete. Ese, sin embargo, no era el nombre correcto, y la montaña no se movió, sino que permaneció cerrada. Entonces se alarmó, pero cuanto más pensaba en ello, más se le enredaban los pensamientos, y sus tesoros ya no le servían de nada. Al caer la tarde la montaña se abrió, y entraron los doce bandidos, y cuando lo vieron, se rieron y gritaron:

—¡Pájaro, al fin te atrapamos! ¿Creíste que no habíamos notado que ya habías estado aquí dentro dos veces? Aquellas veces no pudimos atraparte; iesta tercera vez no volverás a salir! Entonces él gritó:

—¡No fui yo, fue mi hermano! —pero por más que suplicó por su vida y por más que dijo, le cortaron la cabeza.

Las tres hojas de la serpiente

Había una vez un hombre pobre que ya no podía mantener a su único hijo. Entonces el hijo le dijo:

—Querido padre, las cosas nos van tan mal que soy una carga para ti. Prefiero marcharme y ver cómo puedo ganarme el pan.

Así que el padre le dio su bendición y, con gran pena, se despidió de él. Por aquel tiempo el rey de un imperio poderoso estaba en guerra, y el joven se puso a su servicio y salió con él a combatir. Y cuando llegó ante el enemigo, hubo una batalla y un gran peligro, y llovieron los disparos hasta que sus compañeros cayeron por todas partes; y cuando también murió el capitán, los que quedaban estaban a punto de darse a la fuga, pero el joven se adelantó, les habló con valor y gritó:

—¡No dejaremos que arruinen nuestra patria!

Entonces los demás lo siguieron, y él siguió adelante y venció al enemigo. Cuando el rey supo que le debía la victoria a él solo, lo elevó por encima de todos los demás, le dio grandes tesoros y lo hizo el primero del reino.

El rey tenía una hija que era muy hermosa, pero también muy extraña. Había hecho el voto de no tomar por señor y esposo a nadie que no prometiera dejarse enterrar vivo con ella si ella moría primero.

—Si me ama con todo su corazón —decía—, ¿de qué le servirá la vida después?

Por su parte, ella haría lo mismo, y si él moría primero, bajaría con él a la tumba. Aquel extraño juramento había ahuyentado hasta entonces a todos los pretendientes, pero el joven quedó tan prendado de su belleza que no le importó nada, y la pidió a su padre.

—¿Pero sabes lo que debes prometer? —dijo el rey.

—Debo ser enterrado con ella —respondió él—, si la sobrevivo, pero mi amor es tan grande que no me arredra el peligro.

Entonces el rey consintió, y la boda se celebró con gran esplendor.

Vivieron por un tiempo felices y contentos el uno con el otro, y luego sucedió que a la joven reina la atacó una grave enfermedad, y ningún médico pudo salvarla. Y cuando ella yació allí muerta, el joven rey recordó lo que se había visto obligado a prometer, y se horrorizó de tener que tenderse vivo en la tumba, pero no había escapatoria. El rey había apostado centinelas en todas las puertas, y no era posible eludir su destino. Cuando llegó el día en que había de sepultarse el cadáver, lo bajaron con él a la cripta real, y luego se cerró y atrancó la puerta.

Junto al féretro había una mesa sobre la cual estaban cuatro velas, cuatro panes y cuatro botellas de vino, y cuando estas provisiones se acabaran, tendría que morir de hambre. Y allí se sentó, lleno de dolor y pena; cada día comía sólo un pedacito de pan, bebía sólo un sorbo de vino y, sin embargo, veía a la muerte acercarse día tras día. Mientras así miraba fijamente ante sí, vio a una serpiente salir arrastrándose de un rincón de la cripta y acercarse al cuerpo muerto. Y como pensó que venía a roerlo, desenvainó la espada y dijo:

—Mientras yo viva, no la tocarás.

Y cortó la serpiente en tres pedazos. Al cabo de un rato, una segunda serpiente salió del agujero, y cuando vio a la otra tendida, muerta y cortada en pedazos, se volvió atrás, pero pronto regresó con tres hojas verdes en la boca. Entonces tomó los tres pedazos de la serpiente, los juntó como debían ir, y colocó una de las hojas sobre cada herida. Al instante las partes cortadas se unieron entre sí, la serpiente se movió y volvió a estar viva, y ambas se alejaron a toda prisa juntas. Las hojas quedaron tendidas en el suelo, y al desdichado que había estado observando todo aquello le vino el deseo de saber si el prodigioso poder de las hojas, que había devuelto la vida a la serpiente, no podría ser igualmente útil a un ser humano. Así que recogió las hojas y puso una de ellas sobre la boca de su esposa muerta, y las otras dos sobre sus ojos. Y apenas hubo hecho esto, la sangre se agitó en las venas de ella, subió a su rostro pálido y volvió a darle color. Entonces respiró, abrió los ojos y dijo:

—¡Ay, Dios, dónde estoy!

—Estás conmigo, querida esposa —respondió él, y le contó cómo había ocurrido todo, y cómo la había devuelto a la vida. Luego le dio algo de vino y pan, y cuando ella recobró las fuerzas, la levantó, fueron hasta la puerta y llamaron, y gritaron tan fuerte que los centinelas los oyeron y avisaron al rey. El rey bajó él mismo y abrió la puerta, y allí los halló a ambos fuertes y sanos, y se regocijó con ellos de que ya toda pena hubiera terminado. El joven rey, sin embargo, se llevó consigo las tres hojas de la serpiente, se las dio a un criado y dijo:

—Guárdamelas con cuidado y llévalas siempre contigo; ¡quién sabe en qué apuro podrán todavía sernos de provecho!

Sin embargo, un cambio se había obrado en su esposa: después de que la devolvieran a la vida, era como si todo el amor por su marido se le hubiera ido del corazón. Al cabo de un tiempo, cuando él quiso hacer una travesía por el mar para visitar a su anciano padre, y habían subido a bordo de un barco, ella olvidó el gran amor y la fidelidad que él le había mostrado, y que habían sido el medio de rescatarla de la muerte, y concibió una inclinación perversa hacia el patrón del barco. Y una vez, mientras el joven rey yacía allí dormido, ella llamó al patrón y agarró al durmiente por la cabeza, y el patrón lo tomó por los pies, y así lo arrojaron al mar. Cuando el vergonzoso acto estuvo consumado, ella dijo:

—Ahora volvamos a casa, y digamos que murió en el camino. Tanto te alabaré y ensaltaré ante mi padre, que te casará conmigo y te hará heredero de su corona.

Pero el fiel criado, que había visto todo lo que hicieron sin ser visto por ellos, desató un botecito del barco, se metió en él, navegó tras su señor y dejó que los traidores siguieran su camino. Pescó el cuerpo muerto y, con la ayuda de las tres hojas de la serpiente que llevaba consigo, que puso sobre los ojos y la boca, felizmente devolvió la vida al joven rey.

Ambos remaron con todas sus fuerzas de día y de noche, y su botecito voló tan raudo que llegaron adonde el anciano rey antes que los otros. Este se asombró al verlos llegar solos, y preguntó qué les había ocurrido. Cuando supo la maldad de su hija, dijo:

—No puedo creer que se haya portado tan mal, pero la verdad pronto saldrá a la luz —y ordenó a los dos que entraran en una cámara secreta y se mantuvieran ocultos de todos. Poco después llegó navegando el gran barco, y la impía mujer se presentó ante su padre con el semblante afligido. Él dijo:

—¿Por qué vuelves sola? ¿Dónde está tu marido?

—Ay, querido padre —respondió ella—, vuelvo a casa con gran pena; durante la travesía mi marido enfermó de repente y murió, y si el buen patrón no me hubiera prestado su ayuda, me habría ido mal. Él estuvo presente en su muerte y puede contártelo todo.

El rey dijo:

—Yo devolveré la vida al muerto.

Y abrió la cámara, y ordenó a los dos que salieran. Cuando la mujer vio a su marido, quedó fulminada, y cayó de rodillas y suplicó clemencia. El rey dijo:

—No hay clemencia. Él estaba dispuesto a morir contigo y te devolvió la vida, pero tú lo has asesinado mientras dormía, y recibirás la recompensa que mereces.

Entonces la pusieron, junto con su cómplice, en un barco horadado de agujeros, y lo enviaron mar adentro, donde no tardaron en hundirse entre las olas.

El acertijo

Había una vez un hijo de rey al que le entraron ganas de recorrer el mundo, y no llevó consigo a nadie salvo a un criado fiel. Un día llegó a un gran bosque, y cuando lo sorprendió la oscuridad no encontró refugio alguno y no supo dónde pasar la noche. Entonces vio a una muchacha que se dirigía hacia una casita, y al acercarse advirtió que era joven y hermosa. Le habló y le dijo:

—Querida niña, ¿podemos mi criado y yo hallar cobijo esta noche en esa casita?

—Ah, sí —dijo la muchacha con voz triste—, eso desde luego que sí, pero no les aconsejo arriesgarse. No entren.

—¿Por qué no? —preguntó el hijo de rey. La muchacha suspiró y dijo:

—Mi madrastra practica artes perversas; tiene muy mala voluntad con los forasteros. Entonces comprendió muy bien que había llegado a la casa de una bruja, pero como estaba oscuro y no podía seguir adelante, y además no tenía miedo, entró. La vieja estaba sentada en un sillón junto al fuego y miró al forastero con sus ojos rojos.

—Buenas noches —gruñó, fingiéndose de lo más amable—. Tomen asiento y descansen. Sopló para avivar el fuego, sobre el cual cocía algo en un pucherito. La hija advirtió a los dos que fueran prudentes, que no comieran ni bebieran nada, pues la vieja preparaba brebajes malignos. Durmieron tranquilos hasta la madrugada. Cuando se disponían a partir, y el hijo de rey ya estaba montado en su caballo, la vieja dijo:

—Espera un momento, primero voy a alcanzarte un trago de despedida. Mientras ella iba a buscarlo, el hijo de rey se alejó cabalgando, y el criado, que aún tenía que apretar bien la cincha de la silla, fue el único presente cuando la malvada bruja llegó con la bebida.

—Llévale esto a tu amo —dijo ella. Pero en ese instante el vaso se rompió y el veneno salpicó al caballo, y era tan potente que el animal cayó muerto al punto. El criado corrió tras su amo y le contó lo sucedido, pero no quiso dejar atrás la silla y volvió a recogerla. Sin

embargo, cuando llegó al caballo muerto, ya había un cuervo posado sobre él, devorándolo. «¿Quién sabe si hoy encontraremos algo mejor?», se dijo el criado; así que mató al cuervo y se lo llevó consigo. Y siguieron entonces su camino por el bosque durante todo el día, pero no lograron salir de él. Al caer la noche dieron con una posada y entraron. El criado entregó el cuervo al posadero para que lo aderezara para la cena. Habían ido a parar, no obstante, a una guarida de asesinos, y en la oscuridad llegaron doce de ellos con la intención de matar y robar a los forasteros. Antes de poner manos a la obra, se sentaron a cenar, y el posadero y la bruja se sentaron con ellos, y juntos comieron un plato de sopa en el que estaba cortada la carne del cuervo. Mas apenas habían tragado un par de bocados, cayeron todos muertos, pues el cuervo les había comunicado el veneno de la carne del caballo. No quedó nadie más en la casa que la hija del posadero, que era honrada y no había tomado parte en aquellas obras impías. Le abrió al forastero todas las puertas y le mostró los tesoros amontonados. Pero el hijo de rey dijo que podía quedarse con todo, que él no quería nada, y siguió cabalgando con su criado.

Después de andar errantes largo tiempo, llegaron a una ciudad en la que vivía una princesa hermosa pero soberbia, que había hecho proclamar que quien le propusiera un acertijo que ella no supiera adivinar sería su esposo; pero si lo adivinaba, a ese hombre debía cortársele la cabeza. Tenía tres días para adivinarlo, mas era tan lista que siempre daba con la respuesta del acertijo que le planteaban antes del plazo señalado. Ya habían perecido de este modo nueve pretendientes cuando llegó el hijo de rey, y, deslumbrado por su gran belleza, estuvo dispuesto a jugarse la vida por ella. Fue entonces a su encuentro y le expuso su acertijo.

—¿Qué es esto? —dijo—. Uno no mató a ninguno y, sin embargo, mató a doce. Ella no supo qué era, pensó y pensó, pero no logró dar con ello; abrió sus libros de acertijos, mas no venía en ellos; en fin, su sabiduría llegó a su término. Como no sabía cómo salir del apuro, ordenó a su doncella que se deslizara en la alcoba del señor y escuchara sus sueños, pensando que quizá hablaría dormido y revelaría el acertijo. Pero el astuto criado se había acostado en la

cama en lugar de su amo, y cuando la doncella llegó allí, le arrancó el manto en que se había envuelto y la echó a varazos. La segunda noche, la hija del rey envió a su dama de compañía, para ver si tenía mejor suerte escuchando, pero el criado también le quitó el manto y la echó a varazos. Ahora el amo se creyó a salvo para la tercera noche y se acostó en su propia cama. Entonces vino la princesa en persona, se había puesto un manto gris como la niebla, y se sentó junto a él. Y cuando creyó que dormía y soñaba, le habló, con la esperanza de que respondiera en sueños, como hacen muchos; pero él estaba despierto y lo comprendía y oía todo perfectamente. Entonces ella preguntó:

—Uno no mató a ninguno, ¿qué es eso? Él respondió:

—Un cuervo que comió de un caballo muerto y envenenado, y murió de ello. Ella siguió indagando:

—Y, sin embargo, mató a doce, ¿qué es eso? Él contestó:

—Eso quiere decir doce asesinos que comieron el cuervo y murieron de ello.

Cuando supo la respuesta del acertijo, quiso escabullirse, pero él le sujetó el manto con tanta fuerza que se vio obligada a dejarlo atrás. A la mañana siguiente, la hija del rey anunció que había adivinado el acertijo, mandó llamar a los doce jueces y se lo explicó ante ellos. Pero el joven pidió que se le oyera y dijo:

—Ella se coló de noche en mi cuarto y me interrogó; de no ser así, no habría podido descubrirlo. Los jueces dijeron:

—Tráenos una prueba de ello. Entonces el criado llevó allí los tres mantos, y cuando los jueces vieron el gris como la niebla que solía llevar la hija del rey, dijeron:

—Que se borde el manto con oro y plata, y así será tu manto de bodas.

Los regalos de la gente pequeña

Un sastre y un orfebre viajaban juntos y, una tarde, cuando el sol se había hundido tras las montañas, oyeron el son de una música lejana que se hacía cada vez más nítida. Sonaba extraña, pero tan agradable que olvidaron todo su cansancio y apretaron el paso. La luna ya había salido cuando llegaron a una colina en la que vieron una multitud de hombrecillos y mujercillas que, tomados de las manos, giraban en la danza con el mayor gusto y regocijo.

Cantaban al compás de la manera más encantadora, y esa era la música que los viajeros habían oído. En medio de ellos estaba sentado un anciano un poco más alto que los demás. Vestía un abrigo de mil colores, y su barba gris como el hierro le colgaba sobre el pecho. Los dos se quedaron plantados, llenos de asombro, contemplando la danza. El anciano les hizo señas de que entraran, y la gente pequeña abrió de buena gana su círculo. El orfebre, que tenía una joroba y, como todos los jorobados, era bastante animoso, dio el paso adentro; el sastre al principio sintió algo de miedo y se echó atrás, pero cuando vio lo alegre que iba todo, se armó de valor y lo siguió. El círculo volvió a cerrarse en el acto, y la gente pequeña siguió cantando y bailando con los saltos más desenfrenados. El anciano, sin embargo, tomó un gran cuchillo que le colgaba del cinto, lo afiló y, cuando estuvo bien filoso, se volvió a mirar a los forasteros. Ellos se aterraron, pero no tuvieron mucho tiempo para pensar, pues el anciano agarró al orfebre y, con la mayor rapidez, le rapó el pelo de la cabeza por completo, y luego lo mismo le sucedió al sastre. Pero el miedo los abandonó cuando, terminada su labor, el anciano les dio a ambos una palmada amistosa en el hombro, como diciendo que se habían portado bien al dejarse hacer todo aquello de buena gana y sin oponer resistencia. Señaló con el dedo un montón de carbones que había a un lado, y dio a entender a los viajeros con sus gestos que se llenaran los bolsillos con ellos. Los dos obedecieron, aunque no sabían de qué podrían servirles los carbones, y luego siguieron su camino en busca de un refugio para pasar la noche. Cuando llegaron al valle, el reloj del monasterio

vecino dio las doce, y el canto cesó. En un instante todo se había desvanecido, y la colina quedó solitaria bajo la luz de la luna.

Los dos viajeros hallaron una posada y se cubrieron sobre sus jergones de paja con sus abrigos, pero, del cansancio, olvidaron sacar antes los carbones de los bolsillos. Un gran peso sobre los miembros los despertó más temprano de lo acostumbrado. Se palparon los bolsillos y no pudieron dar crédito a sus ojos cuando vieron que no estaban llenos de carbones, sino de oro puro; y, por fortuna, el pelo de sus cabezas y sus barbas estaba de nuevo tan espeso como siempre.

Se habían vuelto ahora gente rica, pero el orfebre, que conforme a su índole avara se había llenado mejor los bolsillos, era el doble de rico que el sastre. Un hombre avaro, aunque tenga mucho, siempre desea tener más, de modo que el orfebre le propuso al sastre esperar un día más y salir otra vez al anochecer para traerse del anciano de la colina tesoros aún mayores. El sastre se negó y dijo:

—Tengo suficiente y estoy contento; ahora seré maestro y me casaré con mi amada prenda —pues así llamaba a su novia—, y soy un hombre feliz.

Pero se quedó un día más por complacerlo. Al anochecer el orfebre se colgó un par de sacos al hombro para poder guardar buena cantidad, y tomó el camino de la colina. Encontró, como la noche anterior, a la gente pequeña en su canto y su danza, y el anciano volvió a raparlo del todo y le hizo señas de que se llevara algo de carbón. No fue lento en meterse en los sacos cuanto cupiera; regresó muy contento y se cubrió con su abrigo.

—Aunque el oro pese mucho —dijo—, con gusto lo cargaré.

Y al fin se quedó dormido, con la dulce esperanza de despertar por la mañana convertido en un hombre inmensamente rico.

Cuando abrió los ojos, se levantó de prisa para examinar sus bolsillos, pero cuál sería su asombro cuando no sacó de ellos más que carbones negros, y eso por más veces que metiera las manos.

—El oro que gané la noche anterior todavía me queda —pensó, y fue a sacarlo, pero qué espanto se llevó al ver que también se había vuelto carbón otra vez.

Se golpeó la frente con la mano negra y polvorienta, y entonces sintió que tenía toda la cabeza calva y lisa, y lo mismo el sitio donde debía estar su barba. Pero sus desgracias aún no habían terminado: ahora notaba por primera vez que, además de la joroba de la espalda, le había crecido una segunda, igual de grande, delante, en el pecho. Entonces reconoció el castigo de su avaricia y se echó a llorar a gritos. El buen sastre, a quien esto despertó, consoló como pudo al desdichado y le dijo:

—Fuiste mi compañero en mis años de andanzas; te quedarás conmigo y compartirás mi riqueza.

Cumplió su palabra, pero el pobre orfebre se vio obligado a cargar las dos jorobas mientras vivió, y a cubrir su cabeza calva con un gorro.

El clavo

Un mercader había hecho buenos negocios en la feria; había vendido sus mercancías y llenado sus bolsas de oro y plata. Entonces quiso emprender el viaje de regreso y llegar a su casa antes de que cayera la noche. Así que cargó en su caballo el baúl con el dinero y se puso en camino.

Al mediodía descansó en un pueblo, y cuando quiso continuar, el mozo de cuadra le sacó el caballo y le dijo:

—Falta un clavo, señor, en la herradura de la pata trasera izquierda.

—Que falte —respondió el mercader—; la herradura aguantará sin duda las seis millas que aún me quedan por recorrer. Tengo prisa.

Por la tarde, cuando volvió a apearse y mandó dar de comer al caballo, el mozo de cuadra entró a la habitación donde estaba y le dijo:

—Señor, a su caballo le falta una herradura en la pata trasera izquierda. ¿Lo llevo al herrero?

—Que siga faltando —respondió el hombre—; el caballo aguantará muy bien el par de millas que quedan. Ando de prisa.

Siguió cabalgando, pero al poco rato el caballo empezó a cojear. No llevaba mucho cojeando cuando empezó a tropezar, y no llevaba mucho tropezando cuando cayó al suelo y se rompió una pata. El mercader se vio obligado a dejar el caballo donde estaba, desatar el baúl, echárselo a la espalda y volver a casa a pie. Y no llegó hasta bien entrada la noche.

—Y ese maldito clavo —se dijo a sí mismo— ha sido la causa de toda esta desgracia.

Apresúrate despacio. ^[36]

El pobre muchacho en la tumba

Había una vez un pobre muchacho pastor cuyos padres habían muerto, y las autoridades lo pusieron en casa de un hombre rico que debía darle de comer y criarlo. Pero el hombre y su mujer tenían mal corazón, eran avaros y andaban siempre inquietos por sus riquezas, y les molestaba que cualquiera se llevara a la boca un bocado de su pan. El pobre muchacho, hiciera lo que hiciera, poco recibía para comer, pero sí muchos más golpes.

Un día tuvo que cuidar de una gallina y sus polluelos, pero ella se metió con ellos por un seto espeso y, en el acto, un gavián se lanzó en picada y se la llevó por los aires. El muchacho gritó con todas las fuerzas de su cuerpo:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Bandido! Pero ¿de qué sirvió aquello? El gavián no devolvió su presa. El hombre oyó el alboroto, corrió al lugar y, en cuanto vio que su gallina había desaparecido, montó en cólera y le dio al muchacho tal paliza que este no pudo moverse en dos días. Luego tuvo que cuidar a los polluelos sin la gallina, pero ahora su apuro era mayor, porque uno corría hacia aquí y otro hacia allá. Creyó que hacía algo muy sensato al atarlos a todos juntos con una cuerda, porque así el gavián no podría robarle ninguno. Pero se equivocaba de medio a medio. Al cabo de dos días, agotado de tanto correr de un lado a otro y de hambre, se quedó dormido; llegó el ave de rapiña, agarró a uno de los polluelos y, como los demás estaban atados a él, se los llevó a todos juntos, se posó en un árbol y los devoró. El granjero volvía justo a casa y, cuando vio la desgracia, se enfureció y golpeó al muchacho tan despiadadamente que este se vio obligado a guardar cama varios días.

Cuando volvió a tenerse en pie, el granjero le dijo:

—Eres demasiado torpe para mí, no puedo hacer de ti un pastor, tendrás que ir de recadero. Entonces lo mandó al juez, a quien debía llevarle una cesta llena de uvas, y le dio también una carta. Por el camino, el hambre y la sed atormentaron al desdichado muchacho con tal violencia que se comió dos de los racimos de uvas. Llevó la

cesta al juez, pero cuando el juez leyó la carta y contó los racimos, dijo:

—Faltan dos racimos. El muchacho confesó con toda honradez que, empujado por el hambre y la sed, se había comido los dos que faltaban. El juez escribió una carta al granjero y le pidió otra vez la misma cantidad de uvas. También estas tuvo que llevárselas el muchacho, con otra carta. Como de nuevo tenía muchísima hambre y sed, no pudo evitarlo y volvió a comerse dos racimos. Pero primero sacó la carta de la cesta, la puso debajo de una piedra y se sentó encima, para que la carta no lo viera ni lo delatara. Sin embargo, el juez volvió a pedirle explicaciones por los racimos que faltaban.

—Ah —dijo el muchacho—, ¿cómo se ha enterado? La carta no podía saberlo, porque la puse debajo de una piedra antes de hacerlo. El juez no pudo menos que reírse de la simpleza del muchacho, y le envió al hombre una carta en la que le advertía que cuidara mejor al pobre muchacho, que no lo dejara sin comida ni bebida, y que además le enseñara lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—Pronto te enseñaré la diferencia —dijo el hombre duro—: si quieres comer, tendrás que trabajar, y si haces algo malo, quedarás bien enseñado a golpes.

Al día siguiente le impuso una tarea pesada. Debía picar dos gavillas de paja para el forraje de los caballos, y entonces el hombre lo amenazó:

—Dentro de cinco horas —dijo— estaré de vuelta, y si para entonces la paja no está cortada en briznas, te apalearé hasta que no puedas mover un solo miembro. El granjero se fue con su mujer, el criado y la muchacha a la feria anual, y no le dejó al muchacho más que un pequeño pedazo de pan. El muchacho se sentó en el banco y se puso a trabajar con todas sus fuerzas. Como entró en calor, se quitó el abrigo y lo arrojó sobre la paja. En su terror de no acabar a tiempo, seguía cortando sin parar y, con las prisas, sin darse cuenta, picó su abrigo junto con la paja. Advirtió la desgracia demasiado tarde; ya no había remedio.

—Ah —exclamó—, ¡ahora sí que se acabó todo para mí! El hombre malvado no me amenazó en vano; si vuelve y ve lo que he

hecho, me matará. Antes que eso, prefiero quitarme yo mismo la vida.

El muchacho había oído decir una vez a la mujer del granjero:

—Tengo debajo de la cama una olla con veneno. Pero ella sólo lo había dicho para mantener alejada a la gente golosa, porque en realidad había miel. El muchacho se metió debajo de la cama, sacó la olla y se comió todo lo que había dentro.

—No sé —dijo—, la gente dice que la muerte es amarga, pero a mí me sabe muy dulce. No es de extrañar que la mujer del granjero haya anhelado tantas veces la muerte. Se sentó en una sillita y se dispuso a morir. Pero, en lugar de debilitarse, se sintió fortalecido por aquel alimento nutritivo. «No puede haber sido veneno», pensó, «pero el granjero dijo una vez que había un frasquito de veneno para moscas en la caja donde guarda su ropa; ese, sin duda, será el verdadero veneno, y me traerá la muerte». Sin embargo, no era veneno para moscas, sino vino húngaro. El muchacho sacó la botella y la vació.

—Esta muerte también sabe dulce —dijo, pero poco después, cuando el vino empezó a subírsele a la cabeza y a aturdirlo, creyó que su fin se acercaba.

—Siento que voy a morir —dijo—, me iré al camposanto a buscar una tumba. Salió tambaleándose, llegó al camposanto y se acostó en una fosa recién cavada. Fue perdiendo el sentido más y más. En las cercanías había una posada donde se celebraba una boda; cuando oyó la música, se imaginó que ya estaba en el Paraíso, hasta que al fin perdió del todo la conciencia. El pobre muchacho nunca volvió a despertar; el calor del vino fuerte y el frío rocío de la noche lo privaron de la vida, y quedó en la fosa en la que él mismo se había acostado.

Cuando el granjero se enteró de la noticia de la muerte del muchacho, se aterrorizó y temió ser llevado ante la justicia; en efecto, la angustia se apoderó de él con tal fuerza que cayó desmayado al suelo. Su mujer, que estaba junto al fogón con una sartén de grasa hirviendo, corrió a socorrerlo. Pero las llamas prendieron en la sartén, la casa entera se incendió, en pocas horas quedó reducida a cenizas, y los años que aún les quedaban por vivir los pasaron en la

pobreza y la miseria, atormentados por los remordimientos de conciencia.

El túmulo

Un rico labrador estaba un día parado en su patio, contemplando sus campos y sus huertos. El trigo crecía lozano y los frutales se doblaban bajo el peso de la fruta. El grano del año anterior aún se apilaba en montones tan inmensos sobre los pisos que las vigas apenas podían soportarlo. Luego entró en el establo, donde había bueyes bien cebados, vacas gordas y caballos relucientes como espejos. Por fin volvió a su sala y echó una mirada al cofre de hierro donde guardaba su dinero.

Mientras así permanecía pasando revista a sus riquezas, de pronto se oyó un fuerte golpe muy cerca de él. El golpe no era en la puerta de su cuarto, sino en la puerta de su corazón. Esta se abrió, y él oyó una voz que le decía:

—¿Has hecho el bien con ello a tu familia? ¿Has pensado en las necesidades de los pobres? ¿Has compartido tu pan con el hambriento? ¿Te has contentado con lo que tienes, o siempre has deseado tener más?

El corazón no tardó en responder:

—He sido duro y despiadado, y jamás he mostrado bondad alguna a mi propia familia. Si un mendigo venía, apartaba de él mis ojos. No me he preocupado por Dios, sino que sólo he pensado en aumentar mi riqueza. Si todo cuanto el cielo cubre hubiera sido mío, aun así no habría tenido bastante.

Cuando se dio cuenta de esta respuesta, se alarmó en gran manera; las rodillas le empezaron a temblar y hubo de sentarse.

Entonces sonó otro golpe, pero el golpe fue en la puerta de su cuarto. Era su vecino, un hombre pobre que tenía un montón de hijos a los que ya no podía dar de comer. «Bien sé —pensaba el pobre— que mi vecino es rico, pero es tan duro como rico. No creo que quiera ayudarme, pero mis hijos lloran de hambre, así que voy a arriesgarme». Le dijo al rico:

—Tú no das fácilmente nada de lo tuyo, pero heme aquí como quien siente que el agua le sube por encima de la cabeza. Mis hijos se mueren de hambre; préstame cuatro medidas de grano.

El rico lo miró largo rato, y entonces el primer rayo de misericordia empezó a derretir una gota del hielo de su avaricia.

—No te prestaré cuatro medidas —respondió—, pero te haré el regalo de ocho, con tal de que cumplas una condición.

—¿Qué he de hacer? —dijo el pobre.

—Cuando yo haya muerto, velarás tres noches junto a mi tumba.

Al campesino le turbó el ánimo semejante petición, pero en la necesidad en que se hallaba habría consentido a cualquier cosa; aceptó, pues, y se llevó el grano a su casa.

Parecía como si el rico hubiera presentido lo que iba a suceder, porque cuando pasaron tres días, de improviso cayó muerto. Nadie supo a ciencia cierta cómo ocurrió, pero nadie lo lloró. Cuando lo enterraron, el pobre recordó su promesa; de buena gana se habría visto libre de ella, mas pensó: «Después de todo, obró bien conmigo. He alimentado a mis hijos hambrientos con su grano, y aunque no fuera así, donde una vez he dado mi palabra debo cumplirla». Al caer la noche fue al camposanto y se sentó sobre el túmulo. Todo estaba en calma; sólo la luna asomaba sobre la tumba, y de cuando en cuando pasaba volando una lechuza y lanzaba su grito melancólico. Cuando salió el sol, el pobre se retiró sano y salvo a su hogar, y del mismo modo transcurrió tranquila la segunda noche. En la tarde del tercer día sintió un extraño desasosiego; le parecía que algo estaba a punto de ocurrir. Al salir vio, junto al muro del camposanto, a un hombre que nunca antes había visto. Ya no era joven, tenía cicatrices en el rostro y sus ojos miraban en torno con viveza y avidez. Iba enteramente cubierto con una vieja capa, y no se le veía más que sus grandes botas de montar.

—¿Qué buscas aquí? —le preguntó el campesino—. ¿No te da miedo el camposanto solitario?

—No busco nada —respondió—, ¡y nada me da miedo! Soy como el mozo que salió a aprender lo que era temblar, y para nada le sirvió su afán, aunque consiguió por esposa a la hija del rey y con ella grandes riquezas^[37]; sólo que yo he seguido siendo pobre. No soy más que un soldado licenciado, y pienso pasar aquí la noche, porque no tengo otro cobijo.

—Si no tienes miedo —dijo el campesino—, quédate conmigo y ayúdame a velar aquella tumba de allá.

—Montar guardia es oficio de soldado —replicó—; sea lo que sea con lo que topemos aquí, bueno o malo, lo repartiremos entre los dos.

El campesino accedió, y juntos se sentaron sobre la tumba.

Todo estuvo tranquilo hasta la medianoche, cuando de pronto se oyó en el aire un silbido agudo, y los dos veladores vieron al Maligno plantado en persona ante ellos.

—¡Fuera de aquí, harapientos! —les gritó—. El hombre que yace en esa tumba me pertenece; me lo quiero llevar, y si no se largan les retuerzo el pescuezo.

—Señor de la pluma roja —dijo el soldado—, tú no eres mi capitán, no tengo por qué obedecerte, y todavía no he aprendido a tener miedo. Vete, que nosotros seguiremos sentados aquí.

El diablo pensó para sus adentros: «El dinero es lo mejor para echarles el guante a estos dos vagabundos». Así que se puso a tocar una tonada más suave y preguntó, muy amable, si no querían aceptar un saco de dinero e irse a casa con él.

—Eso ya vale la pena escucharlo —respondió el soldado—, pero un solo saco de oro no nos sirve; si nos das tanto como quepa en una de mis botas, te dejaremos el campo libre y nos iremos.

—No llevo tanto encima —dijo el diablo—, pero iré a buscarlo. En el pueblo vecino vive un cambista que es buen amigo mío y me lo adelantará de buena gana.

Cuando el diablo se hubo esfumado, el soldado se quitó la bota izquierda y dijo:

—Pronto le tomaremos el pelo al carbonero; dame tu cuchillo, camarada.

Cortó la suela de la bota y la colocó entre la hierba alta, cerca de la tumba, al borde de un hoyo medio cubierto de maleza.

—Con eso basta —dijo—; ahora que venga el deshollinador.

Ambos se sentaron a esperar, y no pasó mucho antes de que el diablo regresara con un pequeño saco de oro en la mano.

—Anda, échalo dentro —dijo el soldado, levantando un poco la bota—, aunque eso no bastará.

El Negro vació todo lo que había en el saco; el oro cayó a través del agujero y la bota quedó vacía.

—¡Diablo estúpido! —gritó el soldado—. ¡Así no vale! ¿No te lo dije enseguida? Vuelve otra vez y trae más.

El diablo meneó la cabeza, se fue y al cabo de una hora regresó con un saco mucho más grande bajo el brazo.

—Ahora échalo dentro —gritó el soldado—, aunque dudo que la bota se llene.

El oro tintineó al caer, pero la bota quedó vacía. El diablo miró él mismo dentro con sus ojos ardientes y se convenció de que era verdad.

—¡Vergonzosamente gordas tienes las pantorrillas! —gritó, y torció el gesto.

—¿Acaso creías —replicó el soldado— que yo tenía la pezuña hendida como tú? ¿Desde cuándo te has vuelto tan tacaño? Ocupate de juntar más oro, o nuestro trato se irá al traste.

El Maligno se marchó de nuevo. Esta vez tardó más en volver, y cuando por fin apareció, jadeaba bajo el peso de un costal que llevaba a hombros. Lo vació en la bota, que quedó tan lejos de llenarse como antes. Se puso furioso y ya iba a arrancarle la bota de las manos al soldado, cuando en ese instante el primer rayo del sol naciente rompió en el cielo, y el Espíritu Maligno huyó dando fuertes alaridos. El alma pobre quedó a salvo.

El campesino quiso repartir el oro, pero el soldado dijo:

—Da a los pobres lo que me toca a mí; iré contigo a tu cabaña, y juntos viviremos en descanso y paz de lo que quede, mientras a Dios le plazca permitirlo.

La bola de cristal

Había una vez una hechicera que tenía tres hijos que se querían como buenos hermanos; pero la vieja no se fiaba de ellos, y pensaba que le querían robar su poder. Así que convirtió al mayor en un águila, que se vio obligada a habitar en las montañas rocosas y a la que a menudo se veía surcar el cielo en grandes círculos. Al segundo lo convirtió en una ballena, que vivía en las profundidades del mar, y de la cual sólo se alcanzaba a ver que a veces lanzaba al aire un gran chorro de agua. Cada uno de ellos conservaba su forma humana sólo dos horas al día. El tercer hijo, que temía que ella lo convirtiera en una bestia salvaje y furiosa, quizá un oso o un lobo, se marchó a escondidas. Había oído que la hija de un rey, hechizada, estaba prisionera en el Castillo del Sol Dorado y aguardaba a ser liberada. Sin embargo, quienes intentaban liberarla arriesgaban la vida; veintitrés jóvenes habían muerto ya una muerte miserable, y ahora sólo uno más podía hacer el intento, tras el cual no debía venir ninguno. Y como su corazón no conocía el miedo, se aferró a la idea de buscar el Castillo del Sol Dorado. Ya llevaba mucho tiempo vagando sin lograr encontrarlo cuando, por azar, llegó a un gran bosque y no supo cómo salir de él. De pronto vio a lo lejos a dos gigantes, que le hicieron señas con las manos, y cuando llegó hasta ellos le dijeron:

—Estamos peleando por un gorro, para saber a cuál de los dos ha de pertenecer, y como somos igual de fuertes, ninguno puede vencer al otro. Los hombrecillos son más listos que nosotros, así que dejaremos la decisión en tus manos.

—¿Cómo pueden pelear por un gorro viejo? —dijo el joven.

—¡No sabes qué propiedades tiene! Es un gorro de los deseos; quien se lo pone puede desear estar en cualquier lugar que quiera, y en un instante estará allí.

—Denme el gorro —dijo el joven—. Iré a apartarme un poco, y cuando los llame, ustedes echan una carrera, y el gorro será para el que llegue primero hasta mí.

Se lo puso y se alejó, y pensó en la hija del rey, olvidó a los gigantes y siguió caminando sin parar. Al fin suspiró desde lo más hondo de su corazón y exclamó: «¡Ay, si estuviera ya en el Castillo del Sol Dorado!». Y apenas hubieron salido esas palabras de sus labios, se encontró de pie en lo alto de una montaña, ante la puerta del castillo.

Entró y recorrió todas las estancias, hasta que en la última encontró a la hija del rey. Pero cuánto se horrorizó al verla. Tenía el rostro de color gris ceniza y lleno de arrugas, los ojos legañosos y el cabello rojo.

—¿Eres tú la hija del rey, cuya hermosura alaba el mundo entero? —exclamó él.

—Ay —respondió ella—, esta no es mi forma; los ojos humanos sólo pueden verme en este estado de fealdad, pero para que sepas cómo soy, mírame en el espejo: él no se deja engañar, te mostrará mi imagen tal como es en verdad.

Le puso el espejo en la mano, y él vio en él la figura de la doncella más hermosa de la tierra, y vio también cómo las lágrimas le rodaban por las mejillas de pena. Entonces dijo él:

—¿Cómo puedes ser liberada? No temo ningún peligro.

Ella dijo:

—Quien consiga la bola de cristal y la sostenga ante el hechicero, destruirá con ella su poder, y yo recobraré mi verdadera forma. Ay —añadió—, tantos han ido ya al encuentro de la muerte por esto, y tú eres tan joven; me apena que hayas de afrontar tan grave peligro.

—Nada podrá impedirme hacerlo —dijo él—, pero dime qué debo hacer.

—Lo sabrás todo —dijo la hija del rey—. Cuando bajes de la montaña sobre la que se alza el castillo, un toro salvaje estará abajo, junto a un manantial, y tendrás que luchar con él; y si tienes la suerte de matarlo, de su cuerpo saltará un ave de fuego, que lleva en su interior un huevo ardiente, y en el huevo yace la bola de cristal como una yema. El ave, sin embargo, no dejará caer el huevo hasta verse forzada a ello, y si cae al suelo, se inflamará y quemará todo cuanto haya cerca, y fundirá hasta el mismo hielo, y con él la bola de cristal, y entonces todo tu esfuerzo habrá sido en vano.

El joven bajó hasta el manantial, donde el toro le resoplaba y bramaba. Tras una larga lucha, le hundió la espada en el cuerpo, y el animal cayó. Al instante se alzó de él un ave de fuego, y estaba a punto de volar lejos, pero el hermano del joven, el águila, que pasaba entre las nubes, se lanzó en picada, la persiguió hacia el mar y la golpeó con el pico hasta que, en su extremo apuro, el ave dejó caer el huevo. El huevo, sin embargo, no cayó al mar, sino sobre la cabaña de un pescador que se alzaba en la orilla, y la cabaña empezó enseguida a humear y estuvo a punto de estallar en llamas. Entonces se levantaron en el mar olas altas como una casa, que se derramaron sobre la cabaña y sofocaron el fuego. El otro hermano, la ballena, había llegado nadando hasta allí y había empujado el agua hacia lo alto. Cuando el fuego quedó apagado, el joven buscó el huevo y felizmente lo encontró; aún no se había fundido, pero la cáscara se había roto al enfriarse tan de repente con el agua, y pudo sacar la bola de cristal intacta.

Cuando el joven fue ante el hechicero y la sostuvo delante de él, este dijo:

—Mi poder está destruido, y desde ahora eres tú el rey del Castillo del Sol Dorado. Con ella podrás asimismo devolver a tus hermanos su forma humana.

Entonces el joven se apresuró a ir junto a la hija del rey, y cuando entró en la estancia, allí estaba ella, de pie, en todo el esplendor de su hermosura; y llenos de alegría intercambiaron sus anillos.

Sobre los autores



Jacob Ludwig Karl Grimm, nacido el 4 de enero de 1785, y Wilhelm Carl Grimm, nacido el 24 de febrero de 1786, ambos en la ciudad de Hanau, en el landgraviato de Hesse, protagonizaron una de las hermandades más fecundas de la historia de la cultura. Fallecidos en Berlín con pocos años de diferencia, Wilhelm el 16 de diciembre de 1859 y Jacob el 20 de septiembre de 1863, resulta casi imposible narrar sus vidas por separado: trabajaron juntos, publicaron juntos y vivieron bajo el mismo techo hasta el final. Al mundo llegaron como

los recopiladores de los cuentos de hadas más célebres que existen, pero fueron mucho más que eso: filólogos rigurosos, fundadores de los estudios germánicos y hombres de convicciones firmes que pagaron un precio por sostenerlas.

Eran los mayores de una prole numerosa, de la que sobrevivieron seis hermanos, entre ellos Ludwig Emil, que llegaría a ser pintor e ilustraría algunas de sus obras. Su padre, Philipp Wilhelm, era un jurista acomodado, y la infancia de los muchachos transcurrió en la placidez de una familia bien situada. Todo se quebró en 1796, cuando la muerte repentina del padre sumió a la casa en la penuria y arrojó a los hijos mayores a una madurez prematura. Aquella pérdida los unió de un modo indisoluble y sembró en ambos ese sentido de la responsabilidad y esa laboriosidad casi obsesiva que los acompañarían siempre. Gracias a la ayuda de una tía pudieron continuar sus estudios, y en 1802 y 1803 ingresaron sucesivamente en la Universidad de Marburgo para cursar derecho.

Fue en Marburgo donde su destino tomó otro rumbo. Su maestro, el jurista Friedrich Carl von Savigny, les enseñó que las leyes, como las lenguas, son criaturas vivas que brotan de la historia y del espíritu de un pueblo, y les abrió las puertas de su biblioteca privada. Allí descubrieron la literatura medieval alemana y se contagiaron del entusiasmo romántico por lo antiguo y lo popular. Poco después, el trato con los poetas Clemens Brentano y Achim von Arnim, compiladores de un famoso cancionero popular, los animó a recoger las viejas narraciones orales que, temían, estaban a punto de desvanecerse para siempre bajo el empuje de los tiempos modernos.

Aquel afán no era mero pasatiempo anticuario. Alemania no existía todavía como nación, sino como un mosaico de Estados, y buena parte de su territorio se hallaba bajo la ocupación napoleónica. Rescatar la lengua, las leyendas y los cuentos era, para los Grimm, una forma de rescatar el alma de un pueblo disperso y de darle una identidad común. Trabajaban ya como bibliotecarios y funcionarios en Kassel, en condiciones modestas, y dedicaban a sus investigaciones cada hora libre.

El fruto llegó en 1812 con el primer volumen de los *Cuentos de la infancia y del hogar*, al que siguió un segundo en 1815. Contra la leyenda difundida, los hermanos no recorrieron aldeas recogiendo historias de labios de campesinos iletrados. Sus informantes fueron sobre todo mujeres cultas de su propio entorno burgués, como las hermanas Hassenpflug o las Wild, y la célebre Dorothea Viehmann, una notable narradora de ascendencia hugonota. Esa procedencia explica que varios relatos tuvieran raíces francesas y ecos de Perrault, algo que la erudición moderna ha establecido con claridad y que matiza la idea de una pureza germánica original.

La colección creció y se transformó a lo largo de siete ediciones, hasta la última de 1857, y en esa metamorfosis se aprecia el reparto de papeles entre los hermanos. Jacob, austero y científico, aspiraba a la fidelidad documental; Wilhelm, de temperamento más literario y sensibilidad más cálida, fue puliendo el estilo, enriqueciendo los diálogos y suavizando el material para adaptarlo a un público infantil y a la moral burguesa. Así desaparecieron alusiones sexuales, se acentuaron los castigos de los villanos y, en un cambio revelador, varias madres crueles se convirtieron en madrastras, como ocurre en *Blancanieves* o en *Hansel y Gretel*. El resultado fue un libro de una fuerza narrativa insuperable, en el que viven *La Cenicienta*, *La bella durmiente*, *Caperucita Roja*, *Rapunzel* y *El sastrecillo valiente*, y que hoy figura en el registro de la memoria del mundo de la Unesco como uno de los libros más traducidos y difundidos de la humanidad.

Sería injusto, sin embargo, reducirlos a los cuentos, que ellos consideraban apenas una rama de un proyecto mucho mayor. Publicaron también las *Leyendas alemanas* y estudios sobre mitología y derecho antiguo, y Jacob levantó por sí solo los cimientos de la lingüística histórica con su monumental *Gramática alemana*, iniciada en 1819. En ella formuló el principio que la posteridad bautizaría como ley de Grimm, la descripción sistemática de la mutación de las consonantes que separó a las lenguas germánicas del tronco indoeuropeo común, un hallazgo que hizo de la filología una disciplina rigurosa.

La vida personal siguió el mismo compás compartido. En 1825 Wilhelm se casó con Henriette Dorothea Wild, a quien llamaban Dortchen, una de las narradoras que les habían confiado cuentos, y tuvieron hijos; Jacob permaneció soltero y se instaló con el matrimonio, formando con ellos un solo hogar que duraría toda la vida. Nunca se separaron por voluntad propia, y trabajaron durante décadas en habitaciones contiguas, en un silencio poblado de libros.

En 1830 se trasladaron a la Universidad de Gotinga, y allí protagonizaron el episodio más noble de su biografía cívica. En 1837, cuando el nuevo rey de Hannover abolió por decreto la constitución del reino, los hermanos se sumaron a un grupo de siete profesores que protestaron públicamente contra el atropello, alegando que su juramento los obligaba ante la ley y no ante el capricho del soberano. Los Siete de Gotinga fueron destituidos de inmediato y algunos, entre ellos Jacob, desterrados. El gesto les costó el sustento, pero los convirtió en símbolos de la dignidad intelectual frente al poder. Repuestos años después gracias al rey de Prusia, se establecieron en Berlín en 1841 como miembros de la Academia de Ciencias, y en 1848 Jacob participó incluso en el primer parlamento alemán reunido en Fráncfort, movido por su viejo sueño de una nación unida y libre.

Los últimos años los consagraron a la empresa más ambiciosa y desmesurada de todas: el *Diccionario alemán*, iniciado en 1838 con el propósito de registrar la historia entera de cada palabra de la lengua. Era una tarea sobrehumana. Wilhelm murió en 1859 sin haber pasado de las primeras letras, y Jacob siguió solo, trabajando hasta el día de su muerte, en 1863, cuando escribía la voz correspondiente a la palabra fruto. La obra que ambos comenzaron necesitaría más de un siglo y varias generaciones de eruditos para quedar concluida.

Descansan juntos, como vivieron, en un cementerio de Berlín. Su legado tiene una doble cara igualmente imponente: crearon la filología germánica y la ciencia moderna de las lenguas, y a la vez entregaron a la humanidad un libro de cuentos que ninguna infancia ha vuelto a poder ignorar. Aquellos dos filólogos meticulosos, que

solo pretendían salvar del olvido la voz de su pueblo, terminaron regalando a todos los pueblos del mundo un patrimonio común.

Tabla de contenido

[Prólogo a la edición](#)

[El enebro](#)

[El novio bandido](#)

[El pájaro del brujo](#)

[El hueso cantor](#)

[La niña sin manos](#)

[El amado Roland](#)

[La niña de María](#)

[Cómo unos niños jugaron a matarse](#)

[Los niños en tiempo de hambre](#)

[El niño terco](#)

[Doña Trude](#)

[El hijo ingrato](#)

[Don Korbes](#)

[El ratón, el pájaro y la salchicha](#)

[El piojito y la pulguita](#)

[La muerte de la gallinita](#)

[El señor padrino](#)

[El padrino Muerte](#)

[Los mensajeros de la Muerte](#)

[El maestro Pfriem](#)

[Los tres cirujanos](#)

[Hermano Alegre](#)

[El viejo rejuvenecido](#)

El músico prodigioso

El ladrón y su maestro

Hans, mi erizo

El asno

La ensalada

Cuentos de la culebra

Los animales del Señor y los del diablo

El campesino y el diablo

El nabo

El corderito y el pececito

La liebre de mar

La reina de las abejas

Los tres pajarillos

Los hijos de oro

El rey de la montaña de oro

El cuervo

El clavel

El monte Simeli

Las tres hojas de la serpiente

El acertijo

Los regalos de la gente pequeña

El clavo

El pobre muchacho en la tumba

El túmulo

La bola de cristal

Sobre los autores



[1] El enebro (en bajo alemán *Machandelboom*) es un arbusto al que el folclore germánico atribuía poder purificador y protección contra brujas y malos espíritus. Los propios Grimm relacionaban su nombre con la idea de *velar* y *rejuvenecer*: un árbol siempre vivo, siempre despierto. De ahí que el niño asesinado renazca de él, y que el cuento sea sobre la muerte vencida. La versión original fue aportada a los Grimm por el pintor Philipp Otto Runge.

[2] El título alemán, *Fitchers Vogel* (el pájaro de Fitcher), da nombre a la muchacha cuando se disfraza de ave cubriéndose de plumón y miel. Los Grimm relacionaron *Fitcher* con la voz islandesa *fitfuglar*, aves palmípedas de plumaje blanco como el cisne; otros lo vinculan al antiguo alemán *Fittich*, «ala». En todos los casos el nombre alude al disfraz emplumado con que la heroína burla al brujo.

[3] El motivo del hueso que canta y delata al asesino es antiquísimo y se halla, con variantes, desde Escocia hasta la India y Nigeria: un instrumento tallado con los restos de la víctima revela el crimen. En baladas europeas emparentadas suele ser un arpa o una flauta hecha con el hueso de una hermana ahogada la que denuncia a la culpable.

[4] En el original el niño se llama *Schmerzenreich*, literalmente «rico en dolores» o «lleno de penas», nombre que evoca el destino sufriente de la madre. La traducción lo vierte como *Doloroso*, en la línea de los nombres alegóricos propios del cuento maravilloso.

[5] Las célebres *botas de siete leguas*, que a cada zancada cubren siete leguas (unos treinta kilómetros), se popularizaron en el «Pulgarcito» de Perrault (1697) y pasaron al folclore alemán como *Siebenmeilenstiefel*. Aquí las calza la bruja para perseguir a los amantes; la liga equivalía, más o menos, al camino que un hombre andaba en una hora.

[6] El cuento es una leyenda mariana: tras las doce primeras puertas están los apóstoles, y tras la decimotercera, prohibida, la Santísima Trinidad. La transgresión y el dedo que queda marcado de oro remiten al pecado original y a la fruta prohibida del Edén; la mentira reiterada de la niña, y su tardía confesión ante la hoguera, dan al relato su sentido penitencial.

[7] El florín renano (*Rheinischer Gulden*) era la moneda de oro de referencia en el mundo germánico desde el siglo XIV. El episodio ilustra una vieja creencia jurídica sobre la inimputabilidad del niño: incapaz de distinguir el mal, elige la manzana y no el oro, y por ello se le absuelve. Los Grimm recogieron esta pieza en 1812 y la retiraron después de su colección por su crudeza.

[8] El motivo del brazo que emerge de la tumba y sólo se aquietta al ser golpeado con una vara procede de creencias funerarias del norte de Alemania y aparece en varias leyendas locales que recogieron los Grimm. La vara evoca el castigo correctivo que la niña rechazó en vida, y con él alcanza al fin el reposo. El relato es uno de los más breves y sombríos de la colección.

[9] Hay aquí un juego siniestro: la bruja convierte a la niña en un leño para alumbrarse con su lumbre, de modo que la curiosa acaba, literalmente, «dando luz». Frau Trude es un ser del folclore germánico emparentado con la figura de la vieja del bosque devoradora; los Grimm lo incorporaron desde un poema de 1823 como advertencia contra la desobediencia infantil.

[10] El pollo trocado en sapo que se aferra al rostro es un castigo tomado de los exempla medievales, relatos morales que predicadores y devocionarios difundían contra el pecado de la ingratitud filial. El sapo, animal tenido por inmundo y demoníaco, encarna el remordimiento que el hijo egoísta llevará ya para siempre.

[11] En alemán *Korbes* evoca *Korb*, «cesta» o «cesto», y el personaje funciona como un canasto donde va cayendo una desgracia tras otra. Los propios Grimm confesaron no saber por qué se castiga a este Don Korbes, del que nada malo llega a mostrarse; el remate deja al lector la misma perplejidad.

[12] El perro alega que la salchicha portaba «cartas falsificadas» y que por ello su vida quedaba a su merced: parodia del lenguaje jurídico de la época, cuando llevar salvoconductos o documentos en falso era delito grave. Con esa coartada leguleya, el devorador reviste de legalidad su tropelía.

[13] La cadena de peticiones —seda roja, coronita colgada del sauce— remite al ajuar de la novia en las bodas campesinas alemanas: la corona nupcial y las cintas de seda eran prendas rituales de la desposada. El cuento, de estructura acumulativa, enhebra así un fúnebre cortejo de bodas al revés que termina, uno a uno, ahogándose.

[14] Los cuernos delatan al padrino como el diablo, y toda su morada es un infierno doméstico: los objetos que riñen, los dedos y las cabezas de muerto, los peces que se fríen solos. El cuento *Der Herr Gevatter* juega con el equívoco entre la lectura terrorífica del visitante y las explicaciones cotidianas del anfitrión, dejando en el aire cuál es la verdadera.

[15] El motivo de las velas de la vida, cada una encendida al nacer y consumida hasta la muerte, es antiquísimo y recorre la tradición europea. Los Grimm lo incorporaron en la segunda edición (1819) para cerrar el cuento: en la versión primitiva bastaba con que la Muerte mostrara las luces. La imagen resume el pacto de todo el relato: nadie escapa a su hora, y menos aún quien pretende burlarla.

[16] La idea del Sueño como hermano de la Muerte es un tópico grecolatino: en Homero y en Hesíodo, Hipnos (el Sueño) y Tánato (la Muerte) son hijos de la Noche, gemelos que descansan juntos. De ahí el latín *mors janua vitae* y la iconografía que los representa como dos jóvenes con antorchas invertidas. El cuento lo aprovecha para su moraleja: los dolores y el sueño mismo eran ya los avisos anunciados.

[17] Alusión al Evangelio (Mateo 7, 3-5): «¿Por qué miras la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en el tuyo?». El maestro Pfriem, críticón incansable, es la encarnación literal de esa parábola contra los que ven el defecto ajeno y no el propio; de ahí que en el cielo dos ángeles carguen precisamente con la viga. Pfriem, en alemán, significa lezna, el punzón del zapatero: un nombre a la medida del oficio.

[18] El recurso a la mano de un ahorcado no es capricho macabro: en el folclore y la superstición europeas los despojos del ajusticiado (la célebre *mano de gloria*, la grasa o la sogá del reo) se tenían por objetos de virtud mágica. El cuento hereda ese trasfondo y lo vuelve comedia: los órganos ajenos imponen al cuerpo sus antiguos vicios: robar, hojar, no ver.

[19] En el original son cuatro *Kreuzer*, moneda de escaso valor de los países de habla alemana, llamada así por la cruz que llevaba acuñada. La paga de licencia del soldado, un panecillo y cuatro monedillas, subraya su miseria y hace más generoso el gesto de repartir el pan con los tres mendigos, que son san Pedro disfrazado poniéndolo a prueba.

[20] El cuento es una fábula etiológica: un relato que explica jocosamente el origen de algo, aquí la existencia de los monos, presentados como una humanidad malograda por la torpe imitación del milagro divino. El herrero que intenta rehacer el prodigio de Cristo sin su poder pertenece a una larga serie de aprendices de brujo castigados por su presunción.

[21] *Der wunderliche Spielmann*, del tipo folclórico «lecciones de música para las fieras». Bajo su apariencia de burla, encierra una moraleja tácita: el músico rechaza uno tras otro a los animales y sólo acepta por compañero al hombre, el único de su especie; y es ese hombre, con su hacha, quien lo salva de la venganza de las bestias engañadas.

[22] El desenlace es un ejemplo clásico del llamado duelo de magos: aprendiz y maestro pelean transformándose sucesivamente en animales que se persiguen y devoran, hasta que el discípulo, hecho zorro, vence al maestro convertido en gallo. Es un motivo antiquísimo, presente ya en *Las mil y una noches* y difundido por toda Europa, que en la clasificación de los cuentos populares corresponde al tipo del aprendiz de brujo.

[23] Traduce la fórmula de cierre del original alemán, «und geht vor Gustchen sein Haus» (y se va a la casa del pequeño Gustavo). Gustchen es diminutivo de Gustav; estas coplillas finales, semejantes a nuestro «y colorín colorado», servían

al narrador para devolver al oyente al mundo real y no aluden a ningún personaje del cuento.

[24] En el original, el Granatenberg o «monte del Granate», una montaña imaginaria cuajada de piedras preciosas. El nombre alude al granate, gema de color rojo intenso muy apreciada en la joyería europea, y no a la fruta; el cuento lo pinta como un paraje inaccesible, morada de gigantes, del que sólo las nubes permiten bajar.

[25] La «culebra» del cuento es la culebra de collar (Natrix natrix), inofensiva y aficionada a la leche. El folclore germánico la tenía por espíritu protector del hogar, la Hausunke o culebra de casa: matarla traía la desgracia sobre la familia, y de ahí que la niña languidezca y muera cuando su madre acaba con ella. La coronita de oro que la serpiente ofrenda en el segundo relato es atributo tradicional de estas culebras guardianas de tesoros.

[26] El ardid de repartir la cosecha en «lo de arriba» y «lo de abajo» según convenga al labrador es un motivo folclórico difundido por toda Europa, el llamado reparto de las cimas y las raíces: se siembra primero nabos, cuya parte comestible queda bajo tierra, y luego trigo, cuyo grano crece por encima, dejando al diablo en ambos casos con la parte inútil.

[27] El cuento remonta a un poema latino medieval, el Raparius, de casi cuatrocientos versos en dísticos elegíacos, que los propios Grimm conocían; el episodio del hortelano pobre enriquecido por un nabo descomunal circulaba además en Alsacia, tierra célebre por sus enormes nabos, ya mencionados en el siglo xvi por el escritor Johann Fischart.

[28] En el original, un *Abzählreim* o retahíla infantil en bajo alemán (*Eneke, Beneke, lat mi liewen...*): esas fórmulas de sorteo, hechas de sílabas sin sentido encadenadas, servían para repartir papeles en los juegos de corro, tal como aquí se echa a suertes quién ha de correr al decir *nieve*. Los Grimm las recogieron por toda el área germánica.

[29] El original se titula *Das Meerrhäschen*. Wilhelm Grimm lo tomó de una colección de cuentos de los sajones de Transilvania, en cuyo dialecto la voz designaba sencillamente un conejo; de ahí la extrañeza del nombre, que la letra del cuento vuelve un pequeño animal de exhibición en el mercado.

[30] El *Dummling* del original: el hermano menor tenido por simple o bobo que, precisamente por su bondad y su falta de malicia, acaba triunfando donde fracasan los mayores. Es una figura recurrente en los cuentos de los Grimm, casi siempre premiada por haber tratado con piedad a los animales.

[31] El Weser es uno de los grandes ríos de Alemania, que nace en el centro del país y desemboca en el mar del Norte. El cuento, transmitido en bajo alemán, procede de la región de Hesse y Westfalia por donde discurre; la vacilación del narrador («creo que fue al Weser») delata su origen oral, recogido de un pastor de la zona.

[32] Traduce el modismo alemán *arm wie eine Kirchenmaus*, «pobre como un ratón de iglesia»: en el templo, a diferencia de una despensa o un granero, el ratón no halla nada que roer, de modo que la imagen expresa la pobreza más extrema.

[33] Perífrasis para nombrar al diablo, con quien el mercader había pactado sin saberlo al prometer «lo primero que se te restriegue contra la pierna». El cuento evita nombrarlo directamente, según una vieja cautela popular: pronunciar el nombre del maligno podía atraerlo.

[34] La montaña de cristal (*Glasberg*) es un motivo frecuente en el cuento europeo: cumbre lisa e inaccesible, a menudo de vidrio o de oro, donde queda cautiva la doncella encantada. Sólo se remonta con un auxilio mágico —aquí el caballo de los bandidos—, pues por medios humanos resulta imposible: el héroe resbala una y otra vez.

[35] En el original alemán, *Berg Semsí*. Los Grimm registraron *Semsí* como voz arcaica para «monte», y la fórmula recuerda de cerca al *¡Sésamo, ábrete!* de Alí Babá y los cuarenta ladrones, que Antoine Galland incorporó a su versión de *Las mil y una noches* (1704-1717). El chiste del cuento reside en que el hermano codicioso confunde el nombre mágico *Semsí* con *Simeli*, y la montaña ya no le obedece.

[36] Traduce la máxima latina *festina lente*, versión del griego *speûde bradéōs*, que Suetonio atribuye al emperador Augusto. Este oxímoron aconseja obrar con presteza, pero sin la precipitación que lleva al error: justo la lección del mercader que, por ahorrarse un clavo, perdió el caballo y la carga.

[37] Alusión a otro cuento de los propios Grimm, *Cuento del que fue a aprender lo que era el miedo*, cuyo protagonista es incapaz de sentir temor ante nada, ni aun ante los muertos, y acaba desposando a la hija de un rey. Wilhelm Grimm añadió esta referencia al retocar el relato, y de ahí que el soldado licenciado se presente como un espíritu igual de intrépido frente al diablo.
